

# ÍNDICE

---

	Páginas.
<i>Sinfonía de dos novelas</i> (Su único hijo.—Una medianía), por Clarín.....	5
<i>Máquinas é industrias</i> , apuntes de la Exposición universal de París, por J. Ortega Munilla.....	33
<i>Don Manuel José Quintana. Don José María de Heredia</i> , sus poesías en prosa, por Adolfo de Castro.....	61
<i>Tinita</i> , por Federico Urrecha.....	83
<i>Cosas de antaño</i> : de cómo el puerto de Bilbao es mucho más anti- guo de lo que se le cree, por Juan E. Delmas.....	95
<i>Revista de revistas extranjeras</i> , por Juan Salas Antón.....	107
<i>Libros extranjeros sobre cosas de España</i> publicados en 1888 y 1889, por Alfred Morel-Fatio.....	129
<i>Cartas sobre la Exposición</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	139
<i>Sección Hispano ultramarina</i> , por V. Barrantes.....	155
<i>Crónica general</i> , por J. Lázaro.....	185

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

<i>Cartas americanas de D. Juan Valera</i> , por A. Sánchez Pérez.....	191
<i>San Vicente de Paúl, de Fajarnés</i> , por Emilio A. Villelga Rodríguez.....	200

---





AÑO I.

NÚM. VIII.

LA

ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO : J. LÁZARO

—  
AGOSTO—1889  
—

MADRID

IMPRESA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL

*Flor Baja, 22*

—  
1889

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director propietario de LA ESPAÑA MODERNA.*

## SINFONÍA DE DOS NOVELAS

(SU ÚNICO HIJO.—UNA MEDIANÍA) (1)

### I.

**D**ON Elías Cofiño, natural de Vigo, había hecho una regular fortuna en América con el comercio de libros. Había empezado fundando periódicos políticos y literarios, que escribía con otros aficionados á lo que llamaban ellos el cultivo de las musas. Cofiño se creyó poeta y escritor político hasta los veinticinco años; pero varios desencantos y un poco de hambre, con otros muchos apuros, le hicieron aguzar el sentido íntimo y llegar á conocerse mejor. Se convenció de que en literatura nunca sería más que un lector discreto, un entusiasta de lo bueno, ó que tal le parecía, y un imitador de cuanto le entusiasmaba. Y además, comprendió que á Buenos Aires no se iba á ejercer de Espronceda ni de Pablo Luis Courier (que eran sus ídolos), y que sus chistes é ironías recónditas, casi copiados de Courier y de *Figaro*, no los entendían bien aquellos pueblos nuevos. En fin, se dejó de escribir periódicos, y descubrió con gran satisfacción

<sup>1</sup> En otoño se publicará *Su único hijo*, y en invierno su continuación *Una medianía*.

su aptitud latente para el comercio. Importó libros franceses, ingleses y españoles; estudió el gusto del público americano, lo halagó al principio, «procuró rectificarlo y encauzarlo» después; se puso en correspondencia con las mejores casas editoriales de Londres, París y Madrid, y en pocos años ganó lo que jamás literato alguno español pudo ganar; y decidido á ser rico, continuó con ahinco en su empeño, y no paró hasta millonario.

La muerte de su esposa, una linda americana, hija de inglesa y español, poetisa en español y en inglés, le quitó al buen Cofiño el ánimo de seguir trabajando; traspasó el comercio, y con sus millones y su hija única, de siete años, se volvió á Europa, donde repartió el tiempo y el dinero entre París y Madrid. La educación de Rita (así se llamaba la niña, por recordar el nombre de la difunta madre de D. Elías) era la preocupación principal de Cofiño, que quería para su hija todas las gracias de la naturaleza y todos los encantos que á ellas puede añadir el arte de criar ángeles que han de ser señoritas. Ensayó varios sistemas de educación el padre amoroso; nunca estaba satisfecho, ni en parte alguna encontraba, aunque las pagaba á peso de oro, suficientes garantías para la salud material y moral del idótillo que había engendrado. Si pasaba un año entero en Madrid, al cabo renegaba de la educación madrileña, y decía que no había en la capital de España maestros dignos de su hija. Levantaba la casa, trasladábase á París, y allí parecía más contento de la enseñanza; pero después de algunos meses comenzaba á protestar el patriotismo, y temía que Rita se hiciera más francesa que española, lo cual sería como ser menos hija de Cofiño.

En estas idas y venidas pasaron los años, y se gastó mucho dinero; y cuando ya creyó completa la educación

de su ángel vestido de largo, se fijó en la corte de España, donde pasaban los inviernos. El verano y algo del otoño los repartía entre Vigo y una quinta deliciosa que había comprado el rico librero cerca de Pontevedra á orillas del poético Lerez.

D. Elías, si no todos, conservaba algunos de sus millones, y si algo de su capital perdió en una empresa periodística en que se metió, por una especie de palingenesia de la vanidad, aún sacó, amén de las manos en la cabeza, incólumes unos doscientos mil duros y el propósito de no meterse en malos negocios, por halagüeños que fuesen para su amor propio.

Más poderosa que él su afición á las letras, que se irritaba de nuevo con la proximidad de la vejez, le obligaba á procurar el trato de los escritores, y no siempre de balde. Su primera vanidad era Rita; esbelta, blanca, discreta hasta en el modo de andar, elegante, que se movía con una aprensión de alas en los hombros, que miraba á todo como al cielo azul, seria y dulce, sin más que un poco de de acfbar de ironía en la punta de la lengua para el mal cuando era ridículo, y para la ignorancia cuando recaía en varón constante obligado á saber lo que pregonaba tener al dedillo. Pero la segunda vanidad de Cofiño, poco menos fuerte, era la amistad de los grandes literatos. Cuando era pobre todavía y redactaba periódicos, tenía Don Elías gusto más difícil; le asustaba la idea de tragarlas como puños, de admirar lo malo por bueno: pero ahora, el bienestar y los años le habían hecho más benévolo y estragado en parte el paladar. Ya tenía por grandes escritores á los que no pasaban de medianos, y aun á algunos que, apurada la cuenta, serían malos probablemente. Él, que no necesitaba de nadie, por tal de ser amigo de *notabilidades*, adulaba á los mismos á quienes solía dar

de comer; y á más de un parásito suyo le hizo la corte con una humildad indigna de su carácter, altivo en los demás negocios. Á los académicos les alababa el diccionario y el purismo, y la parsimonia de su vida literaria, y con ellos hablaba de líneas griegas, de *castidad clásica*; y de los modelos. Con los autores revolucionarios se explicaba de otro modo, y decía pestes de los ratones de biblioteca y de las «frías convenciones del pseudo-clasicismo». A los jóvenes les concedía que había que reemplazar á los ídolos caducos; á los viejos, que con ellos se moriría el arte. Y esto lo hacía el pobre D. Elías por estar bien con todos, por ser amigo de todos, y porque la experiencia le había enseñado que el manjar de esta clase de dioses es la murmuración, y que en sus altares, más que el incienso, se estima la sangre de literato degollado vivo sobre el ara.

Todo ello se le podía perdonar al antiguo librero, porque el fin que se proponía no era bajo, ni siquiera interesado. Pero lo que no tenía perdón era su empeño de casar á Rita con un literato ilustre, ó por lo menos que estuviese en camino de serlo. Merecía Rita por su hermosura de rubia esbelta, de rubia con un *matiz* de andaluza, suave, mezclado con otros de ángel y de mujer seria; por su educación completa, discreta y oportuna, por su candor, por su talento un poco avergonzado de sí mismo, y por los tesoros de virtud casera que todo lo suyo anunciaba, desde el modo de besar á un niño hasta la manera de doblar la mantilla, merecía por todo eso, y por su fortuna sana aunque no fabulosa, un novio á pedir de boca, una gran proporción, algo así como un ministro, ó un banquero, ó un hombre honrado y guapo por lo menos. Pero D. Elías exigía á todo pretendiente posible la condición de literato, y bastante conocido.

## II.

Augusto Rejoncillo, hijo legítimo de legítimo matrimonio de D. Roque, magistrado del Supremo, y de doña Olegaria Martín y Martín, difunta, se hizo doctor en ambos derechos á los veinte años, doctor en ciencias físicas y matemáticas á los veintidós, y doctor en filosofía y letras á los veintitrés. Pero desde que tomó la primera borla empezó á figurar y á ser secretario de todo, y á pedir la palabra en la Academia de Jurisprudencia, y á decir: «Entiendo yo; señores», y «tengo para mí».

Y no era que tuviese para sí, sino que quería tener y retener y guardar para la vejez; por lo cual él y su papá bebían los vientos; y apenas se formaba un nuevo partido político, allí estaba Rejoncillo de los primeros, muy limpio, muy guapo (porque era buen mozo, vistoso), de levita ceñida, sombrero reluciente y guantes de pespuntos colorados y gordos. No lo había como él para alborotar ni para manipulaciones electorales. Había él hecho más mesas que el más acreditado ebanista, y el que quisiera ser presidente de alguna cosa, no tenía más que encargárselo.

Era colaborador de varios periódicos, pero confesaba que le cargaba la prensa; él prefería la tribuna. Á las redacciones iba de parte del jefe de semana (es decir, el jefe del partido ó de la partida en que *militaba* aquella semana Augusto); llevaba *bombos* escritos por el mismo jefe ó por Rejoncillo, pero inspirados en todo caso por el jefe. Para esto y para pedir las butacas del Real ó los billetes de un baile, solía presentarse en las oficinas de

los periódicos, de las que salía pronto, porque le cargaban los periodistas humildes, y sobre todo los que presumían de literatos.

«Él también escribía», pero no letras de molde, en papel de muchas pesetas; escribía pedimentos y demás lucubraciones de litigio. Era pasante en casa de un abogado famoso, que era también jefe de grupo en el Congreso, y presidente de dos consejos administrativos de empresas ferrocarrileras.

Tanto como despreciaba la literatura, respetaba y admiraba el foro Rejoncillo, pero no como «fin último», según decía él, sino como preparación para la política y ayuda de gastos.

Él pensaba hacerse famoso como político, y de este modo ganar clientes en cuanto abogado; y una vez abogado con pleitos, sacar partido de esto para ganar en categoría política. Era lo corriente, y Rejoncillo nunca hacía más que lo corriente, que era lo mejor. Sólo que lo hacía con mucho empuje.

Eso sí: los empujones de Rejoncillo eran formidables; si para ocupar un puesto que le convenía tenía que acometer á un pobre prójimo colocado al borde del abismo, por ejemplo, al borde del viaducto de la calle de Segovia, Rejoncillo no vacilaba un momento, y daba un codazo, ó aunque fuera una patada, en el vientre del estorbo, y se quedaba tan fresco como Segismundo en *La vida es sueño*, diciendo para su capote: «¡Vive Dios, que pudo ser!» Para que la conciencia no le remordiera, se había hecho á su tiempo debido escéptico de los disimulados, que son los que tienen más gracia; escéptico que guardaba su opinión y profesaba la corriente y defendía todo lo estable, todo lo viejo, todo lo que «podía llegar á ser gobierno, en suma».

En un te político-literario conoció Augusto á Cofiño y á su hija. Rita había ido á semejante fiesta porque el amo de la casa era tan político como su esposo, ó más, y había convidado á las amigas. Cofiño había aceptado la invitación, porque el político era además literato. Hubo brindis, y Rejoncillo, pulcro, estirado, serio, con unos puños de camisa que daban gloria y despedían rayos de blancura, habló como un sacamuelas ilustrado, imitando el estilo y criterio del amo de la casa. *Hizo furor*. Fue el suyo el discurso de la noche. ¡Qué bien había sabido tratar las áridas materias políticas y administrativas con imágenes pintorescas y otros recursos retóricos, á fin de que no se aburrieran las señoras! Habló del calor del hogar con motivo de insultar al ministro de Hacienda; demostró que el impuesto equivalente al de la sal conspiraba contra esa piedra angular del edificio social que se llama la familia; y una vez dentro de la familia, hizo prodigios de elocuencia. ¿Por qué se perdió Francia? Por la disolución de la familia. ¿Por qué España se conservaba? Por la vida de familia. Hizo el panegrico de la madre, el elogio de la abuela, la apoteosis del padre y del hijo, y hasta tuvo arranques patéticos en pro de los criados fieles y antiguos. Pues bien: todo aquello quería destruirlo en *un hora* (un hora dijo) el ministro de Hacienda. Síntesis: que el único ministerio viable sería el que formase el amo de la casa. De cuya esposa era amante Rejoncillo, según malas lenguas.

El triunfo de Augusto fué solemne. Al día siguiente hablaron de él los periódicos. El amo de la casa del te le hizo secretario suyo. Y él, enterado de que una joven, Rita, que le había aplaudido mucho aquella noche, era rica, se propuso tomar aquella plaza, y se hizo presentar en casa de Cofiño.

## III.

Antonio Reyes era un joven rubio, de lentes, delgado y alto; tosía mucho, pero con gracia; con una especie de modestia de enfermo crónico cansado de molestar al mundo entero. Este modo de toser y la barba de oro fina, aguda y recortada, había llamado la atención de Rita Cofiño en la tertulia de cierto marqués literato, adonde la llevaba de tarde en tarde D. Elías.

«El de la tos» le llamaba ella para sus adentros. Mientras multitud de poetas recitaban versos y el concurso aplaudía, y se hablaba alto, y se reía y gritaba, entre el bullicio Rita percibía la tos de Reyes, y cada vez sentía más simpatía por aquel muchacho, y más deseo de cuidarle aquel catarro en que él parecía no pensar. No sabía por qué, la hija de Cofiño encontraba en aquel ruido seco de la tos algo familiar, algo digno de atención, una cosa mucho más interesante que todas aquellas quejas rimadas con que los poetas se lamentaban entre dos candlabros, como si la tertulia pudiera mejorar su suerte y arreglar el pícaro mundo.

Agapito Milfuegos leía poemas caóticos, de los que resultaba que el universo era una broma de mala ley inventada por Dios para mortificarle á él, al mísero Agapito. Restituto Mata se quejaba en *sonetos esculturales* de una novia de Tierra de Campos, que le había dejado por un cosechero; Roque Sarga lamentaba en romances heroicos (no tan heroicos como los oyentes) la pérdida de la fe, y Pepé Tudela cantaba la electricidad, el descubri-

miento del microscopio y la materia radiante. Antonio Reyes tosía.

Rita no habló nunca con Antonio en aquella tertulia. Pocos meses después de haberse fijado ella en él, dejó de sonar allí la tos interesante.

—¿Y Reyes?—dijo cualquiera una noche.

—Se ha ido á París,—respondieron.

—¿Quién es ese Reyes?—preguntó Rita á su padre al volver á casa.

—¿Antonio Reyes? Un excéntrico, un holgazán, un muchacho que vale mucho, pero que no quiere trabajar. Es decir..., lee..., sabe..., entiende...; pero nadie le conoce. Ahora se ha ido á París de corresponsal de un periódico, de corresponsal político..., cualquier cosa..., á ganar los garbanzos...; es decir, los garbanzos no, porque allí no los comerá... Es lástima; vale, vale...; entiende, lee mucho, conoce todo lo moderno...; pero no trabaja; no escribe. Es muy orgulloso. Además, está malo; ¿no le ofas toser? Un catarro crónico..., y la solitaria; además de eso, una tenia... Creo que es gastrónomo... y que come mucho... Es un escéptico, un estómago que piensa.

Rita no volvió á ver á Reyes, ni á oír hablar de él, en mucho tiempo.

#### IV.

—De cuatro á cinco, no lo olvide V.; el viernes...—dijo una voz de mujer, vibrante, dulcemente imperiosa; y una mano corta y fina, cubierta de guante blanco, que subía brazo arriba, sacudió con fuerza otra mano delgada y larga.

Regina Theil de Fajardo se despedía de Antonio Reyes, recordándole la promesa de asistir á su tertulia vespertina del viernes. Montó ella en su coche, que desapareció en la sombra; y Reyes, que había ratificado su promesa inclinando la cabeza y sonriendo, quedóse á pie entre los rails del tranvía sobre el lodo. La sonrisa continuaba en su rostro, pero tenía otro *color*; ahora expresaba una complacencia entre melancólica y maliciosa.

El silbido de un tranvía que se acercaba de frente con un ojo de fuego rojo en medio de su mancha negra, obligó á Reyes á salir de su abstracción. En dos saltos se puso en la acera, y subió por la calle de Alcalá hacia el Suizo.

Era una noche de Mayo. Había llovido toda la tarde entre relámpagos y truenos, y la tempestad se despedía murmurando á lo lejos, como perro gruñón que de mal grado obedece á la voz que le impone silencio. El Madrid que goza se echaba á la calle á pie ó en coche, con el afán de saborear sus ordinarios placeres nocturnos. Después de una tarde larga, aburrida, pasada entre paredes, se aspiraba con redoblada delicia el aire libre, y se buscaba con prisa y afán pueril el espectáculo esperado y querido, el rincón del café, que es casi una propiedad, la tertulia, en fin, la costumbre deliciosa y cara.

Antonio Reyes entró en el Suizo Nuevo, y se acercó á una mesa de las más próximas á la calle.

—Se han ido todos (dijo al verle D. Elías Cofiño, que le esperaba leyendo *La Correspondencia*). ¿Cómo ha tardado V. tanto? ¿Sabe V. lo de Augusto?

—¿Qué Augusto?—preguntó Reyes, mientras se quitaba un guante, distraído, y sonriendo todavía á sus ideas.

—¿Qué Augusto ha de ser? Rejoncillo.

—¿Qué le pasa?—dijo Antonio con gesto de mal hu-

mor, como quien elude una conversación inoportuna.

—¡Que al fin le han hecho subsecretario!

—¡Bah!

—¡Es un escándalo!

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Porque no tiene méritos suficientes.... Yo no le niego talento.... Es orador.... Es valiente, audaz.... Sabe vivir.... Dígalo si no su *Historia del Parlamentarismo*, en que resulta que el mejor orador del mundo es el marqués de los Cenójiles, el marido de su querida....

Antonio, que tenía cara de vinagre desde que oyera la noticia que escandalizaba á Cofiño, se mordió los labios, y sintió que la sangre se le caía del rostro hacia el pecho.

—No diga V.... absurdos (murmuró entre airado y displicente). No son dignas de que V. las repita esas calumnias de idiotas y envidiosos. Regina es incapaz de....

—¿De faltar al Marqués?

—No...., no digo eso. De querer á Rejoncillo. Es una mujer de talento.

D. Elías encogió los hombros. No quería disputar. No creía á Regina incapaz de querer á cualquiera. ¡Le había conocido él cada amante! Pero no se trataba de eso. Lo que D. Elías quería demostrar era que Rejoncillo no merecía ser subsecretario de Ultramar, al menos por ahora.

—Pero ¿V. cree que tiene suficiente talla política para subsecretario?

Reyes contestó con un gesto de indiferencia. Quería dar á entender que no le gustaba la conversación por insignificante.

—¿Ha estado aquí Celestino?—preguntó, por hablar de otra cosa.

— ¡Pobre! Sí.

— ¿Se ha quejado del palo?

— Es un bendito. Él no dice nada; pero ese diablo de Enjuto sacó la conversación; le preguntó si anoche le habían hecho salir al escenario todavía..., y él se puso colorado y dijo que sí, entre dientes, como si se avergonzara de los aplausos del público. La verdad es que el artículo de Juanito no tiene vuelta de hoja; es implacable, pero no hay quien las mueva; tiene razón; el drama es malo, perro, y no merece más que el desprecio y la broma....

— Pues bien aplaudió V. la noche del estreno....

— Diré á V. : la impresión.... así, la primera impresión.... no es mala; y como es amigo Celestino, y el público se entusiasmaba....; pero Reseco ha puesto los puntos sobre las *ii*. ¡Ese sí que tiene talento!

Otra vez se le avinagró el gesto á Reyes. Sacudió un guante sobre la mesa y se puso de pie. Aquella noche estaba inaguantable D. Elías; no decía más que necedades. «No había peor bicho que el aficionado de la literatura.» Sin poder remediarlo, y después de un bostezo, dijo Antonio :

— Reseco...., ¡ps!...., en tierra de ciegos.... En París Reseco sería uno de tantos muchachos de *sprit*; aquí es el terror de los tontos y de los Celestinos.

D. Elías admiraba al tal Reseco, aunque no le era simpático; pero la opinión de Reyes, que venía de París, de vivir entre los literatos de moda, le parecía muy respetable. Sí: Antoñico, como él le llamaba delante de gente para indicar la confianza con que le trataba; Antoñico frecuentaba en París las *brasseries*, donde tomaban café, cerveza ó chocolate ó ajenjo notables *parnasianos*, ilustres pseudónimos de la *petite-presse* y de algunos periódicos.

dicos de los grandes; Antoñico había sido corresponsal parisiense de un periódico de mucha circulación, y el tono desdenoso con que hablaba en sus cartas de ciertas celebridades francesas y españolas, había sobrecogido á don Elías, y le había hecho traspasar poco á poco su consideración de aquellas celebridades maltratadas al que las zahería. Cofiño siempre había sido un poco blando en materia de opiniones, pero los años le habían convertido en cera puesta al fuego. Cualquier libro, comedia, discurso, artículo, ó lo que fuese, le entusiasmaba fácilmente; pero una opinión contraria expuesta con valentía, con desprecio franco, y con dejos de superioridad burlona y desdenosa, le aterraba, le hacía ver un talento colosal en el que de tal manera censuraba; dejaba de admirar el libro, comedia, discurso ó lo que fuese, para someterse al tirano, al crítico que había subvertido sus ideas, y consagrarle culto idolátrico, mientras no hubiera mejor postor: otro crítico más fuerte, más burlón, más desengañado y más desdenoso.

Comprendió vagamente D. Elías que á Reyes le disgustaba, por lo menos aquella noche, hablar de Reseco y hablar de Rejoncillo; y como la actualidad del día eran la subsecretaría del uno y el *palo* que el otro le había dado al pobre Celestino, y D. Elías difícilmente hablaba de cosa que no fuese la actualidad literaria, ó á lo menos política, de los cafés, teatros, ateneos y plazuelas, pensó que lo mejor era callarse y levantar la sesión. Y se puso en pie también, preguntando:

—¿Viene V. á Rivas?

—¿Al estreno de Fernando? Antes la muerte. No, señor; tengo que hacer.

—Lo siento. Yo.... tengo que ir.... Me cargan las zarzuelas de Fernandito....; pero tengo que ir....; es un com-

promiso.... Además, tengo que recoger á Rita, que está en el palco de.... (D. Elías se turbó un poco, recordando lo que antes había dicho), en el palco de Cenojiles.

—¿Con Regina?

—Sí, con la Marquesa.... Conque, ¿no viene V.?

Antonio vaciló.

—No (dijo, después de pensarlo mucho); no....; tengo que hacer....; acaso.... allá.... al final, á la hora del triunfo.

—Ó de la silba....

—¡Bah! Será triunfo.... ¡Ya no hay más que triunfos! Hasta mañana, ó hasta luego....

## V.

Reyes anhelaba quedarse sólo con sus pensamientos; reanudar las visiones agradables que le habían acompañado desde la Cibeles al Suizo; pero, ¡cosa rara!, en cuanto desapareció D. Elías, se encontró peor, menos libre, más disgustado. Recordó que cuando era niño y se divertía cantando á solas ó declamando, si un importuno le interrumpía un momento, al volver á sus gritos y canciones, ya lo hacía sin gusto, con desabrimiento y algo avergonzado, hasta dejar sus juegos y romper á llorar. Una impresión análoga sentía ahora: aquel tonto de Don Elías le había hecho caer del quinto cielo; le había hecho derrumbarse desde gratas ilusiones que halagaban la vanidad, los sentidos y tal vez algo del corazón, á los cantos rodados de la crónica del día; había caído de cabeza sobre la subsecretaría de Rejoncillo y sus presuntos amores con la de Cenojiles; y después, de necedad en necedad, había rebotado sobre el artículo de Reseco....;

y.... «¡que un majadero pudiera tener tanta influencia en sus pensamientos!» Antonio emprendió la marcha por la calle de Sevilla hacia la del Príncipe, decidido á olvidar todo aquello y á volver á la idea dulcísima (sí, dulcísima, por más que coqueteando consigo mismo quisiera negárselo), de sus relaciones casi seguras, seguras, con Regina Theil. Pero, nada; los halagüeños pensamientos no volvían; no se ataban aquellos hilos rotos de la novela que ya él había comenzado á hilvanar, sin quererlo, mientras subía por la calle de Alcalá. En vez de aventuras graciosas y picantes, representábasele entre los ojos y las losas mojadas y relucientes á trechos, la imagen abstracta de la subsecretaría de Rejoncillo; era vaga, confusa, unas veces en figura de letras de molde medio borradas, tal como podrían leerse en *La Correspondencia*; otras veces en la forma de un sillón lujoso, algo sobado, no se sabía si de raso, si de piel, ni de qué estructura...., y á lo mejor, ¡zás! Rejoncillo, vestido de frac, con gran pechiera reluciente, saltando de suelto en suelto por los de *La Correspondencia*, hasta plantarse en el de su subsecretaría; ó bien saludando á muchos señores en una sala, que era igual que el vestíbulo del Principal, á pesar de ser una sala. «Quería decirse que estaba soñando despierto, y que el sueño, á pesar de la voluntad vigilante, se empeñaba en ser estúpido, disparatado!»

Y Reyes se detuvo ante los resplandores de las cucharas junto al escaparate de Meneses. Como si obedeciera á una sugestión, clavaba los ojos sin poder remediarlo en aquellos reflejos de blancura. No había motivo para dar un paso adelante ni para darlo hacia atrás, y se estuvo quieto ante la luz. No sabía adónde ir: ahora se le ocurría recordar que no tenía plan para aquella noche: un cuarto de hora antes hubiera jurado que le faltaría tiem-

po para todo lo que debía hacer antes de acostarse, para lo mucho que iba á divertirse...., y resultaba que no había tal cosa; que no tenía plan, que no había pensado nada, que no tenía dónde pasar el rato, para olvidar aquellas necedades que se le clavaban en la cabeza. ¿Por qué no estaba ya contento? ¿Por qué aquel optimismo, que casi como un zumbido agradable de oídos, ó mejor como una sinfonía, le había acompañado por la calle de Alcalá arriba, ahora se había convertido en *spleen* mortal? «Hablemos claro: ¿le tengo yo envidia á Rejoncillo?» Y Antonio sonrió de tal modo, que cualquier transeunte hubiera podido creer que se estaba burlando de la plata Meneses. «¡Envidia á Rejoncillo!» El pensamiento le pareció tan ridículo, la reacción del orgullo fué tan fuerte, que, como si todas aquellas pasiones que le tenían parado en la acera se hubiesen convertido en descarga eléctrica, dió Antonio media vuelta automática, echó á andar hacia la Carrera de San Jerónimo, descendió por ésta, atravesó la Puerta del Sol, tomó por la calle de la Montera arriba, y entró en el Ateneo.

Se vió, sin saber cómo, en aquellos pasillos tristes y oscuros, llenos de humo: allí el calor parecía una pasta pesada que flotaba en el aire, y que se tragaba y se pegaba al estómago. Sin saber cómo tampoco, sin darse cuenta de que la voluntad interviniese en sus movimientos, llegó al salón de periódicos, se fué hacia el extremo de la mesa, y se sentó decidido á no mirar más que papeles extranjeros, por lo menos coloniales, que de fijo no hablarían de la subsecretaría de Rejoncillo. Á él mismo le parecía mentira verse repasando las columnas de una colección de *Diarios de la Marina*.

Después tomó *Le Journal de Petersbourg*...., que estaba cerca. Allí se hablaba, en una correspondencia de

París, de las últimas poesías de un escritor francés á quien trataba él. Esta consideración fué un ligero tónico. Reyes fué acercándose á los periódicos españoles; desde la mitad de la mesa comenzaban á verse acá y allá ejemplares borrosos de *La Correspondencia*; tenían algo de pastel de aceite apestoso acabado de salir del horno. No pudo menos; hizo lo que todos los presentes: cogió *La Correspondencia*. En la segunda plana, en medio de la tercera columna, estaba la noticia, poco más ó menos como él la había visto sobre las losas húmedas y brillantes de la calle de Sevilla. Allí estaban Augusto Rejoncillo y su subsecretaría; era, efectivamente, la de Ultramar. Era un hecho el nombramiento; nada de reclamo, no; un hecho: se había firmado el decreto.

«¡Qué país!» se puso á pensar Reyes, sin darse cuenta de ello; él, que hacía alarde desde muy antiguo de despreciar el país absolutamente, y no acordarse de él para nada. «¡Qué país! Todo está perdido; pero ¡esto es demasiado! Esto da náuseas. ¿Quién quiere ya ser nada? Diputación, cartera..., ¿qué sería todo eso para el amor propio? Nada.... peor, un insulto.... ¿Cómo me había de halagar á mí ser ministro.... habiendo sido antes Rejoncillo subsecretario? Por este lado no hay que buscar ya nunca nada; la política ya no es carrera para un hombre como yo; es una humillación, es una calleja inmunda; hay que tomar en serio esta resolución estoica de no querer ser diputado ni ministro, ni nada de eso, por dignidad, por decoro». Y en el cerebro de Reyes estalló la idea fugaz y brillante de ser jefe de un nuevo partido, que llamó en francés, para sus adentros, el partido *zutista*, el de «no ha lugar á deliberar, el de la anulación de la política, el partido *anarquista* de la aristocracia del talento y de la distinción». Sí, había que matar la política,

convertirla en oficio de menestrales, dársela á los zapateros, á los que no saben leer ni escribir: un político era un hombre grosero, de alma de madera, limitado en ambiciones y gustos, un ser antipático: había que proclamar el *zutismo* ó *chusismo*, la abstención; las personas de gusto, de talento, de espíritu noble y delicado no necesitaban gobernar ni ser gobernadas. «Iremos al Congreso para cerrarlo y tirar la llave á un pozo», pensaba decir en el programa del partido. Por supuesto, que en Reyes estos conatos de grandes resoluciones eran *relámpagos de calor*, menos, fuegos de artificio á que él no daba ninguna importancia. Dejaba que la fantasía construyera á su antojo aquellos palacios de humo, y después se quedaba tan impasible, decidido á no meterse en nada. «Sin embargo, la idea del partido *zutista* era hermosa, aunque irrealizable.» Sobre todo, había servido para elevarle á sus propios ojos, «sobre aquellas miserias de subsecretarías y Rejoncillos». «No, él no tenía envidia á aquel mamarracho; de esto estaba.... seguro; pero el pensar en ello, el irritarse ante la majadería del ministerio que hacía tal nombramiento, ya era indigno de Antonio Reyes; el hombre que llevaba dentro de la cabeza el plan de aquella novela, que no acababa de escribir por lo mucho que despreciaba al público que la había de leer».

En el salón de periódicos comenzó cierto movimiento de sillas y murmullo de conversaciones en voz baja. Los socios pasaban á la cátedra pública. Los gritos de un conserje sonaban á lo lejos, diciendo: «¡Sección de ciencias morales y políticas! ¡Sección de ciencias morales y políticas!....»

## VI.

La cabeza de Cervantes de yeso, cubierta de polvo, bostezaba sobre una columna de madera, sumida en la sombra; y los ojos de Reyes, fijos en ella, querían arrancarle el secreto de su hastío infinito en aquella vida de perpetua discusión académica, donde los hijos enclenques de un siglo echado á perder á lo mejor de sus años, gastaban la poca y mala sangre que tenían en calentarse los cascos, discurrendo y vociferando por culpa de mil palabras y distingos inútiles, de que el buen Cervantes no había oído jamás hablar en vida. Sobre todo, la sección de ciencias morales y políticas (pensaba Reyes que debía de pensar el busto pálido y sucio) era cosa para volver el estómago á una estatua que ni siquiera lo tenía. Malo era oír á aquellos caballeros reñir, con motivo de negarle á Cristo la divinidad ó concedérsela; malo también aguantarlos cuando hablaban de *los ideales del arte*, de que él, Cervantes, nada había sabido nunca; pero todo era menos detestable que las discusiones políticas y sociológicas, donde cuanto había en Madrid de necedad y majadería ilustrada, se atrevía á pedir la palabra y á vociferar sus sandeces, ya retrógradas, ya avanzadas como un adelantado mayor. Aquellos socios, pensaba Reyes, se dividían en derecha é izquierda, como si á todos ellos no los uniera su nativo cretinismo en un gran partido, el partido del *bocio invisible*, del nihilismo intelectual. Sí, todos eran unos, y ellos creían que no; todos eran topos, empeñados en ver claro en las más arduas cuestiones del mundo, las cuestiones prácticas

de la vida común y solidaria, que no podrán ser planteadas con alguna probabilidad de acierto hasta que cientos y cientos de ciencias auxiliares y preparatorias se hayan formado, desarrollado y perfeccionado. Entretanto, y hasta que los hombres verdaderamente sabios, de un porvenir muy lejano, muy lejano, tal vez de nunca, tomaran por su cuenta esta materia, la ventilaban con fórmulas de vaciedades históricas ó filosóficas todos aquellos anémicos de alma, más despreciables todavía que los políticos prácticos, empíricos; porque éstos, al fin, iban detrás de un interés real, por una pasión propia, cierta, la ambición, por baja que fuese. El miserable que en nuestros tiempos de caos intelectual se dedica á la política abstracta, á las ciencias sociales, le parecía á Reyes el representante genuino de la estupidez humana, irremediable, en que él creía como en un dogma. Y si Antonio despreciaba aun á los que pasaban por sabios en estas materias, ¡qué sentiría ante aquellos buenos señores y jóvenes imberbes, que repetían allí por milésima vez las teorías más traídas y llevadas de unas y otras escuelas!

Años atrás, antes de irse él á París, se hablaba en la sección de ciencias morales y políticas de la *cuestión social en conjunto*, y se discutía si la habría ó no la habría. Los señores *de enfrente*, los de la derecha (Reyes se sentaba á la izquierda, cerca de un balcón escondido en las tinieblas), acababan por asegurar que siempre *habría pobres entre vosotros*, y con otros cinco ó seis textos del Evangelio daban por resuelta la cuestión. Los de la izquierda, con motivo de estas citas, negaban la divinidad de Jesucristo; y con gran escándalo del algunos socios muy amigos del orden y de asistir á todas las sesiones, «se pasaba de una sección á otra indebidamente»; pero

no importaba; ya se sabía que siempre se iba á dar allí, y el presidente, experto y tolerante, no ponía veto á las citas de un krausista de tendencias demagógicas, que «con todo el respeto debido al Nazareno», ponía al cristianismo como chupa de dómine, negando que él, Fernando Chispas, le debiera cosa alguna (á quien él debía era á la patrona), pues lo que el cristianismo tenía de bueno, lo debía á la filosofía platónica, á los sabios de Egipto, de Persia, y, en fin, de cualquier parte, pero no á su propio esfuerzo. De una en otra se llegaba á discutir todo el dogma, toda la moral y toda la disciplina. Un caballero que hablaba todos los años tres ó cuatro veces en todas las secciones, se levantaba á echarle en cara á la religión de Jesús, según venía haciendo desde ocho años á aquella parte, á echarle en cara que colocase á los ladrones en los altares, y perdonase á los grandes criminales por un solo rasgo de contrición, estando á los últimos. Y citaba *La Devoción de la Cruz*, escandalizándose de la moral relajada de Calderón y de la Iglesia.

Entonces surgía en la derecha un hegeliano católico, casi siempre consejero de Estado, gran maestro en el manejo del difumino filosófico. «Se levantaba, decía, á encauzar el debate, á elevarlo á la región pura de las ideas; y la emprendía con *Emmanuel Kant* (así le llamaba), Fichte, Schelling y Hegel, que eran los cuatro filósofos que citaba en esta época todo el mundo, exponiendo sus respectivas doctrinas en cuatro palabras. Los krausistas de escalera abajo replicaban, llenos de una uncción filosófico-teológica, como pudiera tenerla un *bulldog* amaestrado; y con estudiada preterición citaban al mundo entero, menos á Krause, el maestro, encontrando la causa de tantos y tantos errores como, en efecto, deslucen la historia del pensamiento humano, en la falta de méto-

do, y sobre todo en no comenzar ó discurrir cada cual desde el primer día que se le ocurrió discurrir, por el yo, no como mero pensamiento, sino en todo lo que en la realidad es....

Todo esto era hacía años, antes de irse él, Reyes, á París. Ahora, recordando semejantes escaramuzas, y contemplando lo presente, sentía cierta tristeza, que era producida por la romántica perspectiva de los recuerdos.

En aquellas famosas discusiones, en que Cristo lo pagaba todo, había á lo menos cierta libertad de la fantasía; á veces éran aquellas locuras ideales morales en el fondo, no extrañas por completo á las sugerencias naturales de la moral práctica; en fin, él les reconocía cierta bondad y cierta poesía, que tal vez se debía á no ser posible que aquéllo volviese; tal vez no tenían más poesía que la que ve la memoria en todo lo muerto. Ahora el *positivismo* era el rey de las discusiones. Los oradores de derecha é izquierda se atenían á *los hechos*, agarrados á ellos como las lapas á las peñas. Aquello no era una filosofía, era un *artículo de París*, la cuestión de los quince, ó el acertijo gráfico que se llama «¿dónde está la pastora?» Caballeros que nunca habían visto un cadáver hablaban de anatomía y de fisiología, y cualquiera podría pensar que pasaban la vida en el anfiteatro rompiendo huesos, metidos en entrañas humanas, calientes y sangrando, hasta las rodillas. Había allí una carnicería teórica. Las mismas palabras del tecnicismo fisiológico iban y venían mil veces, sin que las comprendiera casi nadie; el individuo era el protoplasma, la familia la célula, y la sociedad un tejido...., un tejido de disparates.

Antonio, muy satisfecho en el fondo de su alma, porque penetraba todo lo que había de ridículo en aquella bacanal de la necedad libre-pensadora, se levantó de su

butaca azul y salió á los pasillos, dejando con la palabra en la boca á un medicucho, que había aprendido en los manuales de Letourneau toda aquella masa incoherente de datos problemáticos y casi siempre insignificantes.

—¡Tontos, todos tontos!—pensaba: y una ola de agua rosada le bañaba el espíritu. Ya no se acordaba de Rejoncillo, ni de Reseco; la sensación de una superioridad casi tangible le llenaba el ánimo; sí, sí, era evidente; aquellos hombres que quedaban allí dentro dando voces ó escuchando con atención seria, algunos de los cuales tenían fama de talentudos, eran inferiores á él con mucho, incapaces de ver el aspecto cómico de semejantes disputas, la necedad hereditaria que asomaba en tamaño apasionamiento por ideas insustanciales, falsas, sin aplicación posible, sin relación con el mundo serio, digno y noble de la realidad misteriosa.

En los pasillos también se disputaba. Eran algunos jóvenes que, sin sospecharlo siquiera Reyes, despreciaban las disputas de la sección. Hablaban también de filosofía, pero no tenía nada que ver su discusión con la de allá dentro: éstos habían venido á parár á la cuestión de si había ó no metafísica, á partir de la última novela publicada en Francia. Antonio se acercó al grupo, y no estuvo contento mientras notó alguna originalidad y fuerza en la argumentación. Un joven moreno, pálido, de ojos azules claros y muy redondos, soñadores, ó por lo menos distraídos, hablaba con descuido, sin atar las frases, pero con buen sentido y con entusiasmo contenido.

—¿Quién duda, señores, que, en efecto, el positivismo ha de ir..., no digo que sea en este siglo, ¿eh?, pero ha de ir poco á poco..., vamos, modificándose, cambiando, para acabar por ser una nueva metafísica?....

—Esa tendencia ya aparece en algunos escritores,—

dijo otro, pequeño, rubio, vivaracho, de lentes, que gesticulaba mucho, y al cual el moreno, el distraído, oía con atención cariñosa. Siguió hablando el chiquitín de escritores alemanes modernísimos que repasaban la filosofía de Kant, y la de Fichte, y la de Hegel, para ver de encontrar en ella bases nuevas de una metafísica que había que construir á todo trance.

Entonces Reyes sonrió con disimulado desprecio, satisfecho, y se apartó también de aquel grupo. Al fin había encontrado lo que quería. «También aquéllos disparataban; creían en resurrecciones metafísicas; ¡bah!, tontos como los otros, como los positivistas de café, como los pobres diablos de allá dentro, aunque no lo fueran tanto.»

Salió del Ateneo. El cielo se había despejado; los últimos nubarrones se amontonaban huyendo hacia el Norte; las estrellas brillaban como si las acabaran de lavar; una poesía sensual bajaba del infinito oscuro.

Reyes comparó al Ateneo con el cielo estrellado, y salió perdiendo el Ateneo. «Debía estar prohibido discutir los grandes problemas de la vida universal, sobre todo cuando se era un *cretino*. Las estrellas, que de fijo sabían más de esas cosas sublimes que los hombres, callaban eternamente: callaban y brillaban.» Reyes, en el fondo de su alma, se sintió digno de ser estrella.

Bajó la calle de la Montera. El reloj del Principal dió las diez. Una mujer triste se acercó á Antonio rebozada en un mantón gris, con una mano envuelta en el mantón y aplicada á la boca. Él la miró sin verla, y no oyó lo que ella dijo; pero una asociación de ideas, de que él mismo no se dió cuenta, le hizo acordarse de repente de su aventura iniciada. Regina Theil estaba en Rivas. ¡Oh! ¡el amor, el galanteo! Un temblor dulce le sacudió el cuerpo. Á dos pasos tenía un coche de punto. El cochero dormía;

le despertó dándole con el bastón en un hombro, montó, y dijo al cerrar la portezuela :

—¡Á Rivas, corre!

## VII.

La berlina, destartalada, vieja y sucia, subió al galope del triste caballo blanco, flaco y de pelo fino, por la cuesta de la calle de Alcalá. Antonio, en cuanto el traqueo de las ruedas desvencijadas le sacudió el cuerpo, sintió una reacción del espíritu, que le hizo saltar desde el deleite casi místico de la vanidad halagada en su contemplación solitaria, á una ternura sin nombre, que buscaba alimento en recuerdos muy lejanos y vagos. Era una voluptuosidad entre dulce y amarga esforzarse en estar triste, melancólico por lo menos, en aquellos momentos en que el orgullo satisfecho le gritaba en los oídos que el mundo era hermoso, dramática la vida, grande él, el hijo de su padre. El run, run de los vidrios saltando sobre la madera, el ruido continuo y sordo de las ruedas, le iban sonando á canción de nodriza; gotas de la reciente tormenta, que aún resbalaban en zig-zag por los cristales, tomaban de las luces de la calle fantásticos reflejos, y con refracciones caprichosas mostraban los objetos en formas disparatadas. Un olor punzante, indefinible, pero muy conocido (olor de coche de alquiler lo llamaba él para sus adentros), le traía multitud de recuerdos viejos; y se vió de repente sentado en la ceja de otro coche como aquel, á los cinco años, entre las rodillas de un señor delgado, que era su padre, su padre que le oprimía dulcemente el cuerpecito menudo con los huesos de sus piernas flacas y nerviosas. ¡Qué lejos estaba todo

aquello! ¡Qué diferente era el mundo que veía entre sueños de una conciencia que nace, aquel niño precoz, del mundo verdadero, el de ahora!

Las rodillas del padre eran almohada dura, pero que al niño se le antojaba muy blanda, suave, almohada de aquella cabeza rubia, un poco grande, poblada de fantasmas antes de tiempo, siempre con tendencias á inclinarse, apoyándose, para soñar.

Reyes atribuía á los recuerdos de su infancia un interés supremo; conservábalos con vigorosa memoria y con una precisión plástica que le encantaba; los repasaba muy á menudo como los cantos de un poema querido. Como aquella poesía de sus primeras visiones no había otra; desde los seis años su vida interior comenzaba á admirarle; su precocidad extraordinaria había sido un secreto para el mundo; era un niño taciturno, que miraba sin verlas apenas las cosas exteriores.

La realidad, tal como era desde que él tenía recuerdos, le había parecido despreciable; sólo podía valer transformándola, viendo en ella otras cosas; la actividad era lo peor de la realidad; era enojosa, insustancial; los resultados que complacían á todos, le repugnaban; el querer hacer bien algo, era una ambición de los demás, pequeña, sin sentido. De todo esto había salido muy temprano una injusticia constante del mundo para con él. Nadie le apreciaba en lo que valía; nadie le conocía; sólo su padre le adivinaba, por amor. En la escuela, donde había puesto los pies muy pocas veces, otros ganaban premios con estrepitosos alardes de sabiduría infantil; él entraba, los pocos días que entraba, llorando; érale imposible recordar las lecciones aprendidas al pie de la letra; sabía las mejor que los otros, estaba seguro de comprenderlas, y el maestro siempre torcía el gesto, por-

que Antonio tartamudeaba y decía una cosa por otra. En las reuniones de familia, donde se celebraban improvisados certámenes de gracias infantiles, el chico de Reyes siempre quedaba oscurecido por sus primitos, que saltaban mejor, declamaban escenas de Zorrilla y García Gutiérrez, recitaban fábulas y tenían *salidas* graciosas. Se acordaba como si fueran de aquel instante, de los elogios fríos, de los besos helados con que amigos y parientes le acariciaban por complacer á su padre, que sonreía con tristeza, y siempre acudía después de los otros á calentarle el alma con un beso fuerte, apretado, y con un estrujón entre las rodillas temblonas y huesudas. Su padre comprendía que los demás no encontraban ninguna gracia en su hijo. Á los dos se les olvidaba pronto, y la familia entera se consagraba á cantar las alabanzas del diablejo de Alberto, del chistosísimo Justo, de Sebastián el sabio, que á los siete años anunciaban seguras glorias de la familia de los Valcárcel.

Emma Valcárcel se llamaba su madre.

La imagen de aquella mujer flaca, enferma, de una hermosura arruinada, que jamás había visto él en su esplendor de juventud sana y alegre, llenó el cerebro de Antonio. Este recuerdo fué un dolor positivo; no tenía la triste voluptuosidad alambicada de los otros.

«¡Mi madre!...», dijo en voz alta Reyes; y apoyó la cabeza en la fría y resquebrajada gutapercha que guarnecía el coche miserable. Encogió los hombros, cerró los ojos, y sintió en ellos lágrimas. El ruido de los cristales y de las ruedas, más fuerte ahora, le resonaba dentro del cráneo; ya no era como canto de nodriza; tomó un ritmo extraño de coro infernal, parecido al de los demonios en *El Roberto*.

CLARÍN.



# MÁQUINAS É INDUSTRIAS

APUNTES DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS.

PARIS. Julio de 1889.

Uno de los peligros con que ha de luchar quien desee escribir sus impresiones de la Exposición universal, de modo que á la postre en sus artículos, bien que ligeramente y sin pretensiones críticas, resulte la silueta general de cuanto digno de mención se encierre en los palacios del Campo de Marte, es el de la cantidad infinita y el de la variedad inagotable de lo que allí se expone. En los viajes continuos que hacemos de galería en galería, de palacio en palacio, la última impresión parece la más fuerte; pero es necesario dominar esta excitación febril, proceder con método, contando con que el tiempo ha de permitirnos verlo todo oportunamente.

En la inmensa nave del Palacio de máquinas, entre el bullicio de tantos miles de personas como circulan alrededor de las instalaciones, en la agitación de tanta máquina funcionando á impulsos del vapor, del gas ó del aire comprimido; entre el girar de las correas de transmisión y el mareante cuadro de cientos y cientos de rue-

das, émbolos y brazos moviéndose á la continua, destácase la forma más interesante y curiosa de la ciencia moderna. La máquina; esto es, el hierro idealizado; la materia dotada de inteligencia; el esclavo que obedece las órdenes de la ciencia, aparece entre los esplendores de este palacio como un símbolo vivo del siglo XIX.

Espíritus taciturnos y lóbregos, eternamente dispuestos á llorar lo que murió, habitantes de los sepulcros, maldicientes de las ciudades y enemigos del mañana, prendados del ayer, han dicho que la máquina había matado la poesía. ¡Como si fuera más bello el antiguo telar donde un hombre tardaba meses y meses en fabricar unos cuantos metros de tosco lienzo, que las fábricas de Escocia que en una hora elaboran kilómetros de finísima Holanda! ¡Como si fuera más hermosa la histórica carreta que al tardo paso de dos mulas trepaba por las ásperas y peligrosas cuestas, que la locomotora que sobre los relucientes rails de acero avanza á toda velocidad, uniendo á los pueblos entre sí con vínculos más estrechos y lazos más apretados que cuantos tratados de paz y alianza dieron, firmaron y promulgaron los antiguos monarcas!

En muchas ocasiones ha despertado en nosotros indignación el aserto de estos anacrónicos espíritus, que creen que ha muerto la poesía porque la máquina ha sustituido al obrero. Ya ha sido visitando en compañía de ilustres militares españoles la fábrica de Krupp en Essen, ya recorriendo la maquinaria y el túnel de la hélice del acorazado italiano *Dandolo*, ya asistiendo en las fábricas de Sèvres á la fusión del kaolín. Viendo en función este prodigioso invento y aquel maravillosísimo artefacto del ingenio humano, nuestra alma ha experimentado la vibración de lo sublime, tanto como asistiendo á una tormenta del

Océano, ó visitando las ruinas del Anfiteatro de Roma ; pero nunca hemos sentido esta impresión con vehemencia tanta como en el Palacio de máquinas de la Exposición de París, á la hora en que es mayor el bullicio y la aglomeración de la gente es más grande ; cuando todas las máquinas marchan al unísono ; cuando en torno de cada instalación agrúpanse clasificados por sus aficiones millares de curiosos, ni más ni menos que ante las gradas de los innumerables altares de una vieja catedral gótica agrúpanse los fieles, según la devoción que cada uno tenga á éste ó al otro Santo.

La máquina : he ahí una cosa que sólo parece interesar al ingeniero, único que puede comprender los misterios de sus múltiples ruedas y la combinación de sus diversos movimientos ; pero no, interesa también al filósofo y al economista, porque cada una de las vueltas de sus ruedas abarata más y más los productos elaborados, pone en comunicación con el productor á mayor número de consumidores, y lleva la comodidad á más hombres, de tal manera, que, como hace notar Taine en uno de sus más hermosos libros, los reyes del siglo xvi, con todo su esplendor, con toda su riqueza y con todo su poderío, no gozaban las comodidades, los placeres ni los cuidados de que hoy dispone el más pobre y mísero de los obreros de una ciudad culta. Y para el poeta hay también motivo de inspiración, porque esa máquina es la inteligencia triunfando de la materia, es el eterno símbolo de la razón venciendo á la barbarie, es Teseo acabando con los monstruos de Grecia, es el espíritu humano enseñoreándose de la tierra.

La ciencia y la industria han inventado máquinas para todo. He aquí que nos ofrece sus servicios la máquina de oír. No espera á que nosotros la dirijamos la palabra.

Uno de los empleados de la sección Edison, que maneja el fonógrafo, nos brinda con los dos conductores de cristal, para que los apliquemos á nuestros oídos, y una vez colocados convenientemente, óyese dentro de ellos una voz sonora y armoniosa, que no es otra que la voz de Edison almacenada en las placas metálicas del prodigioso aparato, que nos envía desde Nueva York un saludo cariñoso y simpático, que acaba con un « ¡viva Francia! » Esta voz de Edison, que resuena á través de los mares, que surge de una pequeña cajita, esparce por nuestros nervios, por nuestro ser todo, una vibración de entusiasmo, algo así como si, aproximándonos á un sepulcro donde yaciera ilustre campeón de la historia, oyéramos á la piedra hablar, y á través de la fría losa llegara hasta nuestros oídos el eco de aquella voz memorable; sólo que no es la voz del pasado la que nos habla, es la voz del porvenir, diciéndonos: ¡Nada imposible! ¡El hombre será cada vez más dueño de sí mismo! ¡El mañana será más luminoso y espléndido que el hoy, y en medio de las angustias y tristezas de la existencia, el triunfo que consigamos al acabar el siglo xx, será mayor que el que ahora logramos cuando agoniza el siglo xix!

Más allá tenemos la máquina de hablar, el teléfono, en que Edison ha suprimido las distancias, permitiendo al negociante de la City y al armador de Calais una conversación que evita la correspondencia y el telégrafo. La amistad, el amor y el negocio hallan en el teléfono el servidor más fiel y obediente, y la perfección de este aparato que presenta Edison es tal, que ya el más exigente no tiene derecho á pedir ni esperar mejoría. Se ha llegado á lo último.

El pensamiento acude á nuestra mente con rapidez; ya es torpe la pluma, no acertando á escribir los signos

con la rapidez que exige la perentoriedad de las ideas ; ya es perczoso el taquígrafo que no acierta á seguir la vehemencia de la palabra del tribuno. Para remediar esta deficiencia se ha inventado la máquina de escribir, debida á tenaces ensayos del austriaco Wetereng. Es un piano que, en vez de producir sonidos , graba los signos en una hoja que se mueve con la oportunidad necesaria para recibir todas las letras en línea, merced á un aparato de relojería que se remonta cada dos horas. El ejecutante, esto es, el pianista, ha de tener toda la agilidad necesaria para repetir sobre el teclado los signos oídos, lo cual no es fácil: supone muchos años de preparación. Después de todo, esta dificultad es fácil de vencer, si se tiene en cuenta que todo el mundo está lleno de pianistas que ejecutan las corcheas y las semifusas sin equivocarse en una sola en cuanto han recibido la educación durante dos ó tres años en cualquier conservatorio ó academia de bellas artes.

El ensayo de la máquina de escribir encontrará muchas dificultades ; pero es ya tan práctica y perfecta, que antes de acabar el siglo la veremos establecida y funcionando en los cuerpos legislativos, en las academias y en todas partes donde hoy tiene un puesto el taquígrafo.

Ya está escrita la obra ; es necesario imprimirla. ¿Qué he de decir del progreso, casi inverosímil, á que han llegado las máquinas de imprimir en Francia, en los Estados Unidos y en Inglaterra? Los constructores Marinoni, Alauzet y Derniey presentan tipos de máquinas de una perfección extremada, capaces de tirar en una hora 35 ó 40,000 ejemplares de un periódico del tamaño de *Le Figaro*, que doblan la hoja y la cuentan, distribuyendo el inmenso cilindro de papel blanco en paquetes acomodados á las necesidades del reparto y expedición por el correo.

Para surtir la avidez de esta máquina de imprimir rotativa, sobre cuyos estrechos cilindros gira miles de veces por minuto el *cliché*, ha sido preciso que al perfeccionamiento de tal aparato acompañe el perfeccionamiento en la fabricación del papel, y en este punto, las máquinas de Angulema que se exhiben en el Palacio universal son maravillosas.

Sabido es que en un principio sólo se hacía el papel de trapo : hoy se hace de madera y otras substancias, que parece mentira hayan podido adaptar su condición fibrosa y dura á la maleabilidad flexible que supone una hoja de papel que ha de someterse á todos los caprichos de una máquina rotativa, que ha de plegarse infinito número de veces sin que luego queden en el pliego huellas de doblez, y, además, ha habido que vencer otro problema : el de la economía.

Uno de los inconvenientes con que luchó el siglo xv, fué el de la dificultad en reproducir las obras de los grandes escritores. Los pendolistas tardaban años y años en hacer una copia. ¿Qué importaba que la adornasen con los primores de una ejecución artística? El más rico horario y el más notable códice de cuantos se conservan en el archivo de la catedral de Toledo y en los de las Universidades de Salamanca y Barcelona, no tiene valor ninguno si se compara con la hoja de papel más malo en que se imprima el periódico más necio ; porque aquel horario y aquél códice representaba la vida de un pendolista, y sólo servía para que lo leyese un solo hombre, tan afortunado que podía pagar el trabajo ímprobo del artífice, mientras que esa hoja se elabora en un instante, se imprime en una milésima de segundo, y está por su ínfimo precio al alcance de todos los hombres.

Recordamos á este propósito una de las mejores nove-

las del insigne Balzac, *Las ilusiones perdidas*, donde presenta con aquella admirable riqueza de detalles psicológicos que hace sus personajes inmortales, á un pobre investigador de la industria del papel, que se arruinó y murió en la demanda intentando macerar las fibras de las cañas sometiéndolas á los procedimientos de la papirificación. Aquel mártir representa los esfuerzos inútiles, las tentativas seguidas de fracaso que van esmaltando la historia de la industria con cifras y emblemas de duelo, sin lo cual no se consigue el progreso humano.

Dirán los enemigos de la ciencia que las máquinas, en éste como en otros aspectos, sólo atienden á la rapidez. No olviden que la rapidez es el signo característico de toda organización perfecta. Cuanto más de prisa concibe el hombre las ideas, más altura ha logrado en la escala del desenvolvimiento intelectual; cuanto más veloz es la carrera del caballo, más utilidad presta á su dueño.

También hay en la Exposición máquinas de andar; bien podemos llamar así al velocípedo, considerado hasta hace poco como un aparato de recreo, propio no más que para los niños ó para los gimnastas que exhibían sus habilidades en los circos ecuestres. Hoy el velocípedo se emplea ya en la guerra y en la paz para conducir rápidamente cartas y provisiones de un extremo á otro en las largas líneas del ejército, ó para repartir la correspondencia en una ciudad grande como Nueva York ó Londres. En las calles de París se ven frecuentemente velocípedos en que reparten sus mercancías, sus prospectos y sus cuentas los comerciantes.

Estas máquinas de andar han conseguido, merced á los últimos perfeccionamientos de las maquinarias inglesas y norte-americanas, el *summum* en la rapidez y el *mínimum* en el peso. Los radios de sus ruedas son tan finos

como agujas ; se ha suprimido el rozamiento, con lo que el esfuerzo muscular se centuplica hasta el punto de que una vuelta dada por el velocipedista se transforma en 25 vueltas de las ruedas.

Pero, ¿aún necesitamos otra máquina que nos lleve más de prisa? Ahí tenemos la locomotora. Comparando la máquina de Fulton que se halla en uno de los pabellones inmediatos á la galería de máquinas y el último modelo belga que se emplea en el expreso de París á Bruselas, se ve un abismo de dificultades, relleno con una inmensidad de trabajo, de experiencias y de ensayos.

Todo el siglo XIX ha sido preciso, y la labor constante de sus ingenieros más ilustres, para que esa máquina llegue á la perfección que hoy ha adquirido. Economizar el vapor y el carbón y aumentar la velocidad, así como en el velocípedo se trata de economizar la fuerza muscular y de aumentar la rapidez : éste ha sido el objeto de los perfeccionadores.

La máquina belga de que hablo es larga como un navío, delgada como un caballo de carrera, dorada y plateada como una joya, obediente y fiel á las órdenes del maquinista como un perro; pronta en el partir y rápida en el detenerse, y fácil, en suma, para todas las operaciones que supone el perfecto manejo de artefacto tan complicado.

¿Aún nos parece poco correr? ¿Queremos volar? Pues no desmayemos, que pronto se habrá conseguido lo que hace un siglo parecía un sueño. Los aerostatos del capitán de Estado Mayor, M. Kruebs, ensayados hace dos años en París con éxito mediano, han sido mejorados después. El globo fusiforme, que ofrece poca resistencia al aire, y la máquina motora, impulsada por la electricidad, de poco peso y de mucha energía, permiten ya al

aeronauta dirigir su nave cuando el viento no es muy fuerte. Trátase no más que de duplicar la energía motora hasta el extremo de que las mayores violencias del huracán sean vencidas. Después de todo, no hay que desesperar del triunfo, porque nos encontramos en el caso en que se encontrarían aquellos navegantes que se lanzaron á las mayores conquistas é investigaciones que señala la geografía, sin otros aparatos que las galeras al remo ó los laúdes impulsados por la vela: los vientos contrarios más hostiles detenían al navegante. ¿Era por eso menos cierta que lo es hoy la navegación por medio del aire? Indudablemente, no.

\* \* \*

¡Cuán lejos estamos de aquellos días en que el vellón de lana, sujeto á un pedazo de madera, era hilado poco á poco por los dedos de la mujer, hasta convertirlo en la hebra, que luego se tejía con primitivas y toscas artes!

Las máquinas de tejer, que llenan buena parte del Palacio, demuestran hasta dónde ha llegado la tenacidad de los ingleses y de los franceses buscando procedimientos industriales que les permitan fabricar sedas, lanas, paños, lienzo, con tal rapidez y tan baratos, que pueden cubrir con ellos sus carnes así los ricos como los pobres.

La industria lyonesa, la fabricación londonense y la suiza, presentan modelos admirables. Las gigantescas ruedas ponen en movimiento infinidad de pequeñas ruedecillas, y éstas hacen trabajar á innumerables aparatos de extrañas formas: cardas, ganchos, lanzaderas, husos,

plegadores, estampadores, recortadores; en fin, toda especie de útiles, que trabajan de común acuerdo como obreros de una industria bien organizada..

No puede contemplarse largo rato esta parte de la Exposición, ni asistir atentamente durante algunos minutos á la función de cualquiera de estas máquinas, sin experimentar algo así como un empequeñecimiento del espíritu y un miedo á la materia, como si temiéramos que á la postre ella fuera la dueña del mundo. Tanta habilidad en un pedazo de hierro, tanta previsión en las funciones de una rueda, que se diría que cada uno de sus dientes está dotado de una sabiduría particular y asombrosa y la transmite por todo el mecanismo; tanto acierto en las operaciones y aquella prontitud y oportunidad con que todas las partes del mecanismo intervienen en la obra común, sin que sea preciso otro estímulo ni otra excitación á tan perfecta economía y á tan admirable régimen, que la orden dada por el pito de vapor de la máquina motora principal de aquella fiebre de labor, llegan á hacernos pensar que no se trata de aparatos inventados por el hombre, sino que allá, en el fondo de las minas, donde el hierro duerme esperando el duro martillo del obrero para salir á luz, los gnomos guardadores de los metales han ideado una revancha contra los hombres, creando máquinas é inventando artificios que dejan atrás la inteligencia humana, y acaban por apoderarse y enseñorearse del mundo. No ha podido la antigua fábula, ni ha llegado la imaginación de los poetas clásicos á inventar algo que sea tan maravilloso como una máquina de tejer, que en sus movimientos parece haber estudiado y copiado el girar de la rueda entre las manos de la mujer, la oscilación del silfo que en torno de su cuerpo forma su alcázar de seda, y el tembloroso vibrar de las pa-

tas de la araña, que en las esquinas de la techumbre se teje su flotante palacio.

Una de las máquinas de tejer, la que presenta la Sociedad de la filatura de la Gran Bretaña, es particularmente curiosa por la multiplicidad de operaciones que ejecuta. Entra por uno de los extremos del aparato la seda en informe montón; bien presto innumerables uñas de acero agitan aquella borra reluciente y enredada, sacando de ella hilos, que van uniéndose uno á uno por un movimiento circulatorio del husillo, que se encarga de devanarlos; y una vez este husillo cargado con la cantidad necesaria de seda, pasa por una corredera á otra parte de la máquina, seguido de cientos de ellos que por el mismo camino van á colocarse en el sitio donde empieza la función textil. Allí puede decirse que se asiste á una tempestad industrial y mecánica: ganchos, pinzas, cardas, van y vienen, más bien como si lucharan en esgrima fantástica é inconcebible que como si obrasen para producir algo tan liso, reluciente y bonito como una sábana de seda. De esta batalla surge el paño brillante, estampado y adornado, en el que á cada diez metros un punzón graba la marca de la fábrica. Esto es realmente maravilloso, y puede decirse que Inglaterra es el país que más alto raya en la fabricación de toda especie de tejidos, excepción hecha de la especialidad de sedería, en que la ciudad de Lyon llega adonde ningún otro centro industrial del mundo.

Una vez la tela tejida, era necesaria una máquina que fabricara los vestidos, y también la hay. La paciencia del suizo ha construido muchos artefactos, que funcionan en el Palacio de máquinas, los cuales confeccionan á la vista del público trajes para niños. El paño, el dril, el hilo y la seda son cortados sobre modelos de zinc; la máquina de coser los une rápidamente, los borda, abre los ojales,

repiquetea de festones las mangas y el vuelo, y entrega la obra concluida.

Claro está que el ingenio artístico de la modista, el arte de composición de Wort y Laferrière no podrán ser nunca imitados ni sustituidos por máquina alguna, así como el cromo no podrá nunca llegar adonde llega la pintura al óleo, ni la música mecánica de un piano de cigüeñuela ejecutará como Planté y Tragó; pero para la confección barata, para el vestido de bajo precio, estas máquinas producen resultados admirables é inmediatos.

Viendo una locomotora, un puente de ferrocarril ó un mercado de hierro de esos que la industria moderna levanta en el centro de las grandes poblaciones, muchas veces se piensa en la dificultad de manejar el duro metal, haciéndole adoptar todas las formas convenientes á las necesidades que con él se trata de llenar. La respuesta á esta pregunta la dan las máquinas de la sociedad alsaciana, el martillo-pilón de Creusot, las laminadoras de la Sociedad belga, la de Cokeril y las perforadoras de varias especies que funcionan en este Palacio. Todas ellas tratan al hierro no como materia dura, sino como blanda pasta; le doblan, le cortan, le agujerean, convierten el enorme bloque en delgadas laminitas, construyen tubos que pueden ser doblados por la simple presión del dedo, le ondean para formar la cubierta de un edificio, le acanalán para que sirva á la conducción de las aguas pluviales, le adornan de grecas y festones para que ornamente mil objetos de uso doméstico, le dan forma de punzón para aplicarle á diversas industrias, y le pulen y abriñantan como si tratasen de hacerle competir con los metales preciosos que se emplean en joyería. La cera, el queso, la blanda arcilla y la dócil escayola parecen materiales duros y rehacios á la labor de la mano del hombre, si

se los compara con el hierro manejado por tales aparatos. Su dureza desaparece, su áspera é indócil condición diríase como que se somete al genio que tales máquinas ha inventado, y en el estruendo ensordecedor de aquellos martillos que golpean, de aquellas sierras que cortan, de aquellos rodillos que laminan, cabe pensar que el hierro, el bronce y el cobre han cambiado de naturaleza, sintiendo ablandarse sus moléculas por un milagro industrial no bien explicado todavía.

Y si queremos ver cómo el ingenio humano se ha dado trazas para que las cosas más duras no se resistan á su labor, no tendremos necesidad de ir al pabellón especial de talla de diamantes, establecido por un industrial holandés, M. Eduard Niermans, en el Campo de Marte; cerca de la Torre Eiffel, en el mismo Palacio de máquinas, podemos ver cómo la rica piedra es pulimentada en giratoria mesilla de mármol, que, en su movimiento constante, arranca sus tosquedades á la cristalización del carbono, convirtiendo lo que parece un guijarro en hermosa y reluciente joya.

Y adoptado este sistema de buscar dificultades mecánicas imposibles de ejecución para que nos las resuelva el ingenio mecánico, de un triunfo pasamos á otro triunfo, y no hay pregunta de nuestra mente á que no hallemos contestación en algún aparato que funciona cumpliendo alguna misión industrial de gran importancia. ¿Queremos respirar el aire helado del Norte para consolarnos del calor tropical que nos ahoga en el Palacio de máquinas? Pues no tenemos sino aproximarnos á la instalación de máquinas frigoríficas de la Sociedad franco-belga, y allí veremos cómo el agua tibia que llena las botellas de cristal se convierte prontamente en hielo, y de qué modo las amplias cubas llenas del mismo líquido se

truecan en un instante en hermosos y brillantes conos de cristal blanco, que envían á larga distancia el frío que el aire comprimido ha depositado en sus moléculas.

Huyamos de esta temperatura, buscando la de los países cálidos, y poco más allá de estos témpanos artificiales encontraremos varias instalaciones de calefacción por aire comprimido; y la misma máquina que hiela las botellas, moviendo aparatos de otra naturaleza, caldea el viento y le envía en una tempestad de fuego á través de tubos, que pueden repartir suave temperatura por el interior de las habitaciones en los crudos días del invierno. Así, por este medio, el rico caprichoso puede realizar dentro de su casa al mismo tiempo el contraste del invierno y el del estío, teniendo un piso de su morada á 6° bajo cero y otro á 40° centígrados. No hay, pues, que recorrer líneas férreas y sufrir los mareos en largas navegaciones al pasar de las regiones hiperbóreas á las regiones ecuatoriales. Basta que el mecánico haga funcionar sus aparatos para que el milagro se efectúe.

¡Máquinas de hacer luz! Son tan conocidas y tan usadas, que es inútil describirlas. La luz eléctrica hoy se halla extendida por todas partes; las ciudades más modestas, las fábricas más pobres se sirven del rayo encerrado en las lamparitas incandescentes de Edison, ó fulgurantes en los carbones del arco voltaico.

Es inútil también copiar aquí la lista de los industriales franceses, ingleses, belgas, norte-americanos y suizos que han presentado en la Exposición de París máquinas, aparatos y procedimientos diversos para la obtención y aprovechamiento de la luz eléctrica. Al frente de todos, dicho se está que figura Edison, que ocupa él solo con su instalación una décima parte del Palacio de máquinas.

De otra industria hay también representaciones muy notables: de la industria extractiva del alcohol.

Las destiladoras de la sociedad de Belfort son dignas de ser examinadas. Sus enormes cilindros de cobre, rodeados de innumerables tubos y serpentines, producen diariamente muchos millares de litros del famoso producto industrial.

De la madera cocida, del esparto macerado, de la patata, de la zanahoria, de muchos frutos que hasta ahora no tenían aplicación ninguna, se extrae el alcohol, sobre el cual pesa hoy una acusación formidable: se le atribuye el aumento de la mortalidad que se nota en las grandes poblaciones, el raquitismo que se desarrolla de un modo pavoroso en los barrios obreros, el crecimiento del escrofulismo y de la locura. Esta culpa es, no del alcohol, sino de los que abusan de sus propiedades. Á nadie se le ha ocurrido maldecir del agua porque produzca inundaciones; y hoy, como en los tiempos clásicos, el sediento recuerda el panegfrico de Píndaro al suave y fresco fluido que sale de los manantiales en el bosque.

No es posible que en artículos como los que yo escribo se entre en detalles técnicos, que necesitarían la competencia de un sabio ingeniero. Fáltame á mí por completo el conocimiento de estudio semejante; hablo sólo como *impresionista*, como curioso, maravillado de ver á qué extremo llega el trabajo del hombre, en su triunfo sobre las dificultades de la naturaleza y sobre los arcanos de la materia.

Fuera, sin duda, interesante tema para un hombre de ciencia la comparación de los adelantos obtenidos por los mecánicos. Podría demostrarse, por ejemplo, que en materia de máquinas de vapor se ha llegado al *summum* del perfeccionamiento, de tal manera, que ya no hay na-

die que espere resultados mejores que los que se han obtenido. Estas máquinas de vapor dan ya toda la cantidad de trabajo que puede exigirse, porque se aprovechan casi en su totalidad los materiales empleados para obtener la fuerza: el carbón que arde en la caldera, el agua que se evapora en las tuberías, dan un rendimiento de fuerza motriz que no permite aumento sensible. Por eso ha exclamado un ilustre físico en frase pintoresca y elocuente: «Ya hemos estrujado la burbuja de agua que se evapora hasta obligarla á entregar toda la potencia motriz que encierra; dejémosla seguir tranquilamente su trabajo, y vamos ahora en demanda de los misterios que encierra una corriente eléctrica».

En efecto: éste será el tema de los estudios científicos en lo que resta de siglo, y así como en los primeros años del xix la aparición de la locomotora y de la vía férrea cambió de aspecto á la sociedad y modificó en absoluto las condiciones de la vida de los pueblos, los albores del siglo xx serán iluminados por una espléndida aurora de luz eléctrica, y la luz que arde en el taller, la fuerza que mueve los telares, el barco que surca las ondas, el globo que hiende el espacio, irán impulsados por el hálito que sorprendió Galvani en sus primeras é inolvidables experiencias.

El Palacio de máquinas de la Exposición de París es, por muchos conceptos, obra interesante y magnífica. No sólo cabe gloria por ello á Francia, organizadora del certamen universal, sino á todos los pueblos que han concurrido enviando sus aparatos y sus artificios. Aquella inmensa nave, llena de máquinas, viene á ser algo así como inmenso panorama, desde el cual podemos contemplar á los hombres del siglo xix trabajando afanosamente por la conquista de los destinos futuros, y el gabinete

donde el calculista se encierra lejos del ruido y de las fiestas mundanas, nuevo monje de la civilización, que hace voluntariamente el voto de los trabajos forzados de la inteligencia, y el laboratorio del químico donde se ensayan y se aplican nuevos productos, y el taller del mecánico donde intenta modificaciones y mejoras en las cosas que ya encontró inventadas, aparecen en fantástica perspectiva coronados por triunfal guirnalda de laureles y aclamados por los vítores de la humanidad agradecida.

\* \* \*

Es el Palacio de industrias diversas inmensa construcción, compuesta de galerías paralelas, cuyos techos forman un ángulo obtuso, y en cada una de las cuales se ha procurado dar á la decoración un aspecto diferente. Esta era una de las dificultades con que había de luchar el arquitecto que llevase á cabo la obra. La extensión grandísima del área que debía edificarse, el número considerable de galerías de que había de constar, la variedad de productos que debían ser allí expuestos, todo se combinaba para que la obra del arquitecto resultara difícil; más que difícil, imposible.

M. Bouvard ha vencido estos obstáculos, con un talento y una perseverancia que no pueden menos de causar maravilla. Dentro del mismo género arquitectónico, sin la posibilidad de variar mucho los detalles de ornamentación, limitada su inventiva por la necesidad de crear un conjunto armonioso, M. Bouvard ha conseguido un éxito menos ruidoso, sin duda, que el logrado por otros

de sus colegas ; pero que no podrá menos de valerle los aplausos de personas inteligentes.

Para formar idea de la riqueza de las industrias en el siglo XIX, basta dar un paseo por este Palacio. Millares de millares de instalaciones, vitrinas, escaparates, muestrarios, doseles, templetos, artificios infinitamente varios para exponer, llenan la inmensa extensión.

Una clasificación perfecta ha hecho que dentro de cada sala no se expongan sino productos y objetos del mismo género , y así se ha conseguido que pueda el curioso seguir un orden relativamente claro y metódico al examinar las riquezas infinitas que ha aglomerado el trabajo del hombre en el Palacio de industrias diversas.

Cuando al recorrer alguna de estas secciones, aquellas en que están colocadas las primeras materias, vemos los metales en la forma de pedrusco recién arrancado á la mina ; las maderas en el tronco nativo ; las lanas tal y como la esquila del pastor las cercenó del cuerpo de la res ; la seda en los blancos y rubios montones de capullos murcianos y japoneses : todo aquello, en fin, que sirve de base á las industrias en su primer aspecto, cuando todavía no ha recibido el beso creador del ingenio humano, causa sorpresa el considerar cuántos años de fatigas, cuántos siglos de estudio, cuántas ímprobables dificultades han sido vencidas y han sido llenadas con labor gigantesca y fructífera para el hombre, hasta convertir el tosco mineral en la joya ó en la luciente lámina cristalina ; el tronco de madera en el mueble elegante ; la vedija de lana en rico paño inglés ; y si recorre la memoria en rápido viaje la crónica de cada una de las industrias, llena de héroes del trabajo, de mártires del invento, de profetas de lo nuevo, regada con el sudor de cientos de gene-

raciones, coincidiendo siempre en su desarrollo y en su triunfo con acontecimientos políticos, con esenciales mudanzas de las ideas, aumentase el asombro y la maravilla que produce siempre ver el espectáculo de progreso, porque hay que pensar que, en virtud de una ley armónica á que obedecen la naturaleza y el hombre, la vasija y el líquido, el recipiente y el contenido, el exterior y el interior, el aspecto, en suma, de las ciudades, por lo que se refiere á los edificios y á los trajes, y las ideas dominantes en la filosofía de la época, han ido la una al lado de la otra. Así, por ejemplo, y sólo como ejemplo lo cito, en la existencia lenta, difícil y trabajosa de los siglos medios, el hombre se vestía con toscos paños, adornábase la castellana con pesados briales, que duraban siglos, y se heredaban como las fincas y los castillos, pasando así desde los arrugados cuerpos de las ancianas á los lozanos y garrridos talles de sus sucesoras; mientras que ahora, en la vida rápida, febril, facilísima y cómoda del siglo XIX, en que todo se hace de prisa, téjense por las máquinas inglesas y francesas telas finísimas y baratas, cuyo uso no dura muchos años. Entonces las ideas recibidas en la infancia no se abandonaban en toda la vida, ni el túnico con que el mozo iba á las fiestas y á las batallas caía de su cuerpo sino cuando este cuerpo caía en el sepulcro. Ahora cada semana trae una moda; los rápidos viajes que nos llevan en salto, casi inverosímil, de un clima á otro, nos imponen la necesidad de mudar de pergenio, teniendo en el mismo armario el gabán de pieles con que hemos de arrostrar las nieblas de Londres, y el traje de dril que ha de hacernos soportable los rigores del verano andaluz. La vida hoy nos ofrece comodidades tales, que para satisfacerlas necesitamos el auxilio de muchas industrias, que antes eran completamente innecesarias. Hubo un tiempo

en que fueron lujo superfluo ; hoy ya han entrado en la categoría de imprescindibles.

Asistiendo á la comida de un adelantado ó señor de castillo, allá bajo el reinado de Isabel la Católica, si nos maravilla la riqueza de los muebles trabajosamente esculpidos en el duro nogal, también nos asombra la sencillez del trato, la escasez de objetos de que el procer se servía, lo morigerado y sobrio de sus costumbres.

Hoy el hombre más modesto, aquel que por su escasez de medios menos placeres se proporciona, usa diariamente una cantidad tal de enseres, que suponen la existencia de muchedumbre de industrias trabajando para servirle y afanándose por complacerle.

Entre el hombre primitivo habitando en la selva, cubriéndose el cuerpo con pieles de animales cazados en lucha brutal cuerpo á cuerpo, y el moderno ciudadano de París ó Nueva York, hay la misma diferencia que entre el tosco pedazo de mármol arrancado por el pico á la cantera y la estatua labrada por Fidias.

Contemplando toda la serie de galerías del Palacio de industrias diversas, se asiste á un triunfo esplendoroso de la ciencia, manifestándose en formas tales y acompañándose de tan esplendorosa *mise en scène*, que no es posible dejar de prorrumpir en frases de admiración. Así es frecuente que el viajero que solo recorre estas galerías, no puede contener en silencio su admiración, y habla sólo. Los gestos y las actitudes de asombro pueden observarse en todos los que examinan estos prodigios de la industria humana. Ya es ante un soberbio vestido á la griega que expone el modisto Laferrière, donde un concurso de mujeres de todos los países vienen á emitir algo así como un sufragio de buen gusto ; ya es ante la inmensa lámina de cristal que la fábrica de Saint-Gobaint pre-

senta, y cuya medida es de 26 metros de largo por 23 de ancho; ya es examinando las finas y ricas pieles canadienses que llenan inmenso escaparate; ora envidiando los muebles riquísimos que la industria parisién y vienesa en competencia de lujo y arte expone. Sólo la vanidad del ignorante, que cree triunfar del genio negándole el tributo de la admiración, puede pasar fría y silenciosa ante tantos esplendores, que ofrecen no sólo un pueril negocio á los ojos y un entendimiento pasajero, sino que constituyen un espectáculo único, grandioso, conmovedor, como que simboliza las glorias del entendimiento y del trabajo; formidable, como que representa la riqueza del mundo; capaz de inspirar profunda meditación y ser motivo de detenido estudio, como que es la enciclopedia viva y animada de todas las ciencias y de todas las industrias.

\* \* \*

No es fácil seguir ninguna de las muchas guías que se han publicado para servicio del curioso. En artículos como los que yo escribo, en que busco no más que las impresiones, procurando sintetizar muchos días de análisis en unas cuantas cuartillas, no puedo entrar en detalles y nombrar fábricas y expositores. Quiero sólo recoger las líneas salientes, para que á la postre de mi trabajo venga á resultar algo así como la silueta general de la Exposición, los perfiles y contornos de los trabajos, de las industrias y de la inventiva de las ciencias, por modo tal, que queden mejor en la memoria del lector aquellos ras-

gos característicos que vienen á ser la fisonomía general de lo que vayamos viendo. Así, pues, busquemos dos puntos de vista ocupándonos hoy de todo lo que se refiere á la casa y al hombre, los muebles y los trajes.

París, Lyon, Marsella, Dijon y Tolosa demuestran poseer los mejores talleres para la fabricación del mueble; en Austria, la capital del Imperio tiene también la capitalidad en esta clase de obras; en España, Barcelona es la que ha conseguido mayores triunfos; en Italia, Roma y Milán concurren dignamente al concurso; Filadelfia y Boston han enviado muebles dignos de entrar en la liza.

Viendo los caprichos, las originalidades de las artísticas invenciones, que sirven para decorar el palacio así como la morada modesta, se comprende que esta especie de arte va por caminos distintos de los que hasta hace poco recorría. El mueblista se había encerrado en la vulgar imitación de estilos ya hechos: ya copiaba el mueble de Pompeya con sus altas columnas y sus finas labores; la silla de asiento redondo y de respaldo ovalado; el sillón esbelto y la mesa baja, ó bien reproducía el estilo neo-greco del Imperio ó las preciosidades Luis XIV, con sus adornos de porcelana y con su abuso del dorado y de los rasos.

Hoy el mueble ha aceptado las ingeniosidades de la originalidad. Las formas más caprichosas han sustituido á éste estilo preconizado por la experiencia, y se ha buscado el triunfo de lo nuevo en vez de contentarse con repetir eternamente los mismos modelos.

En las innumerables instalaciones de muebles que hay en el Palacio de industrias diversas, hay saloncitos íntimos, propios para recibir á la gente de la mayor confianza, que parecen ideados por un poeta; muebles bajos y

pequeños, estrechos confidentes, sillitas que apenas si levantan un palmo del suelo, mecedoras que parecen lechos, mesas rectangulares de sencillísima ornamentación, todo lo cual se combina admirablemente dentro de las ideas de la intimidad, de la confianza y de la familia.

Ocupando estos muebles y alrededor de esta mesa nos imaginamos dos seres unidos por tiernos afectos del alma. No es posible que haya dado nunca la madre cristiana, la esposa amante, decoración mejor ni más propia para la salita donde ha de reunir á los preferidos de su corazón.

Bajo algún elegante baldaquino vemos también el lecho blanco y casto de la doncella, de rica madera, cuyos matices compiten con los del marfil, de sencillísima entalladura, adornado con claras telas, el espejo de pequeño tamaño y cuyo marco no tiene adorno alguno, las colgaduras de pocos pliegues, pendientes de una galería sin cresterías ni volutas.

Para la edad inocente y deliciosa en que la mujer experimenta los primeros alborozos del amor, cuando se juntan en su espíritu los últimos sueños de la niña y los primeros estremecimientos de la mujer, estos muebles son tan propios y adecuados, que no hace falta mucha imaginación para amueblar el interior de un gabinetito en que se encuentra la niña que empieza á descuidar á su canario para permanecer largas horas apoyada en el balaustre de su ventana, mirando cómo á lo lejos en el cielo las nubes avanzan en fantástica carrera.

Hay también salones espléndidos con ricos terciopelos, con abundancia de pieles, que hoy son la moda suprema del lujo, con adornos de bronce, con enormes chimeneas de tamaño tal, que ocupan la mitad de un muro,

con lámparas eléctricas en que la luz está encerrada en huevecitos de cristal cuajado, con muebles diversos, que en esto se distingue la moda de hoy de la anterior.

Hay comedores de aspecto sombrío, con sus paredes cubiertas hasta la altura de un hombre por maderas de roble, con sus sillas y armarios llenos de prolija labor gótica, que hacen pensar en el extraño gusto del estilo corriente, que lleva todas las severidades reservadas á los coros de nuestras catedrales góticas, al sitio del placer y de la alegría, aquel en que se satisface la gula y en que el vino se escancia en rico cristal de Bohemia.

La mesa de billar, indispensable utensilio de toda casa bien puesta, ha reducido su tamaño. No son ya aquellas enormes tablas que ocupaban todo un salón, por amplio que fuese, verdaderas plazas de armas, donde la bola corría sin encontrar nunca las bandas. Ahora se hacen pequeñas, como si el esfuerzo del jugador hubiera disminuido y se tratara de facilitar las reflexiones y los encuentros.

En todo el mueblaje obsérvase la influencia decisiva que ha ejercido el arte japonés. Las brillantes lacas, los colores que imitan el nácar y el oro, los barnices que reflejan los objetos, han sido adoptados de una manera definitiva. Se ha buscado la combinación de este arte sonriente, extraño y fantástico, con los antiguos estilos clásicos y severos; y en esta mezcla y confusión, á veces resultan conjuntos agradables, ni más ni menos que si en un corro de viejos un joven acude, llevando en su rostro la salud y en su conversación el ingenio y la alegría; pero otras veces resulta inarmónica aquella colección. En vez de las líneas rectas de los muebles que buscan su aplomo naturalmente, las columnatas corintias y góticas, las garras de león que sirven de sustento

á la silla, y las cabezas de angelitos alados que adornan el marco del espejo, aparecen líneas curvas y quebradas, extrañas superposiciones de la trágica inspiración gótica y de la estrambótica inspiración japonesa, y mézclanse en pandemonium artístico las cabezas de ángeles con las de los monstruos de la teogonía budhista. Diríase que los muebles han perdido el aplomo; que en vez de servir para el adorno de las casas de personas cuerdas y de buen juicio, han sido inventados por algún saltimbanquis para que le sirvan en sus habilidades de circo. El clásico *paravent* de la comedia francesa, que el pincel de Watteau idealizó con sus lozanas y frescas rosas y sus procesiones de pastorcillos, ha desaparecido para dar lugar al *paravent* japonés, en que sobre líneas de azul rojo destácanse en violento contraste monstruos inverosímiles, aves absurdas, peces de formas incomprensibles, y que sugiere la locura y la influencia del delirio, y que sólo aparecen en la mente humana cuando la torturan pesadillas horribles. Eso ha sido admitido por el artista para adornar los muebles; aquello que antes era desechado por la imaginación como parto deforme, hoy se busca y se coloca en lugar preferente, ni más ni menos que si la razón hubiera perdido sus fueros. Tal vez esto no es sino un signo modesto, pero expresivo, del estado de las ideas. El hombre del siglo xix, que lleva el caos en el cerebro, no puede estar rodeado de aquellos muebles clásicos y venerables de que se sirvieron nuestros antepasados. Hay, ya lo hemos dicho, una profunda relación entre el continente y el contenido; tal como es el cuerpo del molusco, así es la concha que le reviste, y no sienta bien el rostro desfigurado de Gwimplaine sobre el frac severo del diplomático.

De suerte que, por lo que de la Exposición de París

resulta, y por lo que del examen de esta sección del Palacio de industrias diversas se nos alcanza, lo que el mueblista ha ganado en variedad de estilos, lo ha perdido por carecer de un criterio fijo, de un gusto dominante que pueda simbolizar la manera de ser de la morada del hombre culto en los fines del siglo xix.

Excepción importante y curiosa es de lo que estoy diciendo el mueble británico. Sencillo, elegante, modesto á primera vista, pero riquísimo por los materiales que lo forman, aún responde al ideal pompeyano. Así, en este concepto, como en el más elevado y trascendental de la pintura, los ingleses aparecen en la Exposición de París á la cabeza de las bellas artes, acreditándose en sus obras, lo mismo en el cuadro de Alma Tadema que en los mueblecillos que aquí y allá se exhiben dentro del Palacio de industrias diversas, una cultura refinada y exquisita, un escogimiento que resulta natural en quienes todo lo estudian para buscar lo mejor y apropiárselo.

El tapiz y los tejidos propios para el adorno de la casa cuenta dos variedades distintas. En primer término, se destacan los ricos tapices de Gobelinos, cultivados hoy por Francia con el mismo cuidado que en los tiempos famosos en que alcanzaron reputación universal.

El arte del tapiz no ha progresado; han tenido los franceses la fortuna de conservar el gusto clásico, á diferencia de los españoles, que hemos dejado perder nuestra magnífica fábrica del Retiro, que llenó de maravillas á los palacios de toda Europa. Goya fué el último pintor de genio que llevó sus obras á la fábrica de tapices de Madrid: después, este arte exquisito y grandioso ha decaído en España de tal modo, que cuando el acaudalado propietario busca para vestir los muros de su vivienda

algo que responda á ideas de lujo y magnificencia, tiene que acudir á las fábricas de las iglesias y á los depósitos de los anticuarios para encontrar tapices dignos de su objeto.

La fábrica de Gobelinos sigue respondiendo á sus antiguos esplendores: no ha podido el arte moderno inventar nada con qué sustituir á esta hermosa tapicería, nacida al calor del siglo de oro, y que responde á una época laboriosa para el ingenio humano.

En cambio, el progreso ha sido grande por lo que se refiere á la fabricación de tejidos baratos que decoran la casa del ciudadano. No todos tienen la fortuna necesaria para adquirir un tapiz, y Lyon, Marsella y Florencia trabajan maravillosas telas que, según son vistosas y galanas, parecen valer una fortuna, aunque, en realidad, son las que pueden ser adquiridas por escásimo precio.

Así como el rico tapiz clásico sigue reproduciendo los mismos asuntos que en el siglo de oro, escenas bíblicas ó mitológicas, el tapiz barato no ha encontrado aún asunto propio y característico. Generalmente se limita á reproducir festones y grecas sin significación alguna ó grupos de flores distintas: algunos son copia de paisajes tropicales, con abundancia de palmeras unidas unas á otras con cadenas de lianas. Ordinariamente, la vaciedad del asunto, la insignificancia de la obra artística, quitan interés á esta forma de industria de estampación.

Donde el progreso se evidencia de una manera natural es en lo que se refiere á la industria del cristal y de la porcelana. En ésta ofrece el Palacio de industrias diversas maravillas de todo género. Empezaremos por hacer notar que la manufactura nacional de Sèvres ha encontrado el secreto del kaolín chino, pasta dura y fina, fácil

para recibir las huellas del pincel y eternizarlas sometiéndolo a la acción del horno. Facilidad para adoptar las formas más extrañas : éste ha sido el objeto que se propuso la manufactura de Sèvres al intentar la obra de que hablo. Los ricos tiburones japoneses, las suntuosas porcelanas chinescas, que parecían exclusiva industria de aquellos hijos del sol, hoy se cultivan en Sèvres maravillosamente y por precios infinitamente más baratos de los que hasta ahora lograron los importadores de las porcelanas orientales.

J. ORTEGA MUNILLA.

D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

D. JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.

---

SUS POESÍAS EN PROSA.

En la comedia *La Dama Boba*, del gran Lope de Vega, hay este coloquio:

- NISE.     ¿Dióte el libro?  
CELIA.             Y tal, que obliga  
          A no abrille ni tocalle.  
NISE.     Pues ¿por qué?  
CELIA.             Por no ensucialle,  
          Si quieres que te lo diga.  
          En cándido pergamino  
          Tiene muchas flores de oro.  
NISE.     Bien las merece Heliodoro,  
          Griego *poeta* divino.  
CELIA.     ¿*Poeta*? Pues *parecióme*  
          *Prosa*.  
NISE.             *Es que hay poesía*  
          *En prosa*.  
CELIA.             No lo sabía.  
          .....  
CELIA.     En fin, *es poeta en prosa*.  
NISE.     Y de una historia amorosa  
          Digna de aplauso y teatro.

Hay dos prosas diferentes:

*Poética é historial.*

La *historial*, lisa y leal,

Muestra verdades patentes

Por frase y términos claros.

La *poética* es hermosa,

Varia, culta, licenciosa,

Y oscura en ingenios raros.

Tiene mil exornaciones

Y retóricas figuras.

CELIA. Pues de cosas tan oscuras

¿Juzgan tantos?

NISE. No le pones,

Celia, pequeña objeción.

Conste que Lope, el sublime poeta y de más invención que ha tenido España, y creador del moderno arte dramático en el mundo, reconoció que hay poesías en prosa.

Esto me compele á hacer algunas observaciones.

En la poesía griega era el primer objeto el canto. Para ayudar á la música, la prosa inventó las combinaciones cadenciosas. Prestábase á ello la armonía del idioma, como aconteció luego á la latina. No existía el consonante sino en las lenguas de Oriente, y eso en forma imperfecta para las salmodias. (1).

Los antiguos tuvieron poetas elocuentes en verso y pobres en la prosa, así como oradores sublimes, cual Cicerón, infelices en la métrica. Los poquísimos versos que de éste se conservan acerca de su consulado, muy claramente lo demuestran.

(1) El P. Sarmiento advierte que Horacio acabó un hexámetro con *poemata dulcía sunt*, y el inmediato con *Animum auditoris agunto*, y que Virgilio dijo: *Simus ut hic durescit et haec ut cera liquescit*. Sospechaba que acaso Virgilio pondría con estudio los verbos consonantes *durescit et liquescit*, no á título de poesía, sino á causa del objeto.

¿Cómo se inventó el consonante en Europa? Cuando el idioma latino estaba en decadencia y falta de armonía, necesitó dársele por medio del consonante, y aun así venían á ser una prosa los cánticos. Prosa llama todavía la Iglesia al *Dies irae*, al *Stabat Mater*, etc.

En la Edad Media, nuestra poesía versificada era prosa rústica con consonantes. Así aparecen los poemas del Cid, de Alejandro, etc. La poesía estaba en las acciones del héroe que se enaltecía.

¿Dónde se hallaba, pues, la poesía verdadera entonces? En el libro de Caballerías en prosa. Los autores, aparte de las hazañas ciertas ó fingidas, ó exageradas de sus héroes, las exornaban con episodios de imaginación ó sobrenaturales, y en el estilo todo era poesía.

Más vale, como poesía, un pasaje de la *Crónica general* ordenada por D. Alonso el Sabio, que todos los poemas juntos de su siglo y más inmediatamente posteriores.

Estas obras citadas ó á medio citar tenían en sí mayor mérito como poéticas que el desdichado y artístico poema de las *Trescientas* de Juan de Mena, con perdón sea dicho de los arqueólogos de nuestra literatura.

Á excepción de las sencillas y sentimentales é ingeniosas coplas de nuestros cancioneros del siglo xv, hay que buscar la poesía en nuestros historiadores y filósofos moralistas.

En las arengas de los historiadores en prosa bien escrita se encuentra la misma poesía épica que en las de los poetas épicos de más sublime nombre. ¿Y qué diremos de las descripciones de combates, qué de las pavorosas marchas, qué de los trabajos superados con admirable constancia?

Inventóse el *romance*, composición métrica peculiar de nuestra patria. Empezó en un verso libre y otro

aconsonantado, forma que aún conservan los portugueses. ¿Pero el asonante sólo es propio de la nación española? Los extranjeros no perciben su cadencia, y si acaso, después de largo estudio, algo, pero imperfectamente. Los italianos lo miran como un verso suelto octosílabo, y nada más.

Y, ¿qué es el romance? Una prosa fácil, armónica para expresar la poesía popular. Alguna vez se ha elevado en el estilo hasta la poesía más encantadora, como en el de *Angélica y Medoro* de Góngora.

Cervantes, gran prosista, fué gran poeta, pero en la misma prosa. Falto de buen oído y poco diestro en los secretos de la versificación, sus poesías en endecasílabos son desmayadas y hasta ilógicas. Alguna que otra vez en el verso octosílabo con remembranzas de nuestros antiguos cancioneros, suele acertar medianamente al escribir composiciones fugitivas.

Poesía en prosa escribió Fenelón en su *Telémaco*. Consultado este autor por la Academia Francesa sobre las tareas á que debería dedicarse, hablaba del poeta cómico Molière, diciendo que Terencio explicaba en cuatro palabras lo que aquél con prolijidad y exceso de metáforas. En más estima tenía Fenelón su prosa que su verso. Por ejemplo: *El Avaro* es prosa; á sus ojos estaba mejor escrita que cuantas en verso había Molière compuesto.

Poemas hay en verso que son menos poéticos que historias en prosa. En vida de Felipe II escribió Lasso de la Vega su *Mexicana* en verso, y sin embargo no hizo un poema verdadero; un siglo después Solís trazó su historia de México, en prosa, y resultó un poema tan bello como grandioso. El obispo Fray Pedro de Oña es más poético en su libro en prosa sobre las *Postrimerías de la muerte*, que en su poema épico *Arauco domado*.

Tratóse de revivir el verso suelto, especialmente por los italianos, á guisa de los poetas de las antiguas Grecia y Roma. Allí entre ellos, donde el idioma es tan cadente y donde tanta libertad encuentra el poeta para modificar las palabras, ha podido prevalecer. En España pocas obras en verso suelto han podido conseguirlo. Parece á muchos una prosa rimada, y llegan á considerar que, como prosa rimada, ha de ser forzosamente mala, porque está fuera de sus condiciones.

D. Manuel José Quintana no seguía esta opinión antes por el año de 1804. Aunque practicó muy contadas veces la poesía en versos sueltos, mostróse muy entusiasta por ellos, no dejando de conocer cuán infaustos habían sido los ensayos de algunos españoles en el siglo xvi. La epístola de Garcilaso considera escrita en renglones de once sílabas, á que no puede darse el nombre de versos, y con desaliño y descuido, calificando del mismo modo ciertas poesías de Acuña y «la miserable traducción de la *Odisea* de Gonzalo Pérez (1)».

Para Quintana, cuantos quisieron introducir el verso libre en nuestra poesía, le escribieron tan flojamente, que en ellos la falta de consonancia tiene más el aspecto de impotencia que de elección reflexiva.

¿Contender con Metastasio en cosas de poética y de literatura italiana? ¡Qué osadía! se dirá. Mas no creemos que aquel respetable escritor se ofendiese si le dijésemos que la causa de yacer olvidados y sin lectores la *Italia libertada*, de Trisino, y las *Siete jornadas*, de Torcuato Tasso, no es precisamente la elección del verso suelto. Trisino era hombre docto, pero no buen poeta. Un poema sin invención, sin fuego y sin colorido, como el suyo, esta-

(1) *Varietades de ciencias, literatura y artes*, núm. 23, 1.º de Diciembre de 1804.

ría igualmente arrinconado, aunque se hubiese escrito en octavas. Cuando Tasso se puso á componer la *Creación*, el talento colosal que había producido la *Jerusalén*, abatido, enervado con la melancolía y las desgracias, apocado por los años, había ya perdido toda su lozanía, de modo que ni aun sombra era de lo que en otro tiempo había sido. ¿Qué mucho, pues, que no se lean unos poemas que carecen de todas ó casi todas las dotes de la poesía?

Dejemos esta cuestión aquí, que sólo hemos querido tratar muy de pasada.

Vino una edad de revolución literaria, que empezó á los fines del siglo último. Quintana abandonó el gusto griego y latino de odas y canciones en estrofas de iguales versos. Convierte las silvas en odas, y éstas, en su pluma y en las de sus imitadores, tienen todo el aire y más exactamente la realidad de disertaciones rimadas, más altas por los pensamientos atrevidos que por el lenguaje poético español. En la práctica se ve que no le placía el gusto antiguo para cantar la gloria del inventor de la imprenta. Su gusto es nuevo: el del poeta patriótico y regenerador.

Y, sin embargo, cuando anheló escribir una exhortación á los diputados que en Cortes se congregaban entonces en la Real Isla de León el año de 1810, fué en una prosa elevadísima poética (1).

Presentaré algunas muestras de este documento, apenas conocido. Quintana en el mismo tono, poéticamente declamador, es igual en sus versos que en su prosa.

Léase este pasaje, que corrobora mi aserto, fundado en la observación:

(1) Léase en *El Observador* de 21 de Septiembre de 1810. Artículo comunicado. *Discurso de un español á los diputados de Cortes, representantes del pueblo*, etc. Ese periódico publicábase en Cádiz.

«Los enemigos (dice) ocupan militarmente el centro del país; pero estos conquistadores tan fieros no se atreven á pasear libremente la tierra que pregonan suya. Para viajar por ella, se anuncian de antemano y se preparan caravanas armadas, como si hubiesen de atravesar los arenales desiertos de la Arabia, y ¡ay de ellos! si se descuidan en darles el aspecto y la fuerza de batallones numerosos y aguerridos. El viento del patriotismo se levanta de repente en su camino, y en su vértigo impetuoso sepulta la libertad, la vida, las rapiñas de estos infelices bandoleros. Así recibidos delante, asaltados á sus espaldas, execrados donde están, la tierra los arroja de sí como plantas que repugna, y el trono de su usurpación, fundado en el suelo tan movedizo, amenaza desplomarse á todas horas.»

Truéquese la colocación de las palabras, véase si es posible ordenarlas en forma de versos, y esta prosa patriótica resultará un pasaje de cualquiera de las entusiasmadas odas de Quintana.

Idéntica observación, y quizá con mayor causa, se ofrece al que lea el siguiente fragmento del escrito citado.

La poesía no está aquí en el lenguaje poético clásico español, que para nada se sigue: la poesía se halla en los pensamientos y en las imágenes patrióticas, que dan verdadero calor á la declamación, conmoviendo las fantasías.

«Cuando veinte años hace se oyó resonar la voz de la libertad en las márgenes del Sena, el corazón de los buenos palpitaba de gozo escuchando aquellos ecos bienhechores. ¿Cómo era posible negarse al sentimiento delicioso que inspiraba la bandera del bien desplegada en el aire y haciendo huir delante de sí los vicios, los abusos, los errores de la humanidad degradada?

» ¡Dichosos cien veces ellos, que no han sido testigos del frenesí espantoso y los horrores á que se abandonó después aquel pueblo, de quien la Europa había concebido tan magníficas ideas! Las manos corrompidas á quienes confió sus destinos se entregaron del todo á las pasiones mas viles que en su interior abrigaban. La patria fué para ellos una palabra, la virtud una sombra, el bien público un sueño. ¿Cómo era posible que la verdadera libertad sentase el trono de las austeras virtudes sobre el fuego pestilente de los vicios? Sentó el suyo la licencia, que, convertida al instante en anarquía, hizo que los llamados legisladores del mundo se devorasen unos á otros.... ¡Reacción deplorable y funesta, origen de todo el mal que hoy está sufriendo el mundo! Á su furiosa violencia se han visto marchitar y destruirse las plantas de gloria y de ventura cultivadas por tantos siglos en las repúblicas de Italia; los suizos lloran trastornada su constitución venerable, y la Holanda, tan indócil con nuestros abuelos, ha tenido primero que doblar la rodilla á un régulo miserable, y ahora llora atada por el tirano al carro de su ambición soberbia. Delante de esta plaga asoladora todo tiembla ó se anonada; las naciones vacilan, los tronos se hunden, regiones enteras desaparecen del mundo político. No: el volcán, que con su explosión y en su torrente de lava envuelve los hombres y las ciudades; el terremoto que precipita á la nada las provincias y los reinos, haciéndolos tragar del Océano, no son tan fieros en su espanto ni tan terribles en su estrago, como en esta crisis horrorosa lo son los hombres sacudidos por la ambición, descaminados en su impulso y estragados por los deseos.

» Parecía que en esta agitación universal, donde los europeos, con mengua eterna de su civilización decan-

tada, á manera de salvajes frenéticos, no abrigan en sus pechos más ideas ni sentimientos que los de la guerra, rapiñas, desolación, matanzas, la bienhechora libertad debía huir del continente despedazado, y abandonar para siempre unos pueblos que tan poco la merecían. Mas no: los votos de los buenos la habían implorado: las luces de tres siglos prevenido, y el cielo no es tan enemigo de los hombres que haya de permitir se conviertan en humo tan hermosas esperanzas. Su voz se oye de nuevo, ¿y dónde? En aquel país, que, enervado bajo el yugo de la arbitrariedad más absoluta, había dejado convertirse en costumbre la usurpación, la lealtad en servidumbre, la administración en tiranía. ¡Acontecimiento singular, que cuando el curso de los tiempos haya obscurecido sus causas, será tenido por un portentoso! Los franceses, en el punto al parecer más alto de la civilización humana, desconocen el bien que ellos mismos han invocado, y, arrojándole de su suelo, consienten en ser los más inmundos, los más detestables de los esclavos. Los españoles, alejados, según se creía, de toda idea generosa y liberal, envilecidos dentro, despreciados y escarnecidos fuera, se hacen dignos de repente de erigir á este numen bienhechor el más noble y permanente santuario.

» Tales son, ¡oh representantes del pueblo!, los altos destinos á que sois llamados, y tales las esperanzas que el mundo político tiene cifradas en las Cortes españolas. ¡Oh! ¡no sean ilusorias, padres de la patria! Espantad alenemigo con la energía y la audacia de vuestras medidas: consolad á las naciones con la sabiduría de vuestras leyes, y, en medio de la tormenta deshecha que nos agita, lejos de estremercero por los rayos que están cayendo alrededor, mostrad fieramente á los ojos del continente europeo que vive todavía en vuestras manos la antorcha del bien social. »

Estos ejemplos prueban que la costumbre de escribir en verso declamaciones con aire de odas llevó á Quintana, sin advertirlo, á dar el tono de su clase de poesía á las arengas, proclamas ó mensajes políticos en prosa.

La verdad aparece muy clara. La poesía ha sufrido transformaciones de un siglo á esta parte, al par de la música. Al lenguaje florido, elegantísimo, se ha sustituido el declamatorio, como al canto deliciosamente complicado y florido también la música declamatoria, que, de facilidad en facilidad, acabará en hablada; asunto que indico, sólo porque, en realidad, merece tratarse con profundos estudios, y no en esta forma pasajera.

Recuerdo algunos ejemplos de poetas antiguos españoles. Bartolomé Leonardo de Argensola, que era filósofo, tenía una prosa más poética que los versos. Así se demuestra incontrovertiblemente por su *Historia de la conquista de las Molucas*.

Al contrario, véase la canción á la batalla de Lepanto, tan grandiosamente ideada y en el más alto estilo poético que conocemos compuesta por Fernando de Herrera. Poeta siempre, en su relación del mismo suceso lo patentiza. Pero su prosa es inferior en este caso á la poesía.

Todo opestandamente acontece al célebre poeta cubano D. José María Heredia (1), autor de la hermosísima composición *Al Niágara*, que ha logrado universal aplauso. Pues bien: en mi sentir, Heredia ha hecho más grandilocuente y poética descripción de la famosa catarata, en carta familiar á un su amigo desde Manchester el 17 de Junio de 1824, y carta, por supuesto, en prosa.

¿Dónde escribió la admirable oda *Al Niágara*?

Él lo refiere así á su amigo en la carta citada:

(1) Nació en Santiago de Cuba el 31 de Octubre de 1803, y murió en Toluca el 7 de Mayo de 1839.

«Después de haber errado en los bosques eriales de Goat Island, me senté al borde de la catarata inglesa, y mirando fijamente la caída de las aguas y la subida de los vapores, me abandoné libremente á mis meditaciones. Yo no sé qué analogía tiene aquel espectáculo solitario y agreste con mis sentimientos. Me parecía ver en aquel torrente la imagen de mis pasiones y de las borrascas de mi vida. Así, así como los rápidos del Niágara, hierve mi corazón en pos de la perfección ideal que en vano busco sobre la tierra. Si mis ideas, como empiezo á temerlo, no son más que quimeras brillantes, hijas del acaloramiento de mi alma buena y sensible, ¿por qué no acabo de despertar de mi sueño? ¡Oh! ¿Cuándo acabará la novela de mi vida para que empiece su realidad?»

»Allí escribí *apresuradamente* los versos que te incluyo, y que *sólo expresan débilmente* una parte de mis sensaciones.»

Y decía Heredia la verdad. Muchas fueron las impresiones que de aquel portentoso espectáculo había recibido en su fogoso espíritu.

Compárese el pasaje de la carta transcrito, con este fragmento de la poesía:

«Abrió el Señor su mano omnipotente,  
Cubrió su faz de nubes agitadas,  
Dió su voz á las aguas despeñadas,  
Y ornó con su arco su temida frente.  
Miro tus aguas, que incansables corren,  
Como el largo torrente de los siglos  
Rueda en la eternidad; así del hombre  
Pasan volando los floridos días,  
Y despierta al dolor.... ¡Ah! Ya agotada  
Siento mi juventud, mi faz marchita,  
Y la profunda pena que me agita  
Ruga mi frente de dolor nublada.»

No es ilusión: su prosa es armónica; y en cuanto á la poesía en que se halla inspirada, por doquiera se ve que le predomina la grandiosidad de aquel portento, que á proporción que el estupor, ocasionado por la primera vista, se trueca en las reflexiones que van sobreviviendo, y sin que á la admiración se acostumbre por eso la mente, el idealismo se acrecienta, y más y más la majestad del desusado y apenas comprensible espectáculo se percibe, cual si se experimentase en nuestro ser corporal y en nuestro espíritu un aliento, una nueva vida. ¡Qué hermoso pasaje de Heredia es este!

«¡Cuántas cavilaciones sublimes y profundas puede excitar aquella situación en un alma serena y tranquila! ¡Qué campo á la imaginación de fuego del entusiasmo! ¿Quién, á despecho de todas las demostraciones de la física, no creerá que la mano que por tantos siglos ha alimentado la fuente de aquella masa espantosa de agua dulce, alzó el Océano á la cima de los Andes, cuando un diluvio universal sepultó la tierra? El Dios, que se mira en el mar y habla en medio de las tempestades, puso también su mano en los desiertos del Norte América y en Niágara, grande y sublime como los truenos, y en el Océano dejó una huella profunda de su omnipotencia. ¿Véis esas columnas de vapores, que, alzándose con un movimiento impetuoso de rotación, van á confundirse con las nubes brillantes del estío, que pasan con lentitud sobre este techo maravilloso? Así suben al Señor las preces de los hombres justos, que en su fervor sagrado unen la tierra con el cielo. ¿Véis cómo resplandece el iris gloriosamente sobre ese abismo insondable y tenebroso? Allí brilla la luz de la inmortalidad que la esperanza y la religión encienden sobre las tinieblas del sepulcro.»

Nó me atrevería á decir que hay pasajes de la carta

sobre la catarata del Niágara, que juzgo en poesía superiores á la oda del mismo Heredia, si no tuviera una muy meditada convicción de la hermosura de su prosa, de esa prosa en que el poeta vuela en altísimas regiones como un águila caudal en la plenitud de su libertad, de su audacia y de su poderío. Esto me sugiere reflexiones que espontáneamente manifiesto, sin haber dejado transcurrir tiempo para examinar su certidumbre ó probabilidad filosófica.

Hoy el poeta se halla ante las exigencias del siglo. Los vuelos y las alternativas de la política, las incertezas de los ánimos en muchas de las abstracciones de las ciencias, los grandes é inesperados inventos y los difíciles problemas de la sociedad, exigen en nuestros días algo más que cantos poéticos, solamente como lisonjas de los oídos y de las fantasías. No pueden encerrarse sus soluciones en los límites estrechos del verso y del estilo poético.

El poema épico ha concluido por sí mismo. Hoy se está por el poema legendario; esto es, la leyenda, que no siempre pide inexcusablemente para su desenvolvimiento el metro, ese metro que muchísimas veces suele desvirtuar las ideas más sublimes.

Lope de Vega fijó la causa en estos dos versos:

«Porque un consonante obliga  
A lo que el hombre no piensa.»

En más de una ocasión el excelente poeta se empequeñece. En prosa pueden hacerse poemas, poemas en los pensamientos, en las palabras y en la armonía.

Hay que confesarlo: para las cosas más graves y trascendentales, para asuntos lastimeros, para las voces del dolor y de la ira, tienen mucho de juguete los consonantes.

No dudo que para desenfados del ingenio y para re-

creaciones de la inteligencia, existirán los versos como agradables armonías y fáciles de conservar en la memoria. Pero para todo lo sublime va decayendo, y ¿quién sabe hasta dónde decaerá?

Hay una secreta convicción de esto mismo en los poetas. Poco á poco el estilo artificioso poético se va abandonando, ó, por mejor decir, perdiendo. Se prefiere la poesía del pensamiento y de las imágenes, y la osadía que sorprenda, y la sencillez que conmueva.

Y esto, ¿en qué consiste? En un siglo de libertad, esas ligaduras para el ingenio son intolerables. Y aun los mismos asuntos no las toleran, porque absolutamente las rechazan.

No hay que hacerse ilusiones. Dentro de la rima y el consonante no vuela bien el ingenio en los más de los casos. Son una dificultad imponderable, aun para los poetas de más mérito y de inmortal renombre.

¿Cuántas son las odas admirables de Fr. Luis de León y Fernando de Herrera? ¿cuántas las silvas de Francisco de Rioja? ¿cuántos los sonetos de D. Juan de Arguijo, cuántos los de los Argensolas y cuántas sus epístolas? Pocas las obras. Cuatro ó seis de cada uno las grandes, algunas las medianas, y endebles las más. Su gloria se ha reducido á ellas, y por ellas han pasado los autores, y pasarán hasta la posteridad más remota. Y esto, ¿qué significa? Que el ingenio necesita más espacios en que volar y con menos ataduras. Eso no pasa de un voluntario encadenamiento, en que el poeta á veces abandona su idea y pasa á otra, secundaria quizá, ó la modifica de su grandeza para ajustarla á la pequeñez de la rima y al juguete del consonante.

¿Eso se podrá llamar perderse dentro de sí? En la prosa del buen escritor, ¿el escrito no es completamente

suyo? Por el camino de la literatura de este siglo, casi ya espirante, se ve que el ingenio y el gusto en la práctica anhelan la libertad. Si no se alteran con la inconsistencia que los tiempos traen consigo, cuando predomine este criterio volarán juntos la imaginación y el raciocinio, para llevarse en pos de sí el raciocinio y la imaginación de los oyentes y lectores.

Mas por la preeminencia que en mi crítica doy á la prosa de Heredia al descubrir su asombro recordando el espectáculo de la catarata del Niágara, ¿he negado ni quiero negar la evidencia del mucho mérito y la vehementemente y arrebatadora inspiración de sus versos?

No.

¿Cómo no conocer la valentía de estos pensamientos?

«Corres sereno y majestuoso, y luego,  
 En ásperos peñascos quebrantado,  
 Te abalanzas violento, arrebatado,  
 Como el destino irresistible y ciego.  
 ¿Qué voz humana describir podría  
 De la sirte rugiente  
 La aterradora faz? El alma mía  
 En vagos pensamientos se confunde  
 Al contemplar la férvida corriente,  
 Que en vano quiere la turbada vista  
 En su vuelo seguir al borde obscuro  
 Del precipicio altísimo: mil olas,  
 Cual pensamiento rápido pasando,  
 Chocan y se enfurecen,  
 Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,  
 Y entre espuma y vapor desaparecen.»

Pues bien: véase esta sublime pintura:

«Volví á Table-Rock, y bajé la escalera que conduce al borde del río. De allí me adelanté al pie de la gran catarata, resuelto á llegar á él. Empero el estruendo, el ro-

cío que me inundaba, el sentir las piedras deslizarse bajo mis pies, el ver que nadie me seguía, y la especie de temblor que causa el Niágara á cuanto le rodea, me hicieron renunciar á mi proyecto. Paréme, y eché una atenta ojeada sobre la terrible y magnífica escena, que sin duda no olvidaré jamás. Aquel mar, desenvolviéndose en lienzos brillantes de espuma y nieve, se despeñaba á pocos pasos de mí, asordando mis oídos con su estruendo. El borde de la catarata se extiende horizontalmente como el Table-Rock, de que es una continuación, y el vasto lienzo de agua tendido delante, deja suficiente lugar para que se entre por aquella especie de galería, que es el verdadero palacio del Niágara. Muchos han entrado y hacen maravillosas relaciones; pero yo no quise imitarlos. Por más que digan, no puede haber seguridad donde un paso en falso, que es facilísimo en aquella obscuridad, ó un resbalón entre tanta piedra cubierta de musgo, conduce al curioso á una muerte instantánea é inevitable.

»Es indescriptible la impresión que me hacía el estruendo de la catarata repetida en el hueco de aquellos peñascos informes. Quien sólo le ha oído desde arriba, apenas tiene de él una leve idea. En vano se han esforzado á expresarla sus admiradores. Los cañonazos, los truenos, sólo son momentáneo estallido para poder compararse con aquel fragor tremendo, invariable, eterno, que en vano quiere figurarse la imaginación del que no ha estado al pie de la catarata del Niágara.»

Todos cuantos la han descrito han adquirido parte de aquella grandeza, apropiándola á sus obras, ya en prosa, ya en verso (1).

(1) Mi ilustre compatriota el Sr. D. Carlos Shaw, ha compuesto una magnífica obra descriptiva del Niágara, que se la oí recitar en el Ateneo de Cádiz, no sin mi sincero aplauso.

El célebre viajero Howison describió esta última parte del Niágara, según el mismo Heredia, y el lago de las Mil Islas, con todo el entusiasmo de un poeta.

«En medio del río — decía Howison — hallábame dentro del área comprendida en el semicírculo de las cataratas, que es de más de tres mil pies, y flotaba en la superficie de un golfo enfurecido sin fondo.... Precipicios majestuosos, arcos iris espléndidos, árboles altísimos y columnas de rocío, eran las decoraciones de aquel teatro de maravillas, mientras un sol resplandeciente esparcía brillante gloria sobre toda la escena. Rodeado de nubes de vapor, y lleno de confusión y terror por el fiero estruendo, miré hacia abajo, y á la altura de ciento cincuenta pies vi torrentes vastos, densos, terribles y estupendos que se quebrantaban furiosamente sobre el precipicio, y rodaban de él...., sonidos fuertísimos, semejantes á descargas de artillería ó explosiones volcánicas, se distinguían entre el tumulto de las aguas y aumentaban el horror del abismo de que salían. El sol, mirando majestuosamente por entre los vapores que se elevaban, estaba rodeado de un círculo radioso, en tanto que fragmentos del iris flotaban por doquiera y se desvanecían momentáneamente para dar lugar á otros más brillantes. Miré atrás, y vi al Niágara tranquilo otra vez recorrer majestuosamente por entre los precipicios que lo encierran y recibir gotas de rocío de los árboles que se encorvan sobre su seno transparente. Una brisa ligera rizaba sus aguas, y pájaros hermosos revoloteaban sobre él como para felicitarlo por su salida de aquellas nubes de rocío, que con los iris y los truenos son los anuncios de su despeño en el abismo de la Catarata.»

Evidentemente no cabe más poesía en este fragmento de galana prosa de Howison. Compíte con él, y, sin apa-

sionamiento patrio, me parece que en hermosura excede este contrapuesto cuadro, debido á la pluma del insigne poeta cubano, cuyos versos tan leídos por mí fueron en los días de mi estudiosa niñez, donde hasta las obras de más ciencia tenían tan romántico ó delicioso atractivo, cual el más galano libro de tesoros de delicadas y sorprendentes fantasías.

«Yo no pude gozar (tal escribió Heredia) de la brillantez de esta escena, porque, como dije, pasé el río en un día oscuro y tempestuoso. El cielo estaba enteramente cubierto de nubes tan espesas, que ni aun se distinguía el paraje donde estaba el sol. El viento de la tempestad, rugiendo entre aquellas cavernas, revolvía con tal furia alrededor de mí el rocío de la catarata, que entre sus torbellinos apenas me dejaba ver los precipicios altísimos y las grandes masas de agua despeñada desde la cumbre. Empero aquella misma confusión y la lúgubre sombra del cielo, daban su peculiar sublimidad al espectáculo. De cuando en cuando calmaba un poco el viento, y podían verse las nubes negras que pasaban volando sobre el precipicio, y desde abajo podían tocar á los torrentes y desatarlos de su seno tenebroso. Parecíame que veía á Dios indignado, abriendo otra vez sobre el mundo criminal las cataratas del cielo.»

Las imágenes estas, expresadas en el seno de la confianza y del abandono al amigo, sin pretender escribir poéticamente, revelan todavía más aún con una enardecida elocuencia que Heredia en prosa era superior poeta al mismo poeta en verso.

Acontéceme, al presentar á la comparación el uno y otro escrito, pintando las maravillas del Niágara y los pensamientos que á Heredia van ocurriendo, lo que al que contempla dos cuadros de una misma historia ó de unos

paisajes parecidos, ó de dos figuras, pero de una igual mano, de la de un pintor de fama correspondiente á cualidades de primer orden. Se admiran ambos, pero siempre la manera de ver, el modo de percibir, la predilección del gusto ó la mayor felicidad en el acierto, llevan á que si bien ambas obras acrediten al autor, una de ellas, sin que la otra absolutamente desmerezca, suele alcanzar la preferencia en el general criterio, viniendo ellas á competir entre sí y á obtener una la victoria, al menos en la simpatía.

Heredia, en la carta al amigo, hace el prosista involuntaria guerra al poeta.

¡Y qué escenas tan bellísimas traza con el mágico pincel de su vivísima imaginación!

«Al volver por la orilla del río, alcancé á ver un bote, que había salido de Navy-Island, y se dirigía á la orilla canadense. Le encaré un antejo, y vi un hombre sólo que se esforzaba en luchar con la corriente, que le llevaba hacia el rápido con una velocidad espantosa. Si desmayaba un momento, su pérdida era inevitable. Seguí sus movimientos con una extrema ansiedad, y no creo que él sufriera la mitad de las angustias que me hizo padecer hasta que aportó á la orilla más arriba de los rápidos. Contáronme que un indio dormía en su canoa, atada á un árbol en la parte superior del río, y que algún malvado la desató al pasar. Él, sin embargo, sólo despertó al rugir tremendo de los rápidos. Lleno de horror, hizo algunos esfuerzos para llegar á la orilla; pero viendo su inutilidad, abandonó el remo. Se cubrió la cabeza con su manta, y se abandonó á su espantoso destino.... ¡Oh! ¿qué poeta podría expresar los sentimientos del infeliz en los funestos instantes que precedieron á su aniquilación?»

## Grande es el final de la oda:

«¡Niágara poderoso!  
 Oye mi última voz: en pocos años  
 Ya devorado habrá la tumba fría  
 A tu débil cántor. Duren mis versos  
 Cual tu gloria inmortal. Pueda piadoso,  
 Al contemplar tu faz algún viajero,  
 Dar un suspiro á la memoria mía;  
 Y yo, al hundirse el sol en Occidente,  
 Vuele gozoso do el Criador me llama;  
 Y al escuchar los ecos de mi fama,  
 Alce en las nubes la radiosa frente.»

Sí, esto es bello, pero de mucha mayor belleza poética y filosófica es el fin de la carta.

«Hasta una larga distancia de las cataratas está la superficie del agua cubierta de espuma, que, con su extraordinaria consistencia, más bien que de río, le da el aspecto de un campo cubierto de nieve agitada por las tempestades invariables. Me pesaba apartarme de aquel lugar, y antes de retirarme volví al borde de la catarata americana: la estuve contemplando un rato; y al irme, apenas me aparté de la piedra en que había estado parado, la vi desprenderse y rodar al abismo con solo el leve impulso que al levantarse le dieron mis pies. Aquella piedra sobre la cual habíame creído seguro algunos segundos antes, estaba ya donde no volverían á hollarla pies humanos!....»

Tales son los recuerdos de ha muchos días y de tradiciones de antiguos literatos, con quienes traté en los primeros años de mi juventud. Bien es que estas tradiciones no queden olvidadas, como con muchas pudiera suceder. Sea yo el lazo de unión de las de los fines del pasado siglo y primer tercio del presente, con las que ha

de juntar la generación literaria del que va terminando, para entregarlas al que ha de venir.

Y ya que en mi imaginación siento aún latir el fuego del entusiasmo hacia las letras, objeto cariñoso de mis afanes, antes que la muerte ó el peso de la ancianidad venga á terminarlo ó á disminuirlo, confiaré á la memoria de los estudiosos lo que he sabido conservar con tanto afecto, á pesar de las vicisitudes de los tiempos y las volubilidades de los hombres (1).

ADOLFO DE CASTRO.

(1) Ya que he hablado mucho de un gran poeta cubano, no puedo entrar al silencio á un mi antiguo y queridísimo amigo, á otro poeta insigne américo-hispano también, á D. Domingo Delmonte, persona de tan exquisito gusto literario, de tanta ilustración, y de tan gallardo estilo y filosófico espíritu. También era gran amigo de D. José María de Heredia.

Tratando de la misión del poeta, viene á convenir con mis pensamientos, aunque no tuve presentes los suyos al escribir estas noticias. Véanse sus palabras: «Antes que poeta se considerará hombre, y en calidad de tal, empleará todas las fuerzas de su ingenio en cooperar con los demás artistas y filósofos del siglo, que sean dignos de llamarse hombres, es decir, que se sientan con bríos de tal, y encierren en sus pechos corazones enteros y varoniles, á la mejora de la condición de sus semejantes, generalizando entre ellos ideas exactas y sanas de moralidad y de religión, y para conseguirlo se revestirá de un espíritu militante y denodado; y en vez de renegar cobardemente de la humanidad y abandonarla con villanía al verla degradada, ó de encerrarse en un prosaico egoísmo, que sólo le inspire anacreónticas sensuales, elegías empalagosas ó poemas delirantes y estrafalarios, en que él mismo sea su musa y su héroe, con voz sonora y persuasiva elocuencia enseñará la virtud al ignorante, confundirá al malvado, dará enérgico y poderoso consorte al desvalido, y empeñará, en fin, recia y perenne lucha en favor de esa misma humanidad tan calumniada y tan digna de la sublime lástima del poeta».

De propósito hemos copiado este magnífico párrafo de D. Domingo Delmonte, para que se vea el elevado espíritu de los poetas hispano-americanos de la época del romanticismo, profesando una noble y filosófica poesía.



## TINITA

HASTA hace un mes concurrió Pizarral á la mesa del café Suizo; iba todas las noches, á las nueve en punto, y allí tomaba su café, leía *La Correspondencia*, y se marchaba á las once al Ateneo.

Ya daría yo algo bueno por saber deciros cómo era por dentro y por fuera Pizarral, aquel hombre tan inmóvil como una esfinge y tan hondo como un problema. En el Suizo le vi yo por primera vez, siempre en el mismo sitio de la mesa, un poco fuera del círculo de los amigos, y totalmente alejado de la conversación íntima.

Claro es que cuando yo supe que aquel hombre de cara chupada y barbas selváticas era el famoso Pizarral, ya había llegado hasta mí su fama de sabio. No hubo nombre que más sonase antes y aun después de la Revolución que el suyo. La fiebre de la discusión cogió á Pizarral por medio, y en todos los Ateneos y Centros científicos dejaba algo profundo y sólido, que era como la digestión maravillosa de noches de estudio y análisis.

No sé cómo fué que Pizarral se adhirió á la mesa aquella del Suizo y no á otra cualquiera. Seguramente pasó

una noche; vió entre aquellos rostros alguno más conocido que los demás, y allí se sentó. Después de todo, el hecho era para él un detalle nimio. Nadie extrañó su llegada: se le hizo sitio en un ángulo, y allí siguió.

Faltaba muchas noches, pero todos sabíamos dónde estaba, en cuál Círculo ó Academia hablaba en aquel momento con su voz reposada y segura, como quien por medio de la palabra hablada expone sencillamente teorías maduras é incommovibles.

Era curioso verle entonces, como le vi yo después muchas veces, meterse por el espeso laberinto de un problema social ó filosófico, con el paso seguro y el espíritu resplandeciente de la verdad buscada, conseguida y dominada.

Dejábase entonces caer un poco hacia atrás, y entornaba los ojos, como si no viese ó no quisiese ver al auditorio que le escuchaba en religioso silencio. Visto de lejos, entre los candeleros de la mesa presidencial; con aquella fisonomía angulosa, pálida y cercada de pelos insurrectos, y aquella somnolencia del sabio que se duerme en el éxtasis de la idea, tenía gran semejanza con un *fakir* en el momento psicológico de la contemplación.

La frase era siempre llana y justa, ni más ni menos de lo que exigía el concepto, pero siempre con un no sé qué vago é indeterminado que encajaba bien en el modo de ser extravagante y misterioso de Pizarral.

Porque, ciertamente, yo llegué á creer alguna vez que Pizarral no vivía ya en este planeta, ó vivía en él lo menos posible, fuera de aquellas hondas cosas que á él le ocupaban y preocupaban; la vida era para Pizarral un detalle.

Cuando la crisis política de 1868 se resolvió en un hecho de fuerza, la mesa del Suizo tuvo su fiebre, como todo el mundo, menos Pizarral, muy ocupado en aquellos

días con no sé qué endiablados estudios: la Revolución pasó por la calle, echando fuera las buenas y las malas pasiones, desencajando enérgicamente seculares raíces, llenando el ambiente de ideas novísimas y simpáticas.... Pizarral casi no se enteró, á pesar de que nosotros poníamos todas las noches sobre la mesa la situación del país para arreglar á nuestro modo lo que nos parecía desarreglado, con la viveza y el ruido propios de temperamentos meridionales, y una tempestad de argumentos que daba miedo.

Pizarral escuchaba alguna vez con el ensimismamiento en él característico, pero sin cuidarse de nosotros más que de costumbre, y á las once se iba al Ateneo viejo, como solía, sin apresuramiento, con el andar metódico y reposado.

No estuvo bien de salud por entonces, y abordó la ciencia médica con la obstinación testaruda de quien quiere romper el velo de lo desconocido en provecho propio, poniendo en el empeño la inflexible voluntad que era el rasgo saliente de su carácter. Y contaban dos médicos que á aquella mesa iban, que Pizarral llegó á saber en aquel particular importantísimo del humano conocimiento muchas y muy buenas cosas, que no le aliviaron con todo, porque siguió tan maleante y endeble como estaba ó se puso.

Verdad que tampoco aquel desmoronamiento pareció importar gran cosa á la esfinge; con tal imperio y de tan absorbente modo reinaba en su personalidad el espfritu mal sujeto con los lazos débiles de la materia.

—Cuidese V. ese cuerpo, —solían decirle los médicos en el Suizo, verdaderamente interesados por él.

Pizarral se encogía de hombros y contestaba invariablemente:

—¿Pues qué creen Vds. que me pasa á mí? Nada; estoy mejor que nunca.

No sé quién se enteró cierto día, hará tres meses, de que aquel hombre extraordinario, alejado millones de leguas de la humanidad y de la áspera superficie de la madre tierra, tenía familia, mujer é hija; pero se supo por modo indudable, aunque no la razón que hubo para que Pizarral descendiese de sus alturas y se ocupase en aquel detalle puramente humano y vulgar de casarse y tener un chico, ó chica, que para el caso tanto daba.

El descubridor de aquel misterio de la vida de Pizarral había visto á la señora, una mujer joven todavía, y á la niña, un boceto de persona, como de tres años, morenita, graciosa, regordeta, á cien leguas de parecerse á su padre. Contó el tal que la pobre señora llevaba en el rostro, aburrido y melancólico, las señales de lo que debía ser vivir con aquel prodigio de hombre, siempre alejado del prosaico querer y comunicarse con este mundo, y viviendo siempre en regiones de que no tenía seguramente la pobre señora ni la menor sospecha.

Llegó á decirse en aquel maldiciente rincón del Suizo que probablemente Pizarral no se habría enterado todavía de que le había nacido aquella encantadora cría, suposición no muy aventurada tratándose de un hombre que, á pesar de ser español, venía en conocimiento de los cambios de ministerio con un año de retraso.

Y sin echar á mala parte el pensamiento, dió todo el mundo por averiguado desde luego que se ocupaba Pizarral de la niña y de la madre como de la primera camisa que se puso, si se la puso él alguna vez, cosa muy problemática en un hombre que solía llevar los puños más de quince días y como las propias rodillas con que el mozo del Suizo limpiaba la mesa.

Sin buscarlo, y por una de esas raras combinaciones de la vida, caí yo hace poco en el hogar de aquel extraordinario Pizarrales, y me convencí de que todo lo supuesto sobre el portentoso sabio era cierto. Puede decirse que la señora de Pizarrales se había quedado viuda hacía mucho tiempo, aunque su marido anduviese por el mundo vivo y sano, y que aquella niña estaba de hecho huérfana de padre, sin que esto dijese nada contra la cabeza visible de aquel hogar, porque ¿quién tenía voz bastante para llamar á aquel hombre á las realidades de la vida?

Precisamente en los días en que vino al mundo el pimplito pizarralesco, el 28 de Agosto, estaba el sabio muy ocupado con no sé qué cosas hondas que habían de discutirse á principios del curso en *El Monomio*, famoso círculo de pensadores, capaz el más lerdo de dar un boleo con tres fórmulas al mismo sistema planetario.

Los parientes de su mujer le llevaron la cría al despacho, para que viese la vida rica que traía en sus carnes mantecosas, y consultarle de paso sobre el nombre que había de ponérsele, y Pizarrales se desentendió con mala gana un momento de sus pensamientos, y resolvió á escape que aquella nueva edición de los Pizarrales se llamase como el Santo del día, fuese quien fuese, cosa que él no sabía ni tenía humor para averiguar; por donde la niña vino á llamarse Agustina, nombre no muy sonado ni sonoro para hembra, inconveniente que salvó la pobre señora del sabio con un diminutivo mutilado, llamando á aquella alegría de la casa Tinita.

Bueno: hemos llegado al momento en que yo supe una noche en el café que Pizarrales había dejado de ser sabio, con la misma facilidad con que un alcohólico deja de serlo renunciando con heroísmo á la bebida. Y lo supe por

aquellos médicos concurrentes á la mesa del Suizo, llamados á escape cuatro días antes para suprimir el final trágico del drama que se había entrado por las puertas del excelso Pizarral.

Fué ello que Tinita ya andaba en los primeros ensayos de ambulación, y con infantil intrepidez iba de una á otra silla y á veces de una habitación á otra con las palmas de las manitas en la pared, por si iban mal dadas y llegaba la hora de derrumbarse, y que en uno de estos ensayos llegó al despacho de Pizarral, aquel despacho más respetado en la casa que el mismo templo de Salomón en sus tiempos.

Primero por el primitivo y seguro procedimiento de andar á gatas hasta la mesa, y después por el más complicado de trepar al sillón con pies y manos, ello fué que Tinita llegó á sentarse en aquel trono de la suprema sabiduría. Delante del monigote invasor se extendía la mesa llena de cuartillas en sabio desorden; aquí un libro abierto, con láminas; allí la escribanía con su campanilla rematada en un mocito tocando la flauta; más allá un trozo de lacre de un rojo tierno que estaba diciendo *chupadme*, y por todas partes encanto de los ojos y apetito de los deseos.

¡Ea! Tinita cogió una pluma, la hundió valerosamente en el tintero grande, sacó pluma y dedos mojados en tinta, y todo aquel desastre cayó sobre las cuartillas más próximas, en el momento mismo de aparecer por la puerta del despacho la figura negra de Pizarral.

Y aquí de los épicos que han cantado los grandes desastres humanos, para dar idea de la cara de Pizarral y del vozarrón que soltó. Se fué como un venablo á la mesa, cogió á Tinita, que se había quedado temblona y hecha un ovillito en el sillón, la puso renegando en el suelo,

y empezó á medir la extensión de lo hecho por ella. Y nada más, porque Pizarral no tenía ojos ni oídos para otra cosa que no fuera los malaventurados papeles.

De no ser así, hubiera visto á la chiquilla pálida, asustada de un modo increíble, inmóvil, hasta que llegó su madre y se la llevó, más asustada que ella, mientras él arreglaba como podía aquellos papeles que habían de dejar con un palmo de boca abierta á todos los disertantes de *El Monomio*, en cuanto llegase el frío y se reunieran para arreglar el planeta.

Á los cuatro días del atentado de Tinita se despertó ésta con calentura. La fiebre creció durante el día, y al llegar la noche el cuerpo todo de la niña era una pura brasa. Á pesar de todas las prohibiciones y temores, su madre se entró desolada en el despacho del sabio, y con cierta timidez invencible, le dijo con la voz muy blanda:

—¡Ay, qué mala está la niña, Dios mío!

Le costó á Pizarral gran trabajo desencajarse de lo que hacía; pero al fin levantó la cabeza.

—¿Qué? ¿Qué es eso?

—La niña.... ¡Que tenemos muy mala á la niña!

¡No, no se lo hubiera figurado nadie! Pizarral olvidó *El Monomio*, los papeles, los altísimos pensamientos que allí elaboraba aquel talentazo suyo, y se fué pálido como un muerto al cuarto de Tinita.

Deliraba la chiquilla, y ponía los ojos blancos y los cruzaba frecuentemente, diciendo cosas que nadie entendía. Se echó Pizarral sobre la camita con ansia, pulsó á la criatura, la examinó un buen rato, y dijo á su mujer con la voz tomada por el miedo:

—Pero esto.... ¡esto parece sarampión!

Otro hombre, otro muy distinto que no se parecía en nada á Pizarral. Preguntó nervioso y acongojado: ¿Có-

mo había sido aquello? ¿Quién la había visto? ¿Por qué no se lo habían dicho?

Salió á la calle solo, y se fué medio loco al Suizo. No quería confiar á nadie el cuidado de buscar al médico.

Á mitad de camino se detuvo espantado. La niña estaba mala desde el día en que la sorprendió en el despacho; se había asustado, sin duda alguna; un susto horrendo, del que él tenía la culpa.

Siguió andando.... Ciertamente era aquello la causa determinante de lo que pasaba; él, Pizarral, era un jabalí, un sabio montaraz, indigno de tener hijos, ni de vivir en sociedad; le parecía en aquel momento que todas las sabidurías del mundo eran monserga pura....

El Suizo.... ¡adentro! En la mesa estaban los dos médicos; Pizarral los sacó á medias palabras; salió con ellos, y tropezó en la puerta con el vicepresidente de *El Monomio*, que le cogió por un brazo, y le dijo algo; Pizarral soltó un bufido, y se desenredó; entró en un coche con los otros, y salieron á escape.

Encontraron á la niña en el mismo lastimoso estado. Tienta por aquí, tienta por allá, los dos médicos dijeron que aquello tenía mal aspecto, y recetaron lo que les pareció: la pobre señora de Pizarral estaba sentada junto á la camita, llorando, y el desventurado sabio no quitaba ojo de la enfermita, sobre la cual se inclinaba de tanto en tanto, preguntándola muy bajito:

—Tinita, niña, ¿me oyes? Soy papá....

Quando se fueron los médicos, prometiendo volver por la mañana, y se puso á la niña un revulsivo que la calmó un poco, el gran Pizarral se sentó junto á su mujer; la echó cobardemente un brazo al cuello, y apoyando la cabeza, aquel alcázar de tan grandes ideas, sobre el hombro de su compañera, lloró buen rato en silencio....

Era lo que tenía la heredera de Pizarral sarampión, y de la peor casta; al día siguiente los médicos se lo dijeron, añadiendo que sobreviniera la complicación pulmonáca, la más temible de todas. La niña respiraba con dificultad horrible, y toda la séptima noche de enfermedad la pasó Pizarral junto á la camita, solo él, porque su pobre mujer había caído al fin, vencida por el dolor y la vigilia, y dormía.

Era aquella la noche decisiva; en el silencio hostil de la alcoba escuchaba Pizarral el ronquido del pecho de la niña, aletargada hacía tres horas. Tenía Tinita sobre el lado izquierdo una cantárida capaz de encender lumbre en una piedra, y á cada paso ponía Pizarral el oído sobre el pecho de la enfermita; el hervor subía de una manera avasalladora desde la base al vértice de los pulmones; Pizarral le sentía subir como una marea, como algo incontrastable que se llevaba delante de sí el hilo de vida que quedaba, y Pizarral se desplomaba cada vez más, cada vez con mayor angustia.

Á la madrugada se sacudió un poco del letargo Tinita, y sintió en seguida aquello que le mordía en el pecho; quiso quitárselo, y Pizarral se lo impidió, echándose lloroso y compungido sobre ella.

—Tinita.... Tinita, rica, ¿me oyes? (decía el desventurado, con un ansia que no hubieran supuesto en él los graves pensadores de *El Monomio*). ¡No te mueras, por Dios, Tinita.... Tinita!.... ¿me oyes? ¡Soy papá.... tu papá! ¿Te asustaste, rica mía? No lo haré más, no, nunca.... tú verás como no....

La niña debió, en efecto, conocerle, porque le pasó la manecita caliente y sudorosa por la mejilla, y le dijo:

—¡Quítame esto!

Y se llevaba luego la mano á la cantárida. ¡No! Aque-

lla era la última esperanza, y Pizarral la sujetó las manos, besándola en las mejillas.

—Luego, rica, luego....

—¡Ahora!

—Sí, ahora, verás....

Volvió Tinita á aletargarse un poco, pero ya con más caracteres de sueño, aunque de tanto en tanto volvía la cabeza de un lado á otro en la almohada y repetía con insistencia desesperante :

—¿Me o quitarás? ¿me o quitarás?

Hasta que se durmió. Pizarral se inclinó entonces sobre la enferma con indecible terror, y escuchó....

La marea se había detenido, y el hervor, el terrible hervor del pechito, bajaba.

Todas las grandes cosas que Pizarral sabía le sirvieron en aquel momento para conocer que Tinita se había salvado. La primera luz pálida y triste del amanecer vió caer al sabio sobre una silla, agotado, rendido por aquella tremenda lucha de una noche.

.....

La luz del nuevo día alumbró dos hechos igualmente extraños.

Fué uno la mejoría rápida de Tinita, su prodigiosa resurrección, su asombroso regreso á la vida.

Fué el otro hecho más extraño todavía. Después de asegurar los médicos que la niña estaba fuera de peligro, Pizarral se encerró en su despacho, sacó de su rincón el cesto de los papeles, lo puso en el medio de la habitación, y sobre él fué haciendo pedacitos las cuartillas que había profanado Tinita, una á una, con una sangre fría admirable y cierta infantil alegría en el rostro anguloso y chupado.

Desde aquel memorable momento dejó de ser sabio Pizarral. Al presente parece que los socios de *El Monomio* le miran por cima del hombro cuando le encuentran por ahí con la niña, que está ya como unas perlas, de la mano.

Aquel grande hombre, que tantas y tan buenas cosas enseñaba á sus conciudadanos, ha descendido de un modo lamentable.

Ahora sólo enseña á leer á Tinita.

FEDERICO URRECHA.



## COSAS DE ANTAÑO

DE CÓMO EL PUERTO DE BILBAO ES MUCHO MÁS ANTIGUO  
DE LO QUE SE LE CREE.

**A**L salir la Europa occidental de las tinieblas en que estuvo envuelta hasta las postrimerías del siglo x, empezó á disfrutar de movimiento de renovación tan lisonjero y de vida tan opuesta á la que hasta entonces había tenido, como la que en la naturaleza sienten los seres organizados del reino vegetal, cuando, después de un crudo y dilatado invierno les reanima la benéfica influencia de la primavera.

Y como hecho preparatorio favorable para este movimiento, realizado al terminar aquel primer período milenar de nuestra era, puede considerarse la conversión al Cristianismo de diferentes pueblos que ocupan las regiones septentrionales y orientales de esta parte del mundo, como los eslavos, normandos, escandinavos, húngaros, y aun los mismos rusos, que, por su afiliación á la iglesia griega, quedaron mucho tiempo rezagados en la marcha de la civilización.

Con el transcurso de los siglos, si bien fué acentuándose y generalizándose este movimiento regenerador, y en

igual proporción creciendo la cultura de los pueblos, no participó de ellos la región bascongada propiamente dicha, atribuyéndose esta falta, con visos de verdad, á la carencia absoluta dentro de ella de aquellos centros religiosos, catedrales y monasterios, de los que entonces irradiaba la luz del espíritu, no debiéndose comprender en este número á la Sede episcopal de Armentia, temporalmente establecida en Álava, porque, fugada de Calahorra por haberla ganado los moros, donde tuvo su asiento primitivo, no regresó á ella hasta tanto que los cristianos la recuperaron, suceso que acaeció precisamente cuando los pueblos bascongados comenzaban á sentir los efectos de su benéfica acción é influencia.

Sorprende también sobremanera que no aparezcan fundaciones monásticas en Vizcaya, ni en sus dos provincias hermanas, hasta muchos años después de estos sucesos; y que se tome por pretexto la fragosidad y espesura de su suelo para imposibilitar el establecimiento de monasterios de Benedictinos, porque muchos de éstos había en territorios próximos á ellas, donde las condiciones topográficas para su erección eran mucho menos favorables. El Alto Pirineo navarro y aragonés, en que florecieron los ilustres cenobios de Leyre y de San Juan de la Peña, y la elevada sierra donde tuvo su asiento el no menos famoso de San Millán de la Cogolla, superan con notable exceso la escabrosidad de nuestras montañas bascongadas, las cuales, y más particularmente las de Vizcaya, tuvieron relaciones muy frecuentes con estas casas religiosas, según lo atestiguan las repetidas donaciones hechas á las mismas por varios de nuestros más antiguos Señores (1).

(1) Véase nuestro libro *Gaztelugach, con su historia y tradiciones*, página 13 y siguientes.

Fácilmente se comprende que al hablar de estas Órdenes monásticas, queremos referirnos á la de San Benito, única, puede decirse así, de su clase hasta fines del siglo xi; y que, al decir que no se establecieron en Vizcaya hasta muchos años más tardé, queremos significar que en su territorio no se registró hasta cerca de dos siglos después ninguna fundación Cisterciense, no obstante el rápido vuelo que alcanzó esta Orden en todas partes, menos en ésta, en que, anticipándosele la Premonstratense, ocupó en 1162 la débil casa de Gaztelugach, situada sobre las bravas olas del mar Cantábrico (1).

Y choca tanto más esta especie de repulsión ó de retraimiento de las Órdenes anteriores á la creación de las mendicantes, cuanto se da algún caso de fundación benedictina, hecha, por decirlo así, saltando por encima del territorio vizcaíno, en un punto de su vecindad al Oeste. En efecto: hay en la historia un monje llamado Paterno, que fué desde países situados al Levante — *veniens ab Orientis partibus* (según las expresiones del primitivo documento), — á fundar un monasterio el año de 1042, en donde hoy existe Santoña; y como el territorio de la actual provincia de Santander, ó sea la Montaña, pertenecía entonces á D. García, rey de Navarra, que lo heredó de su madre Doña Mayor, condesa de Castilla, hija de D. Sancho, es natural suponer que Paterno fuese navarro, porque su país estaba y está al Oriente de Santoña. ¿Cómo, pues, se alejó tanto de él para fundar este monasterio, cuando más cercanos podía encontrar otros, al parecer, no menos adecuados al objeto?...

Mas, sea como quiera, y esto es también digno de llamar la atención, así como no hubo hasta pasado el siglo xi

(1) Ibid., páginas 18, 19, etc.

casas alguna monasterial ó conventual dentro del territorio exclusivamente bascongado, así tampoco se señala antes del xii ninguna población con título de villa ó dotada de organización municipal, no obstante constar en crónicas y en otros documentos la preexistencia de algunas de ellas. Son éstas Orduña, de la que el obispo Sebastián de Salamanca habla en su crónica del siglo viii; Bermeo, cuyas memorias se conservan fechadas en el siglo xi; Gar-teiz, en Álava, que cambió su nombre por el de Vitoria al recibir de D. Sancho el Sabio de Navarra (1181) fuero y título de villa; y San Sebastián, en Guipúzcoa, que algunos años antes fué elevada á igual categoría por el mismo rey D. Sancho. Algo perezosa anduvo Vizcaya en seguir el ejemplo de sus hermanas, porque la más antigua de sus fundaciones de esta clase, la de Balmaseda, verificada en un extremo de su territorio y á la que podríamos llamar extra-vizcaína como debida á un prócer forastero, sólo data de 1199. Las demás villas se fundaron, según rezan nuestros Códices, en los siglos xiii y xiv.

Cercano andaba el fin de este último cuando D. Diego López de Haro libraba desde Valladolid carta-puebla de fundación para una villa, cuya futura importancia debía eclipsar la de las demás del señorío vizcaíno. Esta villa era Bilbao, que, como es sabido de cuantas personas se han dedicado al estudio de su desarrollo, creció con tanta rapidez desde que obtuvo aquel título, que un siglo más tarde ya se había trasladado á ella todo el comercio de Bermeo, Plencia, Lequeitio y Ondárroa, y absorbido poco después, entrado el siglo xv, su movimiento industrial y naviero, y el de otros puertos más de las provincias de Guipúzcoa y de la Montaña.

Pero si las franquicias y privilegios que le concedieron primero D. Diego y después Doña María Dfáz de Haro I,

mujer del infante D. Juan, contribuyeron eficazmente á su engrandecimiento, no por esto debe suponerse, como es vulgar y muy admitida opinión, que la existencia del *Puerto de Bilbao* date de la fecha de la carta-puebla, que «en uno con mi fijo Lope Diaz, e con plazer de todos los »*bizcaínos fago población*»...., le otorgó el ya dicho Don Diego, quinto Señor de su mismo nombre, casado con la hija de D. Alonso el Sabio. Estas expresiones, copiadas textualmente, que bastarían por sí solas para desvanecer tal creencia, vienen robustecidas con otras anteriores y posteriores de la misma carta, que dicen: «Sepan por »esta carta quantos la bieren e oieren cómo yo Diego Lopez de Faro, señor de Bizcaya, en uno con mi fijo Lope »Diaz, e con plazer de todos los bizcaínos, fago en Bilbao, »*de parte de Begoña, nuevamente poblacion, e villa,* »*que le dizen el puerto de Bilbao*; et dó, e franco, á »vos los pobladores deste logar, que seades francos, é »quitos para siempre jamás, etc.....» Lo que prueba que allí ya existía población, ó barrio, ó agrupación de casas, ó cuando menos un lugar que se llamaba Puerto de Bilbao, de importancia bastante para poseer un edificio destinado al culto como la iglesia de Santiago, dependiente de la matriz parroquial de Begoña, y otro como la de San Nicolás, que, según documentos oficiales, «es la más anti- »gua de esta dicha villa, y de mucho antes de su funda- »ción, porque la hicieron los hombres de negocios y mer- »caderes que existían en esta población y trataban con »navíos y embarcaciones de mucho porte á la parte del »Norte, de Sevilla, Málaga y Cádiz, y de otras diversas »regiones muy extrañas» (1).

(1) Libro de acuerdos MS. del Ayuntamiento de Bilbao de 1670, folio 201 vuelto, existente en su archivo.

Allí, repetimos, y en ambas márgenes de la ría, debió de haber población desde muy antiguo, ya porque los dos grandiosos templos susodichos así lo atestiguan, cuanto porque el mismo nombre de Bilbao la Vieja que se daba y aún se da al pueblo de la orilla izquierda, *fundado de parte de Abando*, es por sí sólo bastante significativo para saber que él era el antiguo; y que el moderno, el Bilbao *de la parte de Begaña*, según reza la carta de fundación, se construyó más tarde sobre la orilla derecha, por ofrecer su forma y extensión sitio más adecuado y capaz para ello, no obstante existir de luenga data y sobre esta misma orilla del brazo de mar, el barrio de San Nicolás con sus pescadores y marineros, con su iglesia y caserío, y sus atributos especiales.

Demás de esto, y según más adelante podrá verse, conviene no hacer caso omiso ni dejar pasar por alto, al tratarse de los orígenes de Bilbao, y mientras no se demuestre su falsedad, el más antiguo testimonio escrito sobre su existencia, como es el pasaje de una obra poético-genealógica compuesta con anterioridad al año de 1276, en una región de España muy distante de la nuestra, y de seguro poco conocida por ella. Nos referimos á una de las trovas de Mosén Jaume, ó Jaime Febrer, poeta lemosín muy notable de su época, que floreció en la ciudad de Valencia, su patria. Hijo de uno de los compañeros de hazañas y de glorias del preclaro rey de Aragón D. Jaime el Conquistador, mereció ser honrado con la amistad del infante D. Pedro, hijo primogénito y digno sucesor—porque la historia le ha dado el nombre de Grande—de aquel noble, generoso y esforzado caballero.

Convalecía Febrer de una grave enfermedad que le tenía postrado en el lecho, cuando un día le visitó su egregio amigo, que quedó agradablemente sorprendido al

contemplar en el cuarto que habitaba una rica y vistosa colección heráldica de escudos de armas de los barones y caballeros que más figuraron en la conquista del reino de Valencia, pintada por el joven poeta. Y como entonces aprendiera el príncipe que Febrer unía á su talento literario otro nuevo y desconocido para él, como el pictórico, le expresó el deseo de que para completar su trabajo compusiera una serie de leyendas en verso, alusivas á cada uno de aquellos blasones particulares. No olvidó el poeta el consejo ó ruego del Infante, y así que se halló restablecido, escribió la obra, de que entresacamos el siguiente trozo que más hace á nuestro propósito :

## MIEDES (1).

Creu de Calatrava  
Sobre camp daurat,  
E un castell de plata,  
Sobre color blau,  
De Alfonso de Miedes  
Lo escut quartejat  
Es lo que aci es veu,  
Per averlo usat  
Un ahuelo seu  
Que, eixit de Bilbao,  
Es trová en les Naves

Dites de Tolosa,  
Junt de Calatrava.  
Est, seguint la huella  
De son ascendent,  
Opinió famosa  
Alcanzá en Valencia,  
Per lo que hui goiga  
En premi del rey,  
Lo lloch de Magüella.  
Viu ara en Terol  
Rich y sens querella.

Traducidas estas trovas literalmente al castellano, verso por verso, dicen lo que sigue :

(1) Este texto en lemosín lo tomó Cerdá y Rico de las *Trovas de Febrer* para insertarlo en sus *Memorias Históricas de la Vida y Acciones del rey D. Alfonso el Noble*.—Madrid, imprenta de Sancha, 1783, como ilustración del capítulo relativo á la batalla de las Navas.

## MIEDES.

Cruz de Calatrava,  
 Sobre campo dorado,  
 Y un castillo de plata,  
 Sobre color azul,  
 De Alfonso de Miedes  
 El escudo dividido en cuarteles  
 Es lo que aquí se ve,  
 Por haberlo usado  
 Un abuelo suyo,  
 Que, salido de Bilbao,  
 Se encontró en las Navas

Dichas de Tolosa,  
 Junto á Calatrava.  
 Éste, siguiendo la huella  
 De su ascendiente,  
 Opinión famosa  
 Alcanzó en Valencia,  
 Por lo que hoy goza,  
 En premio del Rey,  
 Del lugar de Magüella.  
 Vive ahora en Teruel,  
 Rico y sin querella (1).

No habrá pasado desapercibido al lector que el nombre de Bilbao está escrito en estas trovas *Bilbau*, con la terminación propia del lemosín, cuyos finales en *au* equivalen á los de *ao* de la lengua castellana, como Grao por Grau; ni que por haberlas escrito Febrer antes de 1276, fecha de la exaltación del infante D. Pedro al trono de Aragón, dude de que cuando menos á ella ha de remontar su antigüedad; pero lo que sí pudiera parecerle sospechoso, si no se lo aclarásemos y detuviese su atención en otro punto, sería que como en el primer verso de estas trovas cita su autor la cruz característica de Calatrava, cuando no se usó hasta el año de 1397, resultaría un lamentable anacronismo. No le hay, porque habiendo recurrido nosotros á autoridad tan respetable en la materia, como la *Crónica de las tres Órdenes militares*, escrita por Rades de Andrade é impresa en 1572, precisamente siendo individuo de esta Orden, nos encontramos con que

(1) Es decir, sin contienda, en paz.

la cruz fué su distintivo ó señal *colectiva* mucho antes de serlo *personal* de sus individuos.

Procediendo ahora al análisis de las trovas, para demostrar que su autenticidad es casi indiscutible, y fijándonos primeramente en el apellido MIEDES, declararemos de plano y sin ambages que no es de formación bascongada, sino que corresponde á una denominación geográfica común á un río y dos pueblos, situados aquél y uno de éstos en Aragón, y en la Alcarria el otro.

Déjase conocer desde luego que el apellido su homónimo procede con relación á su origen, no de la última de estas dos localidades, sino de la primera. Y en cuanto á la explicación de haberlo tomado un vizcaíno abandonando el suyo originario, convendrá tener presente que en la época del abuelo de Miedes no tenían gran fijeza los apellidos, porque aún se hallaban en el período de su formación; y como los de los nobles eran generalmente solariegos, tal vez adoptara aquel caballero para su linaje el de algún feudo, pueblo ó posesión territorial cuyo señorío hubiese adquirido.

Por lo que respecta á los motivos que para establecerse en Aragón tuviera, no sería extraño que pasase á este reino en compañía de algún Señor de Vizcaya, de los muchos que se desnaturalizaban ó desavenían de los reyes de Castilla, y que, retirados en él, entraban al servicio de sus Monarcas. Precisamente pocos años después de escribir Febrer sus trovas, y en tiempo que él indudablemente alcanzó, el entonces futuro fundador de la villa de Bilbao, se refugió en territorio aragonés, huyendo de las asechanzas de D. Sancho el Bravo; y asistió, hallándose en Barcelona el año de 1291, á los funerales del rey D. Alonso III.

Entrando á examinar el pasaje de la referida trova que más conexión tiene con nuestro asunto, observaremos

que, habiendo asistido el antepasado de D. Alfonso de Miedes, que, según la declaración del texto, salió de Bilbao, á la batalla de las Navas de Tolosa, ocurrida el 16 de Julio de 1212, no cabe dudar que en igual situación y con el mismo nombre de la villa más tarde fundada por D. Diego López de Haro, existía ya población de fecha muy anterior, según más adelante lo tenemos dicho. En efecto: para tomar parte en aquella memorable batalla contra Yacub, emperador de los almohades, era preciso que el abuelo de D. Alfonso hubiese llegado á la edad viril, y, por lo tanto, que debiese haber nacido al declinar el siglo XII, resultando de aquí que, asignando á Bilbao racionalmente alguna mayor antigüedad, siquiera la de medio ó un siglo, la fecha de su existencia nunca bajaría del año de 1000 ó de 1050.

Réstanos ya solamente la prueba de la autenticidad de las Trovas.

En la introducción ó prólogo de la última edición de las mismas que publicó en Palma en 1848, según más adelante se refiere, el erudito escritor mallorquín, Sr. Bover, se encuentran abundantes noticias del autor, pero no relativamente al texto, en el que se limita á asegurar que, para fijarlo, se valió de los manuscritos más autorizados, sobre todo de uno que califica de *precioso*, perteneciente á la familia de Febrer, al parecer todavía entonces no extinguida.

Esta circunstancia da lugar á presumir que dicho manuscrito fué el mismo original, en cuyo caso quedaría resuelta la cuestión; pero como nada dice el Sr. Bover sobre particularidad tan importante ni sobre los demás códices, nos deja sumidos en la incertidumbre, y sin poder aquilatar su valor histórico y paleográfico. Tomara ejemplo del célebre historiador portugués Herculano al dar

á luz su interesante opúsculo sobre el *Nobiliario del conde D. Pedro*, de índole bastante parecida á las trovas de Febrer, y sabríamos con minuciosos detalles cuanto echamos de menos en la obra del erudito mallorquín. Así tendríamos una enumeración de los principales códices, su descripción individual con señalamiento preciso ó aproximado de su época, juicio crítico del texto con expresión de ser ó no el genuino, apuntando de lo contrario las alteraciones, adiciones ó supresiones posteriores introducidas en él.

Pero si no lo hizo así, y, por lo tanto, su trabajo resulta menos completo, nosotros creemos que con haber revelado y expuesto lo que en este capítulo se contiene, hemos prestado algún servicio á la historia del origen de nuestro pueblo, siquiera sea porque es tan desconocido como interesante lo que acabamos de bautizar con el título *De cómo el puerto de Bilbao es mucho más antiguo de lo que se le cree*.

JUAN E. DELMAS.

C. de la Real Academia de la Historia.

BILBAO 20 de Julio de 1889.



## REVISTA DE REVISTAS EXTRANJERAS

PARÍS, Agosto de 1889.

Ojeada á la política europea.—La cuestión pontificia.—Italia y la triple alianza.—Preocupaciones políticas alemanas.—Las islas Británicas y el shah de Persia.—El negro Federico Douglas.—Teatros: *La Tempestad*.—Sarah Bernhardt en Londres.—El drama en Alemania.—Publicaciones: una traducción alemana de *El Lazarrillo de Tormes* y otra francesa de un cuento catalán.—Una novela alemana interesante.—La economía política y la sociología.—El monometalismo.—Pensamientos sobre la política italiana.

Si no escribiera bajo una temperatura que de puro fresca á veces me parece fría; si, allá no en remota lontananza, no me enviase sus luminosos rayos esa estrella que los hombres han añadido á las del cielo, y sujetado á la tierra por medio de una cadena de hierro conocida con el nombre de *Tour Eiffel*; si el ensordecedor ruido de esta ciudad, que es á un tiempo taller, escuela, biblioteca, y cerebro y corazón del mundo civilizado, no me recordara que la actividad del hombre no alcanza nunca suspenderse, como no lo logran jamás las fuerzas de la naturaleza, condenadas á perpetuo é incesante trabajo, diría, al hojear las revistas científicas y literarias del próximo pasado mes, que las ideas habían abandonado los centros de cultura, yéndose á *veranear*,

desterradas del pensamiento humano por los rigores de la canícula.

Pero ni la temperatura es aquí elevada, ni el movimiento ha decrecido en ninguno de los órdenes de la vida, ni las audacias de la actividad, de que es digna apoteosis y compendio la Torre Eiffel, á que me refería, dan derecho á sospechar que el progreso intelectual sea susceptible de alternativas é intermitencias. Mejor fuera acaso decir, sobre todo al contemplar el importante contingente que los hombres de letras han dado y dan y darán aún á la extraordinaria población flotante que viene albergándose de pocos meses acá en la hermosa capital de esta República, que los pensadores y los publicistas, á manera de hormigas, salen en verano en busca de víveres intelectuales con que alimentar en invierno las obras de su ingenio.

Como quiera que sea, es lo cierto que las revistas de Julio vinieron flojas en punto á labores de esas que requieren gran intensidad intelectual para ser producidas, y no poca atención para ser asimiladas, cosa que me obliga también á escribir un artículo ligero, en el cual me ocuparé principalmente en aquellas cosas de la política general que interesan á todos, y en las novedades que, en punto á obras dramáticas representadas y á libros recientemente aparecidos, merezcan mencionarse.

Por lo que á la política se refiere, á nadie se oculta cuán trascendentales son para el mundo todo los acontecimientos de Italia. Mientras el Templo y la Universidad se disputen la dirección de la conducta humana; mientras la tierra y el cielo pugnen por dirigir las conciencias y gobernar á los pueblos, Roma gozará del privilegio de ocupar la atención de las gentes, y no la

perderán de vista los hombres cultos, ni las muchedumbres siquiera.

La cuestión romana, mejor dicho, la cuestión pontificia, ha recobrado todo su interés desde que los periódicos pontificios dieron—seguramente con mal acuerdo—publicidad á la alocución pronunciada por el Papa en el consistorio secreto celebrado el 30 de Junio último. No bien conocida del público la posibilidad, confesada por el Sumo Pontífice, de que éste abandone la ciudad eterna, resonó por ambos hemisferios esta pregunta: ¿Y adónde irá? Á lo cual dice desde Florencia el discreto corresponsal de la *Revista Británica*: «España es ciertamente muy católica; pero el día en que se sondeó su pensamiento en punto á la cesión de la isla de Mallorca, respondió que no se creía con derecho á enajenar una pulgada de territorio nacional, ni siquiera para proporcionar un principado temporal al Jefe de la catolicidad». Cosa análoga, añade el mencionado corresponsal, Mr. G. D., debió contestar Francia; y si bien se dice que sólo Austria, por intermediación del Nuncio Mons. Galimberti, ofreció un principado—el Lichtenstein;—«aun cuando M. de Bismark se prestase á ello, no podría establecerse la Santa Sede en Alemania, contando, como cuenta, el catolicismo con más de 130 millones de latinos, por una treintena de millones de alemanes». Tampoco hay que pensar en la isla de Malta, bajo un protectorado militar inglés, porque no se concibe al Papa guardado por una potencia protestante; ni menos en Jerusalén, que no cedería en verdad el Sultán sino á la fuerza, mediante una cruzada, á la cual se opondría Rusia, que ha echado ya el ojo á los Santos Lugares.

Aparte las dificultades que ofrece el hallar sitio donde establecer la Silla de San Pedro, no las ofrecería menores

—una vez efectuado el traslado—el regreso á Roma, así porque difícilmente lo consentiría Italia, que sueña en la restauración del Imperio romano, como porque el Pontificado tiene orígenes de tal suerte romanos, que no acertaría á aclimatarse fuera de la ciudad de las siete colinas, lo cual le pondría en la necesidad de intentar el regreso á los abandonados lares. Estas dificultades, que no pueden sustraerse á la perspicacia de Su Santidad León XIII, hacen que no sea de temer que en breve plazo se realice el voluntario destierro de la corte pontificia; pero tampoco es posible que el Papa continúe por mucho tiempo en Roma, dadas las corrientes que siguen las cosas de Europa, sobre todo en Italia, donde cada monumento que se erige á uno de los apóstoles del pensamiento libre, hace vacilar sobre sus cimientos la mole del Vaticano.

La mayor parte de los escritores que en estas materias se ocupan, creen que el día en que Roma deje de ser la capital del mundo católico, estallarà una revolución religiosa, de grandes alcances religiosos y políticos difíciles de prever, que dará por resultado introducir el ejercicio regular del régimen representativo en la Iglesia; y aun no falta quien opine que la separación del Papado de Roma sellará la reconciliación entre las Iglesias no heréticas, para lo cual casi no es menester otra cosa que encontrar una Roma *que no sea Roma*, lo cual es harto difícil por cierto.

Como saben nuestros lectores, no bien se hubieron repuesto los italianos de la emoción producida por la indiscreción de los periódicos pontificios, cuando noticias de orden exclusivamente político vinieron á turbar su reposo. Estas noticias, que no pasaron de rumores, faltos de fundamento sin duda, son las referentes á la versión según la cual, de ser cierta, el tratado de la triple alianza

contendría una cláusula, en cuya virtud, en caso de estallar una guerra con Rusia, Italia debería mandar un contingente de 100,000 hombres á la frontera de Polonia; que es el lado débil de la confederación de las tres potencias. Si en Europa se dió crédito á esos rumores, débese á su condición de ser á primera vista perfectamente compatibles con el articulado del tratado firmado en Inglaterra, merced al cual Italia no correría en modo alguno el riesgo de ser atacada por mar por parte de Francia, cuyas fuerzas debería esta República concentrar en Alemania. Pero, á poco de reflexionar en el asunto, se echará de ver cuán juiciosas son las objeciones á dichos rumores opuestas por el mencionado Mr. G. D., quien observa que, si la infantería italiana es excelente en su género, hablando con propiedad, no es una infantería de línea, sino un arma modelada por completo en los *bersaglieri*, que son tropas de montaña adiestradas en la defensa de las quebradas espesuras de los Alpes y de los Apeninos. Esas fuerzas no se han creado ciertamente para ser expatriadas, ni mucho menos para hacer la gran guerra á la alemana, ni mucho menos todavía para hacer frente á una caballería tan numerosa y bien equipada como lo es la rusa, que constituye lo que se llama *infantería montada*. En un país tan escabroso y cortado por setos y canales, y plantado de viñas y de olivos, como lo es Italia, la caballería no puede en manera alguna maniobrar, como se vió demostrado en Solferino. Pero, en las inmensas llanuras de Polonia, cubiertas de trigo, es la infantería la que se halla imposibilitada de luchar contra una caballería muy movilizable, conocedora del terreno y bien organizada.

Por otro lado, tampoco parece que pudiese convenirle á Italia que estallase una guerra cuyo objeto no fuese

otro que arrebatarse á Rusia la Polonia, para que luego se la repartieran el Austria y la Prusia ; porque, de convertirse Austria en un Estado eslavo de 50.000,000 de habitantes, de los cuales 22.000,000 fuesen polacos, Italia correría el riesgo de que ese nuevo Imperio tratara de restablecer el poder temporal, con el fin de granjearse voluntades de que bien habría menester. Esto, aparte de ser muy dudoso que un país en donde es la opinión pública la que gobierna, se prestase á mandar á 100,000 hombres fuera de la patria, no siendo tampoco probable que Crispi tratara de prescindir del consentimiento nacional, porque esto habría de provocar una crisis, en la cual la misma Monarquía corría peligro de irse á pique.

Tampoco debe echarse en olvido, que si veinte años atrás, las probabilidades de éxito, en casos de guerra, estaban de parte de los que tomaban la ofensiva, hoy están del lado de los que se ciñan á la defensiva. Por lo demás, Italia va completando con extrema rapidez su poderosa marina, y mientras Francia carece de cruceros rápidos, Italia acaba de añadir á su flota uno que se considera como tipo del género, y que ha sido construido en Inglaterra, en los talleres de los Sres. Armstrong y Mitchell, como lo fueron sus predecesores *Esmeralda* y *Dogali*. El nuevo crucero, á que se ha dado el nombre de *Piamonte*, ha alcanzado, durante seis horas y marchando á toda máquina, un andar de 20 nudos, y á máquina forzada, uno de 22 durante hora y media. Su rapidez es tal, que hasta el presente no había sido alcanzada sino por los torpederos de mayor ligereza. Su longitud es de cien metros, y su desplazamiento de 2,500 toneladas. Es el primer buque que monta cañones de tiro rápido sistema Elswiak.

\* \* \*

Por lo que á Alemania respecta, merece consignarse que ha sido objeto de todas las conversaciones en el Imperio germánico el hecho de que el joven Emperador se haya hecho acompañar en su viaje á Noruega por el general de Estado Mayor Herr de Waldersee, en vez de llevar en su compañía al hijo del Canciller, el conde Herbertho, que era el designado para tan señalada distinción. El príncipe de Bismark, para quien el ejército es brazo y no cabeza del Estado, debe haber visto con el mayor desagrado la preferencia otorgada por el Emperador al elemento militar, cuyo partido se muestra muy disgustado por la ruda campaña que han emprendido algunos periódicos de notoria importancia en favor del elemento político.

Aquellos espíritus cavilosos, que siempre sorprenden *des arrière-pensées* en los actos más insignificantes de la vida, cuando de la de hombres constituidos en autoridad se trata, no dejarán de ver un síntoma belicoso en la conducta por el Emperador alemán adoptada, y acaso no pararán mientes en la posibilidad de que el hecho comentado se trocarse en indicio de paz, si el pueblo germánico llegase á dividirse, tomando unos partido por el ejército y otros por el elemento civil. Opino que no deben preocuparnos incidentes de tan poca monta como el promovido por las preferencias de Guillermo II, tanto menos, cuanto que la guerra se va haciendo cada día más difícil, merced al formidable poder que las armas todas actualmente alcanzan, á las corrientes, crecientes de día en día, que el cosmopolitismo obrero establece de continuo entre las naciones, así para atacar á los de arriba como para defender á los de abajo, y á la *mononacionalización* que sin meter ruido llevan á cabo las letras, las industrias y el comercio en toda la faz de la tierra.

\* \* \*

Si de Alemania saltamos á las islas Británicas, observaremos que también allí se produce el propio fenómeno que en Alemania en punto á atribuir segundas intenciones á la conducta observada por los primeros magistrados de aquellas nacionalidades, según es de ver en las distintas opiniones vertidas por la prensa inglesa acerca de los excepcionales honores con que el shah de Persia fué recibido en Londres. Aquellos periódicos no aciertan á darse la razón de cómo «la Reina le ha dado hospitalidad» en su propio palacio, cosa que S. M. Británica hace muy raras veces; ni del por qué lo haya alojado en sus propias habitaciones, cosa que la reina de Inglaterra no hace nunca». De aquí que se haya dado en suponer, en las grandes islas del otro lado del Canal de la Mancha, que la venida del Soberano persa reviste mucha mayor importancia que la alcanzada por una mera excursión de *touriste*.

No ha dejado de favorecer esas suposiciones el hecho de que el Shah se haya manifestado, al parecer, mucho más solícito con los reyes de la banca que con la Soberana de la monarquía inglesa, lo cual atribuyen los nuevos oráculos á que para el Shah son menos dignas de confianza las protestas amistosas de la política que las pruebas de amistad otorgadas por los grandes tenedores de dinero.

Todas estas versiones tienen, á mi juicio, perfecta explicación en la tendencia innata en el hombre de juzgar á los demás por sus propios vicios y pasiones, no siendo, por lo tanto, maravilla que un pueblo tan interesado como lo es el pueblo inglés, no alcance á comprender los hechos más insignificantes, á menos de atribuirles interesadas miras. Lo más probable, al parecer, es que la espléndida acogida dispensada en Londres á S. M. persa se deba á haberse ido sometiendo pacíficamente las provin-

cias septentrionales de la India, merced al celo y discreción desplegados por las mujeres licenciadas ó doctoradas en medicina enviadas por el Gobierno de la Gran Bretaña á aquellas apartadas regiones, con el objeto de apoderarse de los *zenanas* de los *rajahs*, y consolidar de esta manera la influencia inglesa. Desde que comenzaron á llegar allá esas jóvenes, no investidas de misiones religiosas de que desconfían ya los indígenas, la civilización europea ha entrado en las costumbres de las clases altas, y aun aquéllas comienzan á influir con su autoridad en los gobiernos lejanos, que no aceptan en modo alguno el predominio de los extranjeros que no sean ingleses. Esta obra de civilización y de verdadero progreso débese á la protección dispensada por la señora marquesa de Dufferin y Ava para combatir la influencia rusa que Mad. Blavatzky trató de hacer prevalecer por medio del espiritismo.

Tampoco deja de preocupar á los ingleses el fanatismo religioso de « esas hordas de bárbaros, siempre vencidas, » mas nunca subyugadas, que hormiguean en el desierto, » guiadas todas ellas por un solo deseo : el de arrojar del » país al enemigo de la doctrina de Mahoma y exterminar » á esos *perros de cristianos* que quisieran impedir que » el Egipto caiga bajo sus garras ».

No menos que el Shah, ha sido no ha mucho objeto de viva curiosidad en Londres el famoso negro Federico Douglas, una de cuyas aventuras suscitó algunos años atrás pública indignación en todos los pueblos civilizados. Trataba á la sazón de abandonar el Estado de New-York, y no hallaba capitán alguno que quisiera recibirlo á bordo, pues los pasajeros americanos se negaban á viajar en su compañía. Á pesar de estas contrariedades, logró una vez embarcarse ; mas, no bien hubieron reparado en él los demás pasajeros de la embarcación, obligáronle á des-

cender á tierra, y si por fin logró hacerse á la vela, debiólo á los sentimientos humanitarios de un filántropo cuáquero de Liverpool. Federico Douglas, que actualmente cuenta setenta y dos años, nació de padres pobres y esclavos, y fué desde su niñez prestado distintas veces por sus propietarios. Apenas entrado en la pubertad, comprólo un armador de Baltimore, que le obligó á trabajar verdaderamente *como un negro* durante seis años. Agotado que hubo la paciencia, escapóse el maltratado esclavo á los Estados Unidos, donde una venturosa casualidad le hizo trabar conocimiento con el célebre negrófilo Lloyd Garrison, quien, apercibido de los grandes talentos de aquél, hízolo instruir, no sin que al cabo de poco tiempo hubiera el negro desarrollado sus dotes oratorias de tal suerte, que le valieran de parte del partido antiesclavista el ser designado para *leader* de la propaganda abolicionista y que Lincoln le contara en el número de sus consejeros íntimos durante la guerra civil. El presidente Cleveland confióle también varias misiones diplomáticas, y actualmente desempeña el cargo de encargado de Negocios de los Estados Unidos en la República de Haiti.

\* \* \*

Por fin, en el gran teatro de la Ópera, de esta capital, se ha puesto este verano en escena el baile de espectáculo *La tempestad*, donde, al decir de algunos críticos, no ha andado muy acertado el autor del libreto, M. Jules Barbier, en la combinación de las masas con la acción principal. En mi sentir, este defecto no debe imputarse del todo á M. Barbier, ya que la obra en que éste ha inspirado la suya—*La Tempestad*, de Shakespeare,—se re-

siente, como es sabido, de vicios análogos al que se censura. Á propósito de la producción que escribió en sus últimos tiempos el gran poeta inglés, dice desde la *Revista Británica* M. Fernand Beinier: «Es una deliciosa obra de imaginación, en la cual vamos muy erróneamente á buscar un cúmulo de ideas psicológicas ó filosóficas más ó menos extraordinarias. En mi humilde opinión, Shakespeare ha simplemente escrito su poema tal como lo soñó, sin preocuparse de lo que del mismo dirían sus futuros comentadores. Que Calibán y Ariel representen la lucha del bien y del mal, cosa es que me tiene muy sin cuidado: lo confieso con la mayor sinceridad. Ni busco allí otra cosa que el mágico embeleso de los caracteres soñados, ni encuentro allá sino un asunto de amor, un capricho de la fantasía, un delicado encaje finamente tejido». Diga lo que quiera el crítico francés, está fuera de duda que Shakespeare se propuso un fin trascendental al escribir su obra; de haberse propuesto otro objeto, no habría dado tan singular relieve á la oposición existente entre Ariel y el hijo de la hechicera y del diablo, ni hubiera trazado una conducta tan generosa al destronado duque de Milán respecto de su hermano Antonio y del rey de Nápoles, después que hubieron éstos desembarcado en la isla de los Encantamientos. Hiciéranle ó no efecto al dramaturgo inglés las hostigaciones de Ben Jonson, y débase ó no á ellas el que el gran poeta se ciñera á los pretendidos preceptos aristotélicos, es lo probable que Shakespeare se propuso otro fin que el puramente artístico.

Con decir que la música de la obra de M. Barbier es de Ambrosio Tomás, está hecho el elogio de la misma. El papel de Miranda lo ha desempeñado nuestra compatriota y conterránea mfa, Rosita Mauri, de la cual dice

Fernand Beinier: «En este género no conozco apenas » cosa más exquisita que el gran duo de amor que la Mauri » baila y ejecuta, y en el cual Vázquez la acompaña tan » bien y con tan singular elegancia. Allí ha encontrado » ella una encantadora creación, y los autores no pueden » menos por su parte que estarle agradecidos».

Por lo que hace al espectáculo, son de sorprendente y grandioso efecto, así el buque, que se ha presentado con mayores magnificencias y verdad que los del *Corsario*, del *Hijo de la Noche*, etc., como la gruta del segundo cuadró y la tempestad del acto tercero, que es admirable de todo punto.

En los *Buffes Parisiens*, en *Cluny*, en la *Renaissance* y en el *Odeon*, se han reproducido obras ya conocidas. No así ha sucedido en el *Châtelet* y en *Variétés*, donde se han puesto respectivamente en escena *Prince Soleil*, obra de magia que proporciona muchísimas entradas y que ha sido coronada por el éxito más lisonjero, y la *Fille à Cocollet*, letra de MM. Chivot y Durn, y música de Edmond Audran, comenzando ésta á ser popular en esta capital, como por doquiera lo ha sido hasta hoy la de la *Mascota*.

\*\*\*

No les ha cabido esta temporada á los teatros de Londres suerte tan venturosa como á los de esta capital. Hase representado allí el *Otello*, pero sin entusiasmar á las gentes y con poca fortuna; y se ha recibido á la Sarah Bernardt poco menos que con silbidos en la representación de *Lena*, si bien la famosa actriz francesa se ha re-

sarcido un tanto de aquel casi fiasco, en el desempeño de la *Tosca*, donde el público la dispensó más cariñosa acogida.

\*\*\*

Más exuberante que en Francia y que en Inglaterra se nos ofrece al presente la literatura dramática en Alemania, donde en corto transcurso de tiempo se han puesto en escena dos dramas de capital interés: *Una mentira* y *El sueño es la vida*. En el primero, obra en cuatro actos de Carlos Schonfeld, se plantea el mismo problema que en *La Dama de las Camelias*, de Dumas: la rehabilitación de la mujer caída, bien que con distinto criterio; pues el autor alemán dista mucho de abrigar los optimismos del novelista francés. Para aquél, una pecadora no puede casarse con un hombre honrado y gozar con éste de una dicha que no ha merecido. La acción y el desenlace son trágicos, y han sido bien acogidos por el público alemán, con todo y no gustar éste de finales echegarayescos.

*El sueño es la vida*, drama, ya conocido, de Franz Grillparzer, también en cuatro actos, recuerda nuestro *Drama Nuevo*, por la inesperada sorpresa con que asombra al público en el desenredo. El argumento es sencillo y de grandísimo efecto. Rustan, llevado de la pasión por las riquezas, alcanza colosal fortuna. Obligado á sostener una mentira que vertió sin sospechar sus alcances, se ve precisado á cometer malas acciones; pendiente que le conduce al homicidio mismo. Descubiertas sus truhanerías, comienza á decrecer su fortuna; al punto de de-

jarle arruinado; castigo muy superior, por cierto, al que con su conducta mereciera, lo cual hace que el público se interese vivamente en favor de este desgraciado. Aburrido Rustan, resuelve poner fin á sus días, poniendo por obra su intento; mas en el momento de realizarlo, suena la campana parroquial que toca al *Angelus* de la mañana, y Rustan, que sólo ha sido víctima de una pesadilla, despierta y exclama: «He aquí al sol; todo se baña en luz; no soy un criminal, no; me reconozco por el que siempre he sido». Estas palabras producen en el público un frenesí indescriptible, y el mayor de los éxitos corona esa obra psicológica, que es de una audacia verdaderamente sin ejemplo.

\* \* \*

En punto á publicaciones, como español, debo consignar, en primer término, un estudio sumamente interesante sobre la novela picaresca, *El Lazarillo de Tormes*, seguido de la primera traducción alemana completa y auténtica que se ha hecho. Estudio y traducción son obra de Herr Lauser, el docto director de la *Crónica general del Arte*, revista que ve la luz en Viena, y han merecido el elogio de la *Academia Imperial de Ciencias*.

Otro deber de patriotismo me obliga también á conceder sitio de preferencia en este lugar á la traducción que ha publicado en la *Revista Británica* Mr. G. de Thuisy, del cuento de nuestro Narciso Oller *Lo meu Jardí*. De nuestro compatriota dice el traductor francés: «Narciso Oller, escritor catalán, de Barcelona, se ha hecho notable desde el comienzo de una carrera literaria

»tan corta como brillante, por sus cuentos y novelas. Su  
»naturalismo artístico, exento de todo materialismo filo-  
»sófico, pinta con profundidad á los hombres y cosas de  
»Cataluña. Su talento le ha valido que varias de sus obras  
»hayan sido traducidas, ora al castellano, ora al francés».

El celebrado novelista alemán Augusto Niemann ha publicado en dos tomos una novela, á que ha puesto el título de *El ojo derecho escandalizado*, aludiendo al conocido proverbio bíblico por aquellas palabras recordado. En ella discute, por medio de bien sostenidos y animados diálogos, los problemas de la educación, del matrimonio, del derecho de las mujeres, etc. El argumento es este: una institutriz hermosa y de talento, hija de un sabio sumido en la miseria y en la abyección, entra á ejercer su ministerio en casa de los señores condes de Leinzeller, una de las familias más opulentas y distinguidas de Viena. No pasa mucho tiempo sin que la dulzura y amabilidad de Clarisa ganen el corazón de sus tiernas educandas y la simpatía y buena voluntad del señor Conde, lo cual, unido á la seductora belleza de la joven institutriz, aviva los celos de la Condesa, ya de suyo excesivamente celosa, al extremo de plantear la cuestión en estos términos á su marido: «Ó yo, ó ella». Así presentada la cuestión, era de prever cómo se resolvería; que los convencionalismos sociales no reparan en medios, siquiera impliquen el sacrificio del inocente y satisfagan la vanidad del injusto. Clarisa fué despedida, y regresó al hogar paterno, donde sus elevadas miras y nobles sentimientos ofrecen vivo contraste con la bajeza de su padre y la mala conducta que su hermana observa. Obligada por la tristeza que de sus hijas se apoderara á partir del despido de la institutriz, y convencida de la inocencia de ésta, la Condesa la escribe pidiéndola perdón y suplicándola que



volviera á encargarse de la educación de sus niñas, á lo cual accedió Clarisa, regresando al punto á casa de los señores condes de Leinzeller.

Con motivo de haberse puesto gravemente enfermo uno de los niños, á quien Clarisa ha cuidado con abnegación y solicitud verdaderamente maternas, vuelve la Condesa á entrar en sospechas que dan ocasión á deplorables escenas, seguidas nuevamente de perdón de parte de la señora. Poco tiempo después, y con motivo de haber tomado estado la hija mayor de los Condes, la Condesa se va á pasar una temporada en Italia en casa de su yerno, no sin convenir en que durante su ausencia la institutriz, el Conde y sus demás hijos se vayan á Córcega á aguardar su regreso. Apenas instalados en aquella pintoresca isla, reciben los recién llegados varios periódicos, en los cuales leen que « un personaje vienés muy conocido, » perdidamente enamorado de la educatriz de sus hijos, se » ha escapado con ella á Córcega, lo cual ha obligado á la » abandonada esposa á entablar juicio de divorcio que ha » de dar lugar á interesantes revelaciones ». Clarisa, indignada y despavorida, huye á casa de su padre : el Conde corre en seguida á buscarla, asegurándola que su esposa es ajena á aquellos sueltos, y aun le ofrece llevarle una carta de aquélla atestiguando no haber nunca sospechado de la pureza y lealtad de Clarisa. En virtud de estos ofrecimientos, parte el Conde á Italia, y dos días después de su partida daban cuenta los periódicos de que el conde de Leinzeller había asesinado á su esposa, suicidándose luego el aristócrata asesino. Incoado proceso, Clarisa es libremente absuelta, marchándose á vivir con un joven filósofo que la ha convencido de las desdichas que el matrimonio trae consigo.

Este final ha sido acerbamente censurado y tachado

de ridículo por uno de los críticos de la última producción de Augusto Niemann, B. Petermann, que no deja de reconocer, sin embargo, que esta novela es la obra de un pensador, de un filósofo, y que abunda en reflexiones originales, humorísticas y con frecuencia profundas. Pero, á decir verdad, Niemann ha dado á su novela el final que la lógica hacía necesario. Las enseñanzas que en punto á la vida conyugal recibiera Clarisa en casa de los señores condes de Leinzeller no podían permitirle, como mujer de talento que era, atarse con un nudo que sólo podía desatar el puñal de un asesino, ni abrazar un estado que la sola imaginación podía convertir en antro de enconos y campo de horribles luchas.

Por lo demás, el argumento, en mi humilde sentir, ha sido tomado del ruidoso proceso incoado con motivo del asesinato de la duquesa Fanny Sebastiani, cometido por su esposo el duque Teobaldo de Praslin, á consecuencia de los celos en que aquella entrara respecto de la institutriz señorita Deluzy: asesinato que tanto conmovió la Francia de 1847. Esta falta de originalidad, no obstante, no perjudica, antes favorece á Niemann, que tan profunda y discretamente ha sabido estudiar las causas de aquel crimen en su doble relación con la vida social y el corazón humano.

\*\*\*

La *Revue de Belgique* de 15 de Julio último trae unas *Noticias bibliográficas*, en que el erudito escritor Emile de Laveleye da cuenta, entre otros, de un notable trabajo de M. Héctor Denis sobre la *Economía política*

*y la constitución progresiva de la sociología en el siglo XIX.* Laveleye estima este estudio como superior al famoso discurso en que el eminente sabio M. Ingram analizó por manera tan precisa como clara en el Congreso de Dublín los caracteres especiales de la nueva escuela económica. En dicha obra indaga M. Denis la manera cómo han influido los progresos de la biología en la ciencia social, al extremo de hacer creer que la sociedad es un verdadero organismo, donde las funciones económicas adquieren mayor importancia cada día, y demuestra cómo el conocimiento cada vez más profundo de la influencia ejercida por el estado económico sobre la vida espiritual de las sociedades, determina un esfuerzo creciente para subordinar la economía política á la moral; que esos estudios hacen concebir al estado económico como reformable y perfectible; y, finalmente, que la subordinación progresiva de la vida económica á la ley moral, á la justicia, es tanto más realizable, cuanto que el derecho mismo es actualmente concebido como una de las ramas de la sociología.

M. Denis hace notar también, y con suma perfección, los puntos de vista de las diferentes escuelas, viniendo á dar con ello un resumen, conciso y exacto de todo punto, de la historia de las doctrinas económicas. Laveleye, que acepta casi por entero las ideas de M. Denis, discrepa, sin embargo, de éste en cuanto él mismo aplaude á Comte, Spencer y Schaeffle, por haber aplicado los métodos biológicos al estudio de la sociedad considerada como un organismo; cosa que, según Laveleye, pone en contradicción á Denis con sus convicciones. Laveleye combate el afán de asimilar los fenómenos sociales dependientes de infinidad de voluntades libres á los naturales determinados por leyes fatales ineludibles, porque

esta confusión conduce necesariamente á las conclusiones de Malthus, Darwin, etc.

Equiparando los fenómenos sociales á los biológicos, se corre inminente riesgo de ser arrastrado, como Spencer, á querer que en el orden social triunfen las leyes naturales y necesarias del mundo material. Las ideas darwinianas y spencerianas conducen á esta conclusión: *la fuerza es el derecho*. Por último: M. Denis acaba por afirmar en su notable estudio que la economía política ortodoxa no reconoce, al fin de la jornada, otra justicia que la *negativa*, mientras que el socialismo de la cátedra se preocupa grandemente de la *positiva*. M. Denis se declara partidario de esta última escuela.

En sus *Noticias bibliográficas* da también cuenta M. Laveleye de la obra que, bajo el título de *M. Beer-naert y nuestras cuestiones monetarias*, ha dado á luz M. Frère-Orban, cuyo monometalismo combate. Refutando la opinión de M. Frère-Orban, que hace responsable al bimetalismo de las pérdidas que acaso resulten de la Unión latina, dice Laveleye: «El carro de la circulación rodaba desde el origen de la moneda sobre dos ruedas, de oro la una, de plata la otra. Mas no falta quien venga á romper una de estas dos ruedas, y el carro vuelca y se hace añicos. ¿De quién es la culpa de estos accidentes? ¿De aquel que ha construido el carro, ó del que ha roto una de sus ruedas?» La frase es ingeniosa y bella.

Ocúpase también M. de Laveleye, en la obra que, con el título de *Pensieri sulla politica italiana*, ha publicado el antiguo colega de Cavour y de los hombres más eminentes de la Italia contemporánea, Sr. Stefano Jacini. Según este sabio, las principales causas de la peligrosa situación en que se encuentra Italia, son: 1.<sup>a</sup> Los efectos

del régimen pseudo-parlamentario ó parlamentarismo ;  
 2.<sup>a</sup> La cuestión pontificia. Y 3.<sup>a</sup> La *megalomanía*. Siendo esta última parte la más notable del libro, paso á reproducir algunos de sus párrafos.

« *La megalomanía*, es decir, la manía de la gran política. Italia ha sido admitida como sexta gran potencia en un tapete verde donde se deciden los destinos de Europa. En mi sentir, ha sido esto una gran desgracia. ¡Cómol ¿no hubiera sido más dichosa si, á la manera que España tras sus montes pirenaicos, se hubiera concentrado detrás de los Alpes, sin ocuparse en otra cosa que en fomentar sus riquezas, en fertilizar sus provincias, en reducir sus gastos y en hacer la felicidad de sus poblaciones? En vez de esto, aspira á desempeñar un papel principal. Se ha enredado con Francia á propósito de Túnez ; ha enfriado sus relaciones con las demás potencias, porque no había obtenido nada en el tratado de Berlín, y, por último, para salir de su aislamiento, é impaciente desde que se mostrara tan hostil á Francia, hase refugiado en la triple alianza. Simultáneamente y por la más inconcebible de las contradicciones, se lanza á la aventura de Massouah, de suerte que, incurriendo en las faltas que cometiera Napoleón III en México, compromete sus tropas y su hacienda en el mar Rojo, en el mismo momento en que sobre los Alpes construye fuertes que le sirvan de defensa. Massouah no puede ser una colonia ; es un horno y una tumba. Ved la situación de los ingleses en Swakim y ahora mismo en Wadi-Halfa:

» Cuanto á la triple alianza, se ve bien lo que en ella Italia puede perder, mas no lo que pudiese ganar. Su pongámosla victoriosa de Francia y de Rusia, de cierto con Alemania y Austria ; olvidemos lo odioso que sería atacar sin razón al país que le ha dado la Lombar-

» día y permitido la formación de su unidad, y pregunte-  
» mos lo que le valdrá la victoria. ¿Un rincón del Tren-  
» tino? Es dudoso. ¿La Saboya, es decir, la anexión de una  
» provincia de lengua francesa, contrariamente al princi-  
» pio de las nacionalidades, que ella como base de su uni-  
» dad invoca? ¿La región tripolitana, es decir, la ocasión  
» de gastar de 30 á 40 millones anuales, como lo ha hecho  
» Francia en Argelia durante medio siglo, cuando las pro-  
» vincias de Nápoles y de Sicilia, tan pobres ya, se des-  
» pueblan y arruinan, y mientras la emigración le roba  
» anualmente más de 200,000 hombres válidos para el  
» trabajo?

» La triple alianza era una garantía de paz cuando  
» presentaba frente á la alianza eventual del Este y del  
» Oeste un conjunto de fuerzas absolutamente invencible;  
» pero desde que Francia y Rusia han completado su  
» reorganización militar, esta seguridad de paz ha desapa-  
» recido. Todo está á merced de un incidente, y, en caso  
» de conflicto, la unidad de Italia podría estar comprome-  
» tida, y acaso fuesen restauradas las antiguas dinastías.»

Tal es, á mi juicio, lo más interesante que las últimas  
Revistas ofrecen.

JUAN SALAS ANTÓN.



## LIBROS EXTRANJEROS

# SOBRE COSAS DE ESPAÑA

PUBLICADOS EN 1888 Y 1889 (1).

POR fortuna, ya no se escribe en Francia *à tort* y *à travers* sobre cosas españolas, como antes sucedía. Cuando menos, ha muerto ó está para morir muy pronto aquella literatura tan superficial, y á veces tan ridícula, de viajes humorísticos ó de ensayos históricos, en que un falso color local tenía que suplir á la casi total ignorancia de los hechos, de las costumbres y hasta del mismo país. Ya no tragamos la España fantástica que fué de moda aquí en otros tiempos; y al que se atreve á escribir sobre lo que ocurre ó ha ocurrido en el vecino Reino, le exigimos hoy más estudio y mayor formalidad.

Esto no quiere decir que todo cuanto sale de la fra-

(1) Nuestros lectores tendrán, de seguro, en la estimación que se merecen los trabajos del erudito y concienzudo hispanófilo Alfredo Morel-Fatio, digno representante de aquel apellido, que llevaron artistas y sabios como Antonio León Morel-Fatio, el popularísimo pintor; Arnoldo, el insigne numismático, y Francisco Esteban, el sociólogo.

Alfredo Morel-Fatio no es un hispanófilo por capricho ó curiosidad del momento: su vida entera se desliza consagrada á desentrañar documentos y dilucidar puntos oscuros de nuestras letras y de nuestra historia. Habla el español con suma perfección, y lo escribe como pueden ver nuestros lectores, pues el artículo que tenemos el gusto de insertar no ha sido traducido, sino redactado en nuestra lengua por el autor mismo. — (N. de la D.)

gua editorial de París ó de las provincias sea bueno; todavía en nuestra *literatura española* sobra lo mediano y no deja de abundar lo malo. Pero se nota un progreso grande, y de algunos años á esta parte hemos conseguido dar al público un conjunto ya bastante crecido de obras dedicadas á literatura, historia ó arte peninsular, que no desdicen de las mejores publicadas sobre otros asuntos por nuestra nueva escuela histórica. Como muestra de este indispensable desagravio, basta citar el libro de E. Mérimée, — un pariente del famoso Próspero, — primero en que se estudió detenidamente y bajo todos sus aspectos la gigantesca figura de Quevedo (1). Al autor, que es catedrático de la Universidad de Tolosa, no le escaseó merecidos elogios el primer quevedista de España, el que en más íntima comunión intelectual ha vivido con el gran D. Francisco — hasta el punto de robarle algunos secretos de su ingenio y de su estilo: — he nombrado al doctísimo D. Aureliano Fernández-Guerra, una de las glorias más puras de la España contemporánea.

De los libros publicados en este mismo año y en el próximo pasado — á ellos tengo que ceñirme en esta reseña, — se nos ofrece en primer lugar el del Sr. G. Desdèves du Dezert, *D. Carlos d' Aragon, prince de Viane, étude sur l'Espagne du nord au XV<sup>e</sup> siècle* (2). Asunto bien escogido y muy interesante por cierto era la historia del desdichado príncipe navarro-aragonés, cuya muerte, tan llorada por los siempre descontentadizos catalanes, — ¡que me perdonen los amigos de Barcelona! — fué al mismo tiempo la de un Estado que había resurgido

(1) *Essai sur la vie et les œuvres de Francisco de Quevedo*: Paris, Picard, 1886, in 8.º

(2) Paris, Colin, 1889, in 8.º

floreciente y fuerte, y que desde entonces, perdida su independencia, arrastra una vida lánguida hasta que lo restaura en la definitiva unidad española D. Fernando el Católico. Por desgracia, no supo el Sr. Desdévise du Dezert alcanzar la meta que se había propuesto. Catedrático de historia en el Liceo de Caen, pero poco enterado del buen método histórico, no consiguió escribir ni un libro erudito y *documentado*, como ahora se dice, ni tampoco una obra amena. Se ve á las claras que el tal libro costó á su autor mucho trabajo, y por los numerosos extractos de documentos del archivo de Pamplona que llenan sus páginas,—aunque tomadas las más del índice de Liciniano Sáez,—se convence uno de que no faltó paciencia, y que en efecto fué preciso revolver mucho papelote. Pero, con tantas especies sueltas, no siempre bien escogidas y depuradas, hizo una mera compilación, que no llega ni con mucho á ser lo que puede llamarse una obra de verdad. Adolece además la tal historia de otros defectos de mayor cuantía. Poco versado en la historia general y primitiva de España, acoge opiniones muy controvertidas, especialmente en la cuestión bascongada ó éuskara, y las presenta como irrefutables; y—lo que es todavía peor, puesto que descubre la carencia de juicio crítico—utiliza para comprobar hechos del siglo xv autores de muy distintas épocas, atribuyendo á lo que cuentan el mismo valor y la misma autoridad. Cita á Dom (*sic*) Moret y á Quintana como si fuesen testigos contemporáneos, y mezcla las patrañas de cualquier historiador de los siglos pasados con los documentos auténticos de los archivos, sin cuidarse para nada del efecto deplorable que semejante ensalada tiene que producir á la fuerza en el lector ménos cauto. Tampoco se puede alabar la parte literaria del libro, la que está dedicada al príncipe de Via-

na como escritor y bibliófilo. Al reseñar los libros que componían la hermosa librería de D. Carlos de Aragón, deja entrever el autor que le es muy ajeno el conocimiento de la literatura, no sólo castellana y catalana, pero también francesa y latina de la Edad Media. De modo que el *Estudio* del Sr. Desdevises resulta algo menos que mediano. No será inútil, no ; porque del cúmulo de noticias allí reunidas, siempre se podrá sacar algún provecho, y tal vez se encontrará algún día quien sepa disponerlas mejor, ilustrarlas y escribir la verdadera historia de tan importante episodio de la vida política del Norte de España. Entonces se le concederá al Sr. Desdevises el mérito de haber derramado alguna luz sobre la personalidad del pobre Príncipe, muy olvidado hoy, á pesar de haber sido poco después de su muerte venerado como santo. Pero en los tiempos que corren no basta algún olorcillo de santidad para hacer papel en la memoria de los humanos ; lo que se pide es éxito.

Enviado á España por el Gobierno de la República para buscar en los archivos cartas de Mad. de Maintenon, el Sr. Alfred Baudrillart (como suele acontecer en casos análogos); no encontró lo que buscaba, y sí encontró muchas cosas diversas de no menor interés para él, ya que algún día le permitirán escribir de un modo verdaderamente científico, si cabe decirlo así, la historia de Felipe V, sobre todo la parte del reinado de este Monarca que se relaciona más íntimamente con la historia de Francia. Por lo visto, es decir, por la publicación del señor Baudrillart que tenemos entre manos y que se intitula *Une mission en Espagne aux archives d' Alcalá de Henares et de Simancas* (1), puedo asegurar que nadie mejor

(1) París, Leroux, 1889, in 8.º Tirada aparte del tomo xiv, serie 3.ª, de los *Archives des missions*.

que él, cuando haya terminado sus estudios preliminares, podrá dar cima á obra tan importante, que tanto se echa de menos en la literatura histórica. Muy curiosos son los extractos que nos da á conocer en su Memoria, tomados de los múltiples documentos que registró en Alcalá y Simancas. Del primero de estos archivos, que por sus buenas condiciones materiales y su situación tan próxima á Madrid, deberían aprovechar mucho más de lo que lo aprovechan los eruditos españoles, sacó el señor Baudrillart innumerables cartas de Luis XIV, de Felipe V, de sus hijos, de varios príncipes de la Casa Real de Francia y de grandes de España, á cual más notables é interesantes: todo dispuesto con orden excelente y minuciosa exactitud, que es lo que debe exigirse antes que todo en trabajos de tal índole. Con gusto hemos leído en esta Memoria que las cartas de Carlos III á su madre Isabel Farnesio, «tan íntimas que nunca será posible publicarlas »íntegras», han sido copiadas por encargo del Sr. Danvila, quien piensa utilizarlas en la historia de aquel Monarca que trae entre manos ahora. ¡Ojalá se publique y nos dé pronto á conocer el autor del *Poder civil en España* la historia íntima de los hijos de Felipe V y la de su mujer Doña Isabel, «madre más terrible todavía que esposa», dice el Sr. Baudrillart, «porque no hay manera de ponderar lo que exigía de sus hijos y lo que éstos tenían que »confesarle». Antes de concluir con el Sr. Baudrillart, no debo pasar en silencio las alabanzas que prodiga á la organización actual del archivo de Alcalá, á su docto director y á los individuos del cuerpo de archiveros que le ayudaron en sus investigaciones.

Libro de mayor alcance es el del Sr. A. Legrelle, *La diplomatie française et la succession d'Espagne* (1), La

(1) Paris, Pichon, 1888, in 8.º

obra, que alcanzará hasta el año de 1715, tendrá cuatro tomos; ha salido ya el primero, que se ocupa del primer tratado de reparto de la Monarquía española, y describe la situación política de Europa y las negociaciones diplomáticas de 1659 hasta 1697. Después de varios historiadores más ó menos célebres, se atreve otra vez el Sr. Legrelle á penetrar en un terreno donde muchos han tropezado y volverán á tropezar sin duda alguna. Lo que distingue y eleva al Sr. Legrelle por cima de sus predecesores (de Mignet, por ejemplo), es una preparación muy completa, un conocimiento que no es frecuente, pero en este caso no es indispensable, de los principales idiomas de Europa. Además, trabaja con conciencia suma, y nunca se deja ir á jurar *in verba magistri*, por ilustre que sea el maestro. En cuanto á la parte española de tan complicado asunto, sabe más el Sr. Legrelle que los otros historiadores franceses ó alemanes; pero no sabe bastante todavía, y no se comprende cómo hombre tan bien informado no aprovechó documentos españoles ya publicados, verbigracia, las preciosísimas cartas del duque de Montalto (tomo LXXIX de los *Documentos inéditos para la historia de España*), y ciertas memorias contemporáneas impresas en el tomo XIV del *Semanario erudito*. En cambio, es preciso confesar que los despachos de los embajadores de Luis XIV en la corte de Carlos II, que extractó el Sr. Legrelle, compensan en cierto modo este descuido; y, en efecto, esta fuente, abierta desde hace algunos años no más á los eruditos, es de tan extraordinaria riqueza y valor, que se puede decir que todo cuanto se escribió sin este auxilio necesita revisión y corrección. Entre otras *novedades* que nos descubre el Sr. Legrelle, indicaré una á título de curiosidad tan sólo: es la fórmula del juramento que mandó Luis XIV á su embajador

en España el conde de Rebenac por los años de 1688, es decir, antes de la muerte de María Luisa, fórmula que tenían que firmar los partidarios de la Casa de Borbón:

*Le soussigné reconnait que Mgr. le Dauphin de France est le légitime héritier des couronnes d'Espagne, et qu'en cette qualité je promet de lui être fidèle, et de lui obéir envers et contre tous.*

Era hombre cauto y precavido Luis XIV. Por el primer tomo, publicado ya, se puede juzgar que la obra del Sr. Legrelle revestirá gran importancia, y hará olvidar muchas de las ya conocidas sobre el mismo asunto. Si el estilo, un poco pesado y á veces amanerado, no perjudicase á su fondo realmente sólido, ningún reparo notable tendríamos que poner á esta nueva historia de la *Succession espagnole*.

Basta ya de libros franceses. De Inglaterra hace años que no nos llega cosa mayor. Parece que el *high life* bibliófilo no prefiere, como en otros tiempos, los libros españoles—aunque no sea más que para ponerles buenas encuadernaciones—y que también faltan lectores para los *Essays* que *podrían* escribirse. Stirling, con su *Antwerp delivered in 1577* y su *Life of Don John of Austria*, magníficos libros, fué el último de los grandes hispanófilos ingleses. ¿Volverá á revivir la casta? Creo que sí, porque influye mucho la moda en las aficiones literarias ó artísticas de los ingleses. El día menos pensado será España de mejor tono y figurará más que ahora en la *season*. Si, por ejemplo, llegan á Londres á buen tiempo los toreros y las gitanas de la Exposición, y *hacen furor* allí como aquí, puede ser que la vista de las monteras y de los bailes andaluces despierte en aquel país tan *comm' il faut* nueva afición hacia las cosas de España. Sin embargo, y á pesar de este olvido momentáneo,

algo hay que reseñar acabado de salir del horno, y algo que reúne verdadero mérito.

El año pasado nos sorprendió el Sr. Maccoll, director de la célebre revista *The Athenaeum*, con la publicación de cuatro comedias de Calderón, y no traducidas al inglés, como era de suponer, sino en castellano castizo con notas inglesas (1). No sé si tendrá éxito esta empresa, que juzgo un poco aventurada; pero comprendo la idea del Sr. Maccoll, y pienso que tiene muchísima razón. Nunca bastan las traducciones, ni siquiera las mejores, para que se entienda bien á un poeta, y si verdaderamente gustan los ingleses de las comedias de Calderón, por fuerza han de aprender el castellano, al menos lo suficiente para conseguir leer con cierta facilidad y con ayuda de notas el texto original del poeta. Del comentario del Sr. Maccoll á las cuatro comedias de Calderón, que son *El Príncipe constante*, *La vida es sueño*, *El alcalde de Zalamea* y *El escondido y la tapada*, se puede decir mucho bueno, y lo dije ya en un artículo del *Athenaeum* de 22 de Septiembre de 1888. Menos gramaticales que las del alemán Kzenkel, otro editor de comedias escogidas de Calderón, las notas del Sr. Maccoll revelan más conocimiento de la historia de España y de las costumbres españolas. Se ve que el que las compuso es un aficionado inteligente é instruido, no un dómine. De todos modos, demos la enhorabuena al Sr. Maccoll por su valerosa y atrevida publicación; ojalá que prospere y, si me es lícito decirlo, que tenga imitadores, no sólo en el extranjero, pero en España, donde todavía hacen mucha falta buenas ediciones de los clásicos como las que de sus grandes escritores poseen todas las naciones cultas.

(1) *Select plays of Calderon*: London, Macmillan and Co., 1888, in 12.º

Sigue Alemania ocupándose de literatura española, sobre todo de Calderón, que allí tiene más nombre y fama que en cualquier parte del mundo, por motivos especiales que no es del caso examinar. De vez en cuando sale de las universidades ó de los colegios algún trabajo más ó menos extenso dedicado al poeta predilecto de los alemanes. El último publicado, obra del Sr. Engelbert Günthner, catedrático en Rottweil, es bibliográfico, biográfico y analítico (1). Después de la vida del poeta, según los últimos trabajos españoles, el de Picatoste sobre todo, sigue un análisis de las comedias y de los autos. Fuera de Alemania no pienso que tenga muchos lectores el libro del Sr. Günthner, porque no trae nada nuevo; pero es obra que no puede faltar en ninguna biblioteca española bien surtida. Tiene la ventaja de contener una bibliografía calderoniana bastante extensa, y ofrece— además de un correcto resumen del libro de Picatoste, el cual, ya se sabe, cuesta algunos realitos,—la breve descripción analítica de los autos sacramentales, que es de verdadera utilidad para los que quieran profundizar esta enmarañada teología.

En materia de historia ha visto la luz el año pasado una Memoria del Sr. Konrad Haebler sobre el estado floreciente de la agricultura, del comercio y de la industria española en el siglo xvi (2), compilación muy meritoria, pero que, á pesar de ser dedicada al conocido bibliófilo marqués de la Fuensanta del Valle, y de llevar copiosas notas y apéndices, no nos descubre muchas novedades que no se encuentren ya en las obras de economistas como

(1) *Calderon und Seine Werke*: Freiburg im Breisgau, 1888, 2 tomos in 12.º

(2) *Die wirtschaftliche Blüte Spanniens im 16. Jahrhundert*: Berlín, 1888, in 8.º

D. Manuel Colmeiro ó Gounon-Loubens. Por cierto que no cita nunca el Sr. Haebler el libro tan estimable del último de estos autores, *Essai sur l'administration de la Castille au XVI<sup>e</sup> siècle*, París, 1860), donde se habían ya elucidado varios puntos que discute el escritor alemán.

De mala gana me decido á hablar de la *Historia de Carlos V*, del Sr. H. Baumgarten, cuyo tercer tomo, ó, mejor dicho, la segunda parte del tomo II, que llega hasta el año de 1530, se publicó también el año pasado (1). No sé lo que me pasa con este libro. Está bien estudiado, y por persona muy competente y de sano juicio; además, está mejor escrito que muchos libros alemanes que á cada rato tengo que leer por mis pecados y para mi... instrucción. Y, sin embargo, le encuentro fastidioso, se me cae de las manos, y con verdadero placer vuelvo al antiguo de Sandoval, que no es obra maestra, como saben los inteligentes. Tan desagradable impresión es injusta, lo confieso, y por lo mismo suplico á los lectores de esta reseña, —si tiene alguno,— que no hagan caso de mi juicio; mejor será que compren y lean el libro, y ellos mismos lo juzguen.

ALFRED MOREL-FATIO,

C. de la Española de la Lengua.

PARÍS, 5 de Agosto de 1889.

(1) *Geschichte Karls V*: Berlín, 1885-1888, dos tomos en 8.º

## CARTAS SOBRE LA EXPOSICIÓN

---

### II.

*Sr. Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

**H**E prometido hablar de la parte industrial de la Exposición francesa, y la verdad es que me he metido en camisa de once varas. Los juicios serios acerca de industria han de ser comparativos. ¿Adelantó mucho la maquinaria inglesa, pongo por caso, desde los últimos certámenes? La cerámica y la cristalería inglesas, ¿se presentan con más lucimiento hoy que ayer? ¿Se advierte progreso en la ebanistería española? Y por el estilo, bien puede formularse un millón de preguntas, á las cuales yo no sé contestar, ni me incumbe. Por lo cual esta carta tiene que resultar deficientísima, no reflejando sino la impresión irreflexiva y puramente estética de quien no ve en la industria otro atractivo que servir de pretexto á las aplicaciones del arte.

En este particular, yo creo que adelanta nuestro siglo, y—aunque dañado por una anarquía y un espíritu ecléctico que le lleva á armar cada pisto de dos mil diablos con lo japonés y lo etrusco y lo rococó, y lo gótico y lo rena-

ciente, todo revuelto,—no puede negarse que el gusto actual en muebles y utensilios domésticos, y hasta en indumentaria, mejora notablemente y cunde entre todas las clases de la sociedad. Bien lo prueba lo rebuscadas que andan hoy las antiguallas artísticas, las telas, porcelanas, tapicerías y esculturas, tan desdeñadas hace medio siglo, que sólo algunos curiosos inteligentes comprendían su valor y las compraban por un pedazo de pan. Apenas se entra en una casa, por más modestos que sean sus dueños, se echa de ver la especie de infusión artística que se verifica en la sociedad de años á esta parte. El vargueño, el cuadro, el cacharro, el esmalte, la pieza de argentería de curiosa labor, objetos ayer arrumbados, ocupan sitio preferente, y se enseñan con satisfacción y orgullo, y hasta se imitan y reproducen en muebles nuevos. De aquí tiene que resultar, y resulta, mayor inteligencia y arte en los fabricantes y trabajadores, más refinamiento y exigencia delicada en los consumidores, y un progreso general muy efectivo, aunque lento y casi insensible en las naciones atrasadas.

Tomemos por ejemplo la cerámica. La afición á los cacharros bonitos y á los muñequitos bien hechos, es tal vez la que más se ha propagado en España, y sobre todo entre las señoras. No sólo los comedores, sino las salas de recibir, los despachos y gabinetes, se adornan con platos colgados, y ya en vez del clásico cucurucho de dulces, ó de la caja de plegado raso, se regalan cacharros en bodas y bautizos. Pues bien,—y aquí entra lo del atraso:—en España, donde tenemos tradiciones gloriosísimas de cerámica, y debiéramos bastarnos á nosotros mismos, nos hemos dejado invadir por la vulgar porcelana francesa, ó por lo más tosco y antipático de la loza inglesa. En tal decadencia y abandono se encuentra esta industria emin-

temente artística, que nuestra fábrica de la Moncloa no ha remitido á la Exposición ni una sola muestra de sus labores, por no creerse en condiciones para ello. La loza española, con su ingenuidad encantadora de dibujo y su caprichosa energía de colorido, con su sabor árabe ó barroco, no aparece en el certamen de París; el azulejo, la decoración por excelencia de los países cálidos, con la armoniosa tonalidad de sus esmaltes vítreos y la oriental riqueza de sus dibujos, no figura en el Campo de Marte. Allí puede el curioso adquirir jarrones persas, botijos indios y maravillosas porcelanas de Vegdwood; pero no un cacharro de loza estanífera que le recuerde con sus cambiantes reflejos y sus extraños pajarracos la tierra del sol y las antiguas glorias de la alfarería ibérica.

Digo mal. La alfarería ibérica está representada, y no sin algún lucimiento, por las lozas y mayólicas de Portugal: Este pequeño reino, sediento de adelanto y deseoso de cultivar lo que le caracteriza como nación, no descuida la cerámica, y alienta y ensalza todas las tentativas (más ó menos felices) de creación de un arte cerámico portugués, más apegado á la tradición de Lucas de la Robia y Bernardo de Palissy que á la cacharrería moderna. El defecto de la cerámica portuguesa que se exhibe en París es el que ya tuve ocasión de notar cuando hace un año visité en Caldas da Rainha la fábrica de Bordalho Piñeiro: una exageración de modelado que raya en grutesca; una densidad del color que quita toda finura á la pasta, y una fragilidad suma, de la cual resulta una inutilidad casi completa. Porque, en efecto, si un vaso ó fuente no resiste el pase del plumero ó el roce del fino cepillito empapado en agua y jabón, ¿cabe utilizarle como elemento decorativo? Prescindamos ya de que no pueda dedicarse á fines útiles; mas ni aun para recreo de la vista sirve un objeto

tan rompedizo, máxime cuando la exquisita delicadeza no excusa la fragilidad. La solidez es también elemento estético, y una de las grandes condiciones del azulejo decorativo es su resistencia y la facilidad de asearlo. De ahí procede en parte la sensación de frescura y reposo que causan los grandes frisos de azulejo en las iglesias y palacios de Portugal. Entrar en una sala vestida de azulejos, es casi como entrar en un baño. No diré que las modernas lozas portuguesas sean despreciables; sí que pecan de quebradizas, inútiles y recargadas. El que lo dude, pase de la sección portuguesa á la inglesa, y se convencerá.

Verdad que la cerámica inglesa no tiene rival en el mundo. Al penetrar en la sección destinada á la loza y cristal ingleses, se experimenta la impresión del que desde la calle, el zaguán ó la antesala, entra en el rico salón, amueblado con severo lujo, con pulcritud aristocrática. De la cristalería inglesa bien puede decirse sin hipérbole que centellea como el diamante, que es transparente como el más puro trozo de hielo, y que las manos finas de las hadas modelaron sus gráciles formas. Y al mismo tiempo se ve que las sutiles copas y las aéreas botellas son *útiles*, llenan su fin propio, sirven para beber y para contener la bebida, y se prestan á aquel aseo riguroso que es la mejor salsa de un banquete para las personas cultas y rectamente sibaritas. Esto de la utilidad, unida á la señorial distinción, es distintivo de las lozas y cristales expuestos por la Gran Bretaña. No se ven allí objetos de primera inutilidad, de esos que aquí compramos ó compra la gente sencilla, «para finezas», como si el toque del obsequio consistiese en regalar un embeleco estorbo; cada pieza tiene su aplicación positiva, ingeniosísima, que añade un deleite más á las comodidades del *home* y

de la mesa. Como muestra de esta armonía entre el elemento estético y el práctico, citaré un cacharro que adquirí en la instalación de Daniell, para recogerlo en Septiembre. Es una fuente de servir fresas. Sobre una concha de porcelana, que muestra la apetitosa blancura de la leche, corre una guirnalda de fresas pintadas con sorprendente verdad y guarnecidas de su gracioso follaje. La concha tiene un resalte, en el cual descansan dos primoras vasijas decoradas con fresas sueltas y destinadas á contener el azúcar cernido y la nata. Otro servicio análogo, pero mucho más caro y lujoso, no presenta sólo el fruto de la fresa, sino la planta del fresal en flor, tan de realce y tan bien ejecutada, que parece que ha de despedir aroma si nos ocurre olfatearla. Y pregunto yo: ¿habrá persona tan obtusa que encuentre el mismo paladar á unas fresas servidas en tosco frutero que á otras ofrecidas en estos deliciosos recipientes?

Cuanto se diga en elogio de la cerámica inglesa será inferior á su mérito. Verdad que cuesta mucho, é indica que sólo un pueblo opulento y amigo de embellecer el hogar pudo llevar á tal grado de perfección la vajilla y los utensilios domésticos. Además, supongo que los criados ingleses no romperán tanto como los de España, donde la casa más modesta, al cabo de seis meses, podría alzar un monte Testaccio con los cascos y los añicos de vidrio y loza. Si los Gedcones de allende la Mancha se dan tanto arte para romper las preciosidades que he visto en la sección inglesa, se necesita un potosí para remediar los desperfectos. La copa de cristal más sencilla cuesta de catorce reales á un duro: el plato más gazmoño, más inocente, sin otro adorno que unos cándidos *no me olvides*, puede cotizarse de media libra á dos libras. Yo temblaba viendo á mis hijos corretear con su habitual é in-

coercible viveza, entre una fuente tasada en dos mil duros y un jarrón que valía mil libras justas. ¡Santo Dios, si aciertan á resbalar y caerse! Me quedo en París embargada por los ingleses, en realidad de nación y en metáfora de acreedores.

Tratándose de porcelanas, claro está que no han de quedarse en el tintero las secciones china y japonesa. En el pabellón chino, construido precipitadamente y á última hora, no figuran más que quince expositores, en su mayoría ricos negociantes de Cantón. En opinión de la prensa francesa, el pabellón chino ofrece deslumbrador aspecto; para nosotros los españoles, hay en él algo de conocido y familiar dentro del exotismo. Las cosas chinas (las japonesas no) son esos chirimbolos que nosotros llamamos *filipinos*, y que huelen á capitán de barco y á familia mesocrática. En España, el rico pañolón dibujado por Ayún ó Senquá, los abanicos multicolores con macaquitos de faz de marfil y ropaje de seda, las cajas oblongas de sándalo minuciosamente esculpido, los juegos de café, en cuya pintura dominan el rosa y el verde pálido, los mueblecillos de laca, con flores de nácar de colorines, son objetos que las primeras veces habrán gustado por la rareza, pero que ya se consideran un tanto *cursis*. He notado en el pabellón chino que todos los vendedores saben su poco de español; verdad que lo hablan con graciosa y disparatada libertad, á lo negrito: «Señora, compa mi tasa bonita.... Señora, mira, yo no engaña, presio barato.... Señora, te no encuentra París tanto rico....; de Suchong camina derecho; huele mucho bueno: do franco.... »

¡Ah! Lo que es el Japón (al menos para ojos españoles), es otra cosa, otra cosa bien distinta, tan distinguida, refinada y aristocrática, como es vulgar lo chino. El

propio edificio donde expone sus productos el Imperio del Levante, se puede llamar una monería. Está construido con materiales japoneses, y antiguos, de tres siglos de fecha, y por obreros japoneses: tiene una puerta de madera esculpida admirable: dentro, todo es igualmente delicado; creación de un pueblo que posee, en mayor grado tal vez que otro alguno, el instinto de aplicar el arte á las necesidades más ínfimas de la vida. Las porcelanas de Satsuma, con su inimitable armonía de colorido; los bronces repujados, incrustados y nielados de oro, con una riqueza de inventiva que debieran imitar nuestros amanerados dibujantes de Eibar y Toledo; los vasos tabicados (*cloisonnés*), los grieteados (*craquelés*), las esculturas, llenas de realismo y de imitación de la naturaleza, ejecutadas en marfil y madera oscura; los cuadros pintados mitad á la acuarela y mitad á la aguja; las armas, los dragones ó quimeras, los ingeniosos juguetes, los farolillos, los bebés ó muñecos llorones..., todo en la sección japonesa ofrece un sello de elegancia, que es más fácil notarlo que especificar en qué consiste y por qué carecen de él ciertas naciones, verbigracia, Italia y China, mientras otras, como Inglaterra y el Japón, lo ostentan marcadísimo.

El mobiliario es de las industrias más ínfimas y que con mayor elocuencia expresan las costumbres de un pueblo. Los Estados Unidos exponen muebles sólidos, prácticos, lisos, feos, para decirlo pronto: y á no ser por el gran jarrón de plata maciza que vale veinticinco mil duros y que mueble decorativo es al fin y al cabo, la sección industrial de Norte-América sería de lo más sencillo que encierra la Exposición. El cristal y las porcelanas yankees, si ofrecen la seriedad y la magnificencia inglesas, se quedan muy atrás en variedad y gusto. Los muebles in-

gleses reúnen utilidad y riqueza artística: el fino azulejo británico, las ricas tallas del Renacimiento, las maderas empleadas hábilmente, bien elegidas, el dorado sobrio, el adorno oportuno, hacen de los aparadores, mesas y armarios ingleses otras tantas piezas maestras. No se concibe el apuro, la trampa, ni la escasez en ningún terreno, en casa donde existen muebles tan correctos y respetables. Infunden ese sentimiento que nace del espectáculo del desahogo en la posición y del orden y amplitud en la vida, sentimiento que, sin ser la estimación moral, se le parece mucho: la consideración. ¡Oh cuán elocuentes son los muebles de la sección inglesa, y también sus vidrios y sus lozas!

No se distingue España por su exhibición industrial. Caldos, aceites, chocolates, pasas, naranjas, almendras, tabacos...; en eso sí nos llevamos la palma, y nadie me convencerá á mí de que los vinos australianos puedan hombrearse con el Jeréz, néctar destilado con fuego del cielo de pétalos de azahar. Pero esto no es industria: lo brinda la pródiga naturaleza, lo regalan el sol, el aire y la rutina laboriosa de una raza agrícola por excelencia. Y, sin embargo, la Exposición de Barcelona pudo haber fomentado en nosotros la esperanza de hacer brillantísima figura en el Certamen parisiense. De la que realmente hacemos en el terreno artístico industrial, único á que voy refiriéndome, prefiero no hablar mucho: con verlo basta.

Si el cetro del mobiliario no corresponde á Francia, es que me engañan á mí los ojos y la afición á lo delicado, nuevo y bonito, tan natural en la mujer. El arte industrial francés propende á sacrificar la solidez á la ornamentación, lo grandioso á lo lindo: por eso su triunfo son los muebles Luis XV, la galante afeminación de los colores

suaves y las doradas molduras, la línea muelle y curva de los sofás y de las *bergères*, la gracia ondulosa de la cornucopia-espejo y el indescriptible encanto del floreado y rameado de las sedas. En una palabra: el francés idea y desempeña mejor el mueble de tela que el mueble de talla, el imponente mueble que tan bien se adapta al genio de las razas del Norte. Hay en la Exposición una alcoba blanco y oro que embelesa á todas las muchachas. Nido de plumón de cisne ó de pluma de paloma, parece que está pidiendo el avecilla inocente, de fisonomía á lo Greuze, digna de habitar tan poética jaula. La cual sólo costará unos diez ó doce mil duros: bagatela.

En porcelanas y tapicerías, los franceses descuellan desde hace muchos años. Hoy han aplicado todo su conato á sorprender é imitar los procedimientos de la cerámica china y japonesa, robándole el secreto de sus esmaltes y pastas. Las pruebas de su importante adquisición se encuentran en el Campo de Marte, patentes á quien desee estudiarlas. Hay una riqueza de color sorprendente en este nuevo producto llamado *porcelana dura*. En el mosaico han adelantado también, deseosos de competir con Italia. Y en su estilo propio, el género Sèvres, exponen jarrones y servicios capaces de tentar á la persona más económica. No es el Sèvres mi estilo predilecto: sin embargo, ejecutado con tal perfección, me atrae.

Expone también Francia la luna de espejo más grande que nunca se ha fabricado en el mundo. ¿No tiene mucho de simbólico? El dominio de Francia sobre Europa, del espejo nace y procede. La coquetería y la moda son las armas mejor templadas y más agudas de que Francia hace uso. Si adoptase nuevo blasón, en vez del gallo, debería poner el pavo real, y por tenantes un espejillo y una caja de velutina.

Industria menos frívola, y hasta con un barniz histórico y medio eval que la ennoblece mucho, es la tapicería nacional francesa, los Gobelinos. Más que industria, puede considerarse arte, al menos en sus resultados: En realidad, un hermoso tapiz agrada á la vista y decora la habitación tan regiamente como una obra maestra pictórica. Su coste impide que se vulgaricen, y su carácter es siempre nobiliario, grave y majestuoso. Una fábrica de tapices como los Gobelinos honra á una nación.

Ninguna de las europeas presenta tapices decorativos tan grandiosos como los destinados á adornar, después de cerrada la Exposición, el palacio del Elíseo, haciendo compañía á muchos y muy soberbios que la morada presidencial encierra.

De los tejidos de seda y los encajes franceses también puede afirmarse que son de primer orden. ¿Quién le disputa la palma á Lyon en sederías? Así los riquísimos terciopelos brochados ó labrados para muebles, como los géneros llamados á barrer el piso de las salas de baile vistiendo á las damas, son un prodigio de dibujo y una magia de colorido. Hay una tela,—fondo de raso azul pálido, sobre la cual se confunden rosas te, medio deshojadas ó entreabiertas, y ramas de lila blanca sembradas como á capricho,— que, más que tela, es un verdadero cuadro de flores, una obra de arte, por consiguiente. Hay otra—fondo de oro oscuro y mate, como si lo hubiese tostado y amortiguado el uso, sobre la cual se destacan pensamientos de tamaño y color natural, de variados matices, de aterciopeladas hojas, con su follaje,— que me tuvo diez minutos en contemplación: y nótese que diez minutos de contemplación en París son palabras mayores, porque siempre se anda de prisa. Vestirse con semejantes telas sería ardua empresa, á menos que las mane-

je y corte la tijera de un gran artista en indumentaria femenil: son telas que eclipsan á la mujer que las usa; atraen demasiado la vista; la entretienen con exceso, y dañan al conjunto. Colgadas en el escaparate, adquieren su verdadero interés, su importancia artística, que es real. Nada quiero decir de los bordados, ni de las primorosas cintas y flores artificiales, pajaritos y plumas. De los encajes sí: no merece llamarse mujer la que pasa insensible ante las instalaciones de Chantilly y Alençon.

En virtud de una curiosa analogía, puede notarse que los mejores encajes reproducen casi siempre estilos arquitectónicos propios de la tierra en que se fabrican: las delicadas mallas del hilo compiten con la dura piedra. Esta regla es aplicable al encaje inglés, al de Brujas, al guipur, al Venecia. El Alençon, rey de los encajes, dulcemente moreno, cual si el sol oriental le hubiese acariciado mucho, ostenta en su diseño la complicada riqueza de las cresterías entre moriscas y góticas del punto de Venecia, del cual procede. La energía y realce de su dibujo proviene de que cada línea de hilo sutilísimo encubre un alambre tan fino como el más delgado cabello, alambre que no quita nada de su flexibilidad al encaje, ni se puede admitir su existencia sino aguzando mucho la vista y el tacto. El Alençon es carísimo: en la Exposición hay pañuelos, guarniciones y velos nupciales, que valen una millonada de francos; y sólo en las novelas de Eugenio Sue andan por las ventanas «cortinas dobles» de este encaje reservado al adorno de las damas más antojadizas, pudientes y gastadoras.

La sección belga no se queda atrás en esto de randas: Malinas disputa á Alençon la primacía. El Bruselas, que está más al alcance de todas las fortunas, agota la variedad de sus motivos y temas, antes floridos que ar-

quitectónicos. Cuando no alcanza á expresar bien las curvas virginales de una azucena ó la frescura de una rosa, acude á otros géneros, y mezcla una flor de punto de aguja ó de Venecia, que se destaca con brío sobre el fondo algo desleído del Bruselas. El que quiera ver cómo se realizan tales maravillas, no necesita sino entrar en un pabelloncito donde las encajeras trabajan, manejando con increíble destreza sus palillitos menudos, clavando y desclavando alfileres microscópicos, dedicando una mañana á hacer brotar de sus prolongadas agujas el pétalo de un lirio ó el remate de una estrella.

Descuella en la sección de Italia, —al menos para mí, que voy prescindiendo de las industrias meramente *útiles*,—el vidrio veneciano. Es una industria histórica, que no se transforma, pues está repitiendo eternamente los mismo tipos; pero que como nació tan seductora, no ha menester remozarse. Siempre los mismos espejos, que parecen rodeados de estalactitas de nieve y de flores fantásticas, teñidas con el gualda, rosicler y azur de los cielos al amanecer. Siempre las mismas copas y ánforas tornasoladas, que conservan en apariencia la huella del pulpejo que las modeló. Siempre las mismas arañas, que parecen sartas de gotas de rocío y lagrimillas cuajadas en la mejilla de algún querubín. Á la verdad, es difícil innovar dentro de un estilo tan poético. Cualquier tentativa utilitaria desprestigiaría á la cristalería veneciana. No se concibe que la casa Salviati fabrique copas de champañ, enjuagues ó botellas comunes y corrientes. La tradición se impone demasiado á esta industria, que parece nacida, como otra Venus, sobre la espuma de las olas del Adriático cuando las riza la brisa y las dora el sol.

Al hablar de tapices he olvidado, —pero no quiero que el olvido persevere, —los de Holanda, de la Real fábrica

de Eventer, que son admirables, y las porcelanas de Delft, que conocen bien los aficionados á cerámica, por ser uno de los productos favoritos de la moderna cacharrería. También los cacharros de la sección persa merecen mención especial. Ignoro si el que compré allí está copiado de algún modelo antiguo, pero sé que es sumamente típico, y que las figuras que lo adornan recuerdan exactamente las miniaturas del célebre libro de caballería iraníano el *Schah-Nameh*. En el Palacio indio se venden también graciosos jarros de un azul original, que no existe en nuestra cerámica española, y tampoco se parece al azul porcelana de Sèvres, sino más bien al azul mate y limpio de la turquesa viva. Una cosa he observado, y es que cuanto más atrasados son los países que exponen, más aspecto puramente artístico ofrece su Exposición. Las de Persia y el Indostán confirman plenamente esta regla. En ambas abundan los trabajos cincelados de cobre y latón, las espléndidas armas, las tapicerías viejas, las alfombras suaves, las telas de colores; y la sección india descuella por los cachivaches de plata cincelada, que verdaderamente se diferencian de todos los demás del mismo metal que se ven por el mundo. Es una aplicación del estilo hierático á los objetos de uso doméstico. Cada cucharilla para el té remata en un Ganesa ó en una Trimurti: alrededor de las tenacillas del azúcar se enrosca la simbólica serpiente: una tetera representa el Nirvana ó la creación del mundo. Es precioso, y presumo que los ingleses deben de fomentar mucho semejante industria, á la vez exótica y familiar. Verdad que se nos figura algo raro hacer de un Buda el mango de un cortaplumas ó el ojo de unas tijeras; mas el trabajo es tan curioso, que la extrañeza se olvida.

Los plateros rusos han procedido lo mismo que los

indios, aplicando el hieratismo á las cucharillas y á los servicios de te. Hay en la sección moscovita esmaltes bizantinos, filigranas admirables, que recuerdan confusamente la forma del cáliz, del incensario ó de la patena, al través de la forma del platillo ó la cuchara. No encierra la Exposición muchas cosas tan artísticas como la orfebrería rusa.

¿Y las joyas? Insensiblemente hace rato que doy vueltas alrededor de ellas, sin atreverme á entrar en ese terreno, que ya tiene un pie en el reino de la moda. Las joyas en la Exposición de 1889, no sólo desempeñan papel importantísimo, sino que abundan y casi hastían. Aquí un pabellón donde el público presencia todas las operaciones de la talla del diamante, desde que le arrancan de la ganga en que duerme hasta que ostenta sus mil facetas y lanza destellos multicolores. Allá el escaparate en que un joyero artista expone arracadas y collares, que son copia exacta de las que lucen las hermosuras muertas hace trescientos años y retratadas en el Louvre. Allá perlas en su concha, perlas del grosor de un huevo de paloma, perlas de todos los matices y de todos los reflejos: negras, violadas, azuladas, rojizas, rosadas, blancas y hasta color de canela. Acullá todas las flores de los invernáculos, y aun toda la maleza de los matorrales, lirios y cardos, rosas y ramas de espino, hechas de pedrería y sin aplicación aparente, como no sea para colocar en los jarrones del tocador de alguna emperatriz, que, habiéndose vuelto loca, quiera convertir en brillantes los productos de su jardín. Más adelante un solitario colosal, adherido automáticamente al vidrio del escaparate, y que al parecer se nos viene á las manos. Y después *rivières* que deslumbran, diademas que marean, brazaletes que echan chispas y culebras de esmeraldas

que nos miran con ojazos feroces de rubíes.... Vamos, que ya cansa tanta preciosidad. Entran ganas de quitarse los pendientes y tirarlos al arroyo.

Aun en esto de las joyas cada país conserva su individualidad. El francés hace la joya coquetona y ligera, llamada á realzar la belleza de la mujer, según cumple á lo que al fin y al cabo es no más que accesorio, siquiera valga millones. El inglés la hace decorativa, solemne, ostentosa y firme : de gusto severo y clásico, de intachable montura, de extraordinaria riqueza. El norteamericano, original y costosísima. El ruso, de sabor oriental, como si saliese del tesoro de una madona. El portugués engasta poquitos diamantes en mucho oro ó plata. En la Exposición hay ejemplos de todos estos estilos nacionales.

Y ahora, si alguien me pregunta: ¿Y la estearina, y los algodones, y los productos químicos y alimenticios, y la metalurgia, y las materias textiles, y la industria forestal, y el jabón, y el aceite, y los cueros, y tantísima divina cosa como habrá en ese Campo de Marte, dónde se las deja V. ? Respondo que me las dejó donde debe dejarse todo aquello que ni nos divierte, ni nos interesa, ni nos es conocido, ni, en suma, nos compete tratar. En el departamento de los Estados Unidos hay una Venus de Milo de tamaño natural modelada en chocolate. Es cuanto puedo decir sobre productos alimenticios, y, con franqueza, si estuviera en mi mano, la repartiría á los chicos para que se la comiesen.

EMILIA PARDO BAZÁN.



## SECCIÓN HISPANO-ULTRAMARINA

---

Breves aclaraciones de un desagradable suceso. — Folleto publicado por D. Justo Zaragoza en queja del redactor de esta *Sección Hispano-ultramarina*. — No hay tal *Timo*, sino tema, en el fundamento de la queja.

CERTAMEN VARELA, abierto y publicado á costa de D. Federico Varela, senador por la provincia de Valparaiso. Dos volúmenes de 578 y 524 páginas en 4.º — Objeto que se propone tan ilustre patricio. — Bases del certamen. — Su resultado. — La calidad no iguala desgraciadamente á la cantidad de las producciones poéticas. — Predominio de los altos estudios en Chile y de la prosa sobre el verso. — Breve examen de las obras premiadas.

UNA obcecación inconcebible en persona de tan claro entendimiento como nuestro buen amigo Don Justo Zaragoza, le ha dado el mal consejo de sacar á luz, con el nombre de *Timo literario perpetrado en La España Moderna*, una historia tan pequeña como sencilla, frecuente entre escritores, y más entre amigos cordiales y verdaderos, como desde hace treinta años lo somos nosotros. Si no hubiese barajado ese malsonante y picaresco título con el buen nombre de LA ESPAÑA MODERNA, no daría el que suscribe á sus lectores explicación alguna de un suceso que ha debido quedar en la esfera confidencial, y que no hubiera salido seguramente de ella, —hago esta justicia al Sr. Zaragoza, —á no coin-

cidir los últimos días del mes de Julio con la impresión del anterior número de la Revista y con mi forzosa ausencia de Madrid para tomar las aguas de Puente Viesgo en la provincia de Santander. Las sencillas y leales explicaciones que desde allá le di tan pronto como me manifestó sus quejas, dadas boca á boca y mano á mano en Madrid, hubieran convencido completamente al Sr. Zaragoza, según le convencieron casi por completo las enviadas de Viesgo, que así me lo escribía en 29 de Julio, fecha que, por otra parte, explica natural y clarísimamente cómo no hemos podido evitarnos uno y otro este pequeño disgusto de una manera bien sencilla: retirando de LA ESPAÑA MODERNA el pedazo de artículo de aquel escritor, toda vez que *in integrum* humanamente podía tener cabida en el mío por sus dimensiones é incongruencia. Por lo visto, en aquella fecha el Sr. Zaragoza tenía ya preparado, y en la imprenta, su *Timo literario*, que lleva la del 31, pues su actividad es tan envidiable como su buena salud, aunque otra cosa con pleno derecho esperaba yo de la propuesta que él mismo en su segunda carta me hizo de someter nuestra contienda al arbitraje de amigos mutuos.

Ésta puede explicarse en términos muy sencillos y en brevísimas palabras.

Había yo pedido á aquel mi buen amigo en forma confidencial *una carta*, donde, con la autoridad que goza como erudito americanista, robusteciese las opiniones emitidas en mi primer artículo de LA ESPAÑA MODERNA (30 de Junio, *Sección hispano-ultramarina*), y para facilitar su trabajo, y conociendo perfectamente los que á la sazón le ocupaban, le añadí que si me escribía *media docena de cuartillas* sobre los orígenes del Consejo de Indias, sería miel sobre hojuelas para mí, por acomodarse

perfectamente al plan que yo en mi artículo de Julio, donde la carta iba á insertarse, desarrollar me proponía. Á mi demanda siguió su oferta, como era natural entre nosotros, y si tuve que recordársela por otra carta cuando el tiempo empezó á apremiarme, es un hecho que consigno porque el Sr. Zaragoza lo consigna también en su folleto, y porque estas cuestiones de tiempo han sido grandísima parte en su obcecación.

Pues aconteció que el 22 de Julio, á las cuatro de la tarde, con un calor de 35 grados, y hallándome yo con el pie en el estribo para marchar á Pozuelo de Alarcón, donde mis negocios me habían de retener hasta el 24, que marchase á los baños, tuvo la bondad el Sr. Zaragoza de presentarse en mi casa con un paquete de cuartillas que no bajarían de cincuenta, y que apenas tuvimos tiempo de mal leer; convenciéndose desde luego mi buen amigo, por las observaciones que le hice y por lo adelantado de mi artículo, ya en pruebas sobre mi mesa, de que ni las dimensiones ni la pertinencia del suyo permitían un fácil empalme, amén de la prisa que á uno y otro nos aquejaba. Entonces, como es natural y corriente entre escritores amigos, recordando á mayor abundamiento que su carta no estaba corregida, pues hasta lagunas tenía de grandísima importancia, me autorizó á cercenar lo que bien me pareciese y á acomodarla en mi artículo de la mejor manera posible. Confieso que cuando á las ocho de la noche me metí en el tren para Pozuelo, fatigado de la ingrátísima tarea de cortar aquí, zurcir allá, agobiado por miras verdaderamente inconciliables, pues el trabajo del señor Zaragoza me agradaba mucho y la necesidad de renunciar á casi todo él se me imponía, lo que menos me pasó por las mientes fué haber faltado lo más mínimo al amigo, ni al escritor, ni á ninguna conveniencia social ni li-

teraria. Un verdadero *tour de force* sí que pensé haber hecho. Únicamente había olvidado una cosa en que insiste mucho el autor del *Timo literario*, que fué encargar á la imprenta que le remitiesen pruebas; pero como el escrito había quedado tan reducido, como era tan amplia la delegación de su autor en mí, como esta delegación, dado su carácter de carta, me autorizaba á considerar casi propiedad mía aquel trabajo, y, por último, como yo hasta hoy hubiera creído faltar á nuestra amistad sospechando en el Sr. Zaragoza un amor propio excesivo, sencilla y naturalmente me olvidé ya por completo de aquel asunto, considerándolo terminado, entre tantos como tenía aún que orillar.

Lo más desagradable de la sorpresa que el Sr. Zaragoza me preparaba, no es ciertamente que le enojase mi mal perjeño en el arreglo de su carta, pues nunca he alardeado de buen zurcidor, ni siquiera de mediano sastre, sino la preterición que hizo desde el primer momento de la amplia autorización que para el caso me había concedido, agravada por la circunstancia increíble de sostener que yo le había encargado un artículo para LA ESPAÑA MODERNA, y no unos cuantos parrafeos de carta para mí. En vano con verdadera pesadez insistí en estos puntos de vista, cuando en 27 de Julio me dirigió sus quejas á Viesgo; en vano convine, como he indicado ya, en someter nuestra cuestión á un arbitraje, aunque, á la verdad, por su carácter pueril, me parece impropia de hombres que peinamos canas. Todo en vano. El amor á la integridad de sus cuartillas ha cegado al Sr. Zaragoza hasta el punto de sostenerme que mejor fallarán los jueces después de publicado su *Timo literario*; procedimiento jurídico semejante al de aquella autoridad que ahorcaba á los reos interinamente....

Si yo tuviera cuatro ó cinco lustros menos ó algunas horas más que desperdiciar de esta vida trabajosa y enfermiza que me queda, aceptaría con mil amores la batalla en el terreno flamenco, ó más bien semigerundiano, en que mi amigo me la provoca, y pronto al *Timo literario* contestaría cumplidamente una *Plancha monumental* ó una *Chifladura zaragozana*, que harto sabe el señor Zaragoza, que si flojeo como sastre, he sido siempre mediano tundidor, y que hasta me perecía en otros tiempos por echar mi cuarto á espadas en toda pelamesa y hacer coro á todo bronquis con mi repiquete; pero entrando en cuentas con nuestras canas, con nuestra amistad tan vieja como ellas, y, sobre todo, con nuestro tiempo tan grave y tan lleno de hondas ocupaciones y preocupaciones, ¿vamos á reproducir, en pleno siglo xix, aquellos espectáculos del pasado, cuando, por si «dijiste ó no dijiste en el mentidero ó en la librería de las comedias», los literatos se brumaban unos á otros las costillas á folletazo limpio? No os envidio aquel entretenimiento, sombras de los Garmas y los Soto Marnes, aunque deba envidiaros el tiempo que os sobraba para tales niñerías. ¡Cómo os chuparíais los dedos de gusto si pescarais una ocasión como esta, que está diciendo «comedme»!

Y ahora, para concluir, en desagravio de los lectores á quienes he robado contra mi voluntad un tiempo y un espacio dignos de mejor empleo, y en descargo de mi conciencia literaria, que hace plena justicia al escritor, aunque se querelle hondamente del amigo que ha puesto en duda su probidad literaria y su falta de intención al cometer las venialísimas que reconoce y lamenta, si bien no consentirá que se califiquen de pecados mortales, debo felicitar me de la publicación del *Timo*, porque toda la parte que se refiere á los orígenes del Consejo

de Indias, es en verdad de oro para la historia de nuestra Administración ultramarina, tan embrollada como oscura, y porque con esa publicación ha satisfecho el Sr. Zaragoza sus ansias paternales, que yo no sospechaba tan vehementes y desapoderadas, aunque las considere legítimas, y como tales me asocie á ellas; que soy padre también y me abruma en esta hora solemne la acusación de haber convertido en entonado ruin al robusto y hermoso hijo del Sr. Zaragoza. Conste, pues, que así lo pienso en conciencia, y así lo digo con la mayor sinceridad, respecto á la parte histórica de la carta, ó artículo, ó como quiera el autor llamarle; oro cendrado, repito, que viene á enriquecer nuestra historia administrativa; que respecto á la bibliográfica habría mucho que hablar, y no menos de aquellas remembranzas de la transmigración espiritística, que barajadas al fin con los recuerdos del valle de Josafat, resultan del mismo jaez que las etimologías flamencas con que ha encabezado su *Timo literario*. Toda esta segunda parte pegadiza y de relleno, á tener tiempo de hablar y discutir con el Sr. Zaragoza, como otras muchas veces, me hago la ilusión de creer que él mismo la hubiera borrado con mano firme de sus cuartillas, cuando se convenció de que había escrito muchas más que yo le pedía, pues confiesa paladinamente en la página 16 que eran tal relleno «para salir del paso».

Verdad es que también se le escapan otras muchas confesiones que destruyen *ab ovo* los imaginarios fundamentos de su enfado, y sin embargo continúa impertérrito regañándose, sin caer en la cuenta de que casi casi azota sus propias carnes, y que se echa la tierra á puñados á sus propios ojos. Escápasele en la mismísima página la declaración de que yo solamente le había pedido «algo sobre los Consejos de Ultramar»; lo que prueba

evidentemente que se le fué la mano al atizarme, no una carta, sino un cartapacio, una verdadera carga de cuartillas, que hacen en el folleto nada menos que 17 páginas de impresión metidita.... ¡Válgate Dios por los algo del Sr. Zaragoza! Igualmente se sulfura, porque le supuse «desalentado», siendo así que el último párrafo de su carta lo dedica entero á encomendarse á la metempsicosis, que vale como un reniego solemne de la presente vida y hasta de la corporal figura, por haber perdido «tiempo, labor y caudal», buscando lo que él llama «estornudos científicos», frase que yo no calificaré de infelicísima, aunque me haya parecido bastante desgraciada. Y, finalmente, obcecado por el empeño de considerar gigantes descomunales sus molinos de viento, no repara que al confesar en la página 15 que yo le remití con mi pedido el número de LA ESPAÑA MODERNA correspondiente á Junio, por el cual «acabó de comprender el contenido de mi carta y la respuesta que deseaba recibir», justifica todo, absolutamente todo lo que yo en mi descargo vengo sosteniendo, y queda así reducida mi falta, que confieso y deploro, á haber dado á nuestra amistad un valor y una extensión que, por lo visto, no tenía para el Sr. Zaragoza, pues no llega al sacrificio de unas cuantas cuartillas. Y con esto, pidiendo por última vez perdón á los lectores, *paulo majora canamus*.

\* \* \*

Comenzando por acusar desde aquí al Sr. D. Federico Varela, senador por la provincia de Valparaíso, el recibo de dos hermosos volúmenes en 4.º, gallardamente impresos en Santiago de Chile por la tipografía Cervantes,

que ha tenido la bondad de remitirnos. Su historia es tan interesante como típica.

Á fin de estimular á los escritores chilenos y proteger á las letras, había costeado el Sr. Varela en 1886 un certamen nacional, que dió escasos resultados, entre otras causas, por haber concurrido á él casi exclusivamente escritores principiantes. Aleccionado por esta experiencia, determinó en 1887 dar á su proyecto bases más sólidas: publicidad y estímulo moral al propio tiempo que material, un jurado respetable, repartición solemne de los premios y reserva absoluta de los nombres premiados hasta el día de esa solemnidad. El éxito ha sido muy satisfactorio, principalmente por la abundancia de los trabajos presentados, que demuestran un movimiento intelectual considerable, que coloca á las letras chilenas á grande altura, y no menos el nombre de su espléndido protector.

Sumaban los premios 2,700 pesos, en la manera siguiente repartidos:

TEMA 1.º *Canto épico á las glorias de Chile en la guerra del Pacífico.*—Premio, 600 pesos.

TEMA 2.º *Poemas líricas.* Á la mejor colección de (doce á quince) composiciones inéditas de poesías del género sugestivo ó insinuante, de que es tipo el poeta español Gustavo A. Becquer.—Premio, 500 pesos.

TEMA 3.º *Didáctica.* Al mejor tratado elemental de versificación castellana destinado á la enseñanza.—Premio, 500 pesos.

TEMA 4.º *Un estudio político-social referente á Chile.*—Premio, 500 pesos.

TEMA 5.º *Al mejor estudio de costumbres nacionales.*—Premio, 300 pesos.

TEMA 6.º *A la mejor colección de fábulas origina-*

les, en verso, que no bajen de diez.—Premio, 300 pesos.

Compuesto el jurado de personas tan respetables y conocidas en el mundo de las letras, como los señores J. V. Lastarria, D. Diego Barros Arana y D. Manuel Blanco Cuartín (del segundo se ha ocupado recientemente LA ESPAÑA MODERNA en su *Sección hispano-ultramarina*), se constituyó en Mayo de 1887, haciendo suyas desde luego y dando á luz unas instrucciones bastante meditadas, que el Sr. Varela había redactado, entre las cuales demuestra conocimiento exactísimo de nuestro estado intelectual la que se refiere al *tema 3.º (Didáctica)* que dice así:

«Ya que se estimula á los poetas, bueno es darles desde el colegio un buen código de la versificación. El tratado de D. Andrés Bello es magistral; pero muy extenso para la enseñanza. *La Academia Española lo ha adoptado; pero la enseñanza de este ramo es muy imperfecta en la misma Península, como se ve por los escasos párrafos que sus mejores textos dedican al arte métrica.* Por esta circunstancia, he creído oportuno que, por medio de un certamen, se dé á la lengua un buen *tratado elemental de métrica castellana*, que, siguiendo las doctrinas adoptadas por la Academia Española, enseñe el arte de versificar de la manera más sencilla posible.»

Tiene sobrada razón el Sr. Varela. Anda por los suelos en España el estudio de la literatura preceptiva, merced, entre otras causas, á la libertad de textos, que ha autorizado al vulgo profesional á inundar las aulas de libros ramplones, mal pensados y peor escritos, ó de altisonantes y abstrusos tratados de estética, donde en todo se piensa menos en dar reglas de composición á los jóvenes. Á alguno recién aprobado de retórica y poética en

muy principal Instituto hemos pedido nosotros que nos recitase un modelo de sonetos, y atribuyéndolo sin vacilar á Quevedo, salió impávido con lo siguiente :

«Hojas del árbol caídas  
 Juguete del viento son ;  
 Las ilusiones perdidas,  
 ¡Ay! , son hojas desprendidas  
 Del árbol del corazón.»

¡ Verdadera vergüenza nos causa el recordarlo!

¿Qué más? *Curso de literatura* anda por nuestros Institutos, donde los ejemplos de metrificaci6n están tomados del *Comento de Virgilio* que hizo Diego López, d6mine extremeño del siglo, xvii, discípulo no indigno del Broncense (1), y por estar en prosa en el libro viejo la poesía virgiliana, el moderno catedrático la ha recortado con pecadora tijera, como quien dice, á tun tun, bautizando de octavas, quintillas, *et sic de cæteris* sus recortes, por tal estilo y con tanto garbo, que en otro país le hubiera válido incontinenti una separaci6n irrevocable del servicio. Denunciado fué aquí, si mal no recordamos, en el *Diario de Barcelona* por embrutecedor de la juventud escolar y verdugo de la poesía ; pero impertérrito sigue en su cátedra, ganando quinquenios y más quinquenios, y perdiendo discípulos y más discípulos, porque en España los profesores son el *noli me tangere* del funcionarismo. El Sr. Varela trata de evitar en Chile, y hace bien, que se estudie arte tan delicada por libros de *pane lucrando*.

(1) Titúlase *Las obras de Publio Virgilio Mar6n en lengua castellana con comentarios*, y fué uno de los textos más populares en nuestras aulas hasta fines del siglo pasado. Nosotros poseemos la edici6n príncipe de Valladolid (1620), la de Lisboa de 1627 y la de Valencia de 1721 ; sendos volúmenes en 4.º

Quedará en la historia literaria de aquel país el informe del Jurado, que es parte del prólogo del *Certamen*, como síntesis del movimiento literario de la época presente. Seis opositores se presentaron al primer premio; cuarenta y siete al segundo; diez al tercero; cuatro al cuarto; diez y nueve al quinto; y al sexto diez y seis, sin contar tres que se presentaron fuera de plazo, y una colección de *poetas francesas*, que fué desechada secamente, dato elocuentísimo que nos place registrar, en aliento de las esperanzas que nos infunde la virtualidad del idioma castellano para reanudar los lazos entre España y América. En el frontis de estos volúmenes que examinamos se hace constar que las obras presentadas han sido 990, contando sin duda pieza á pieza.

De rígido hace gala el jurado en su extenso informe, circunstancia que, tratándose de personas tan conocedoras del país y de sus elementos literarios, nos mueve á rebajar algunos puntos el concepto de la calidad que el número de las obras presentadas pudiera hacernos concebir. Cuando una selección discretísima entre tal número de obras sólo ha otorgado premios á honestas medianías, claro es para nosotros que la mediocridad predomina entre los poetas chilenos de la actual generación. No así entre los prosistas, los cuales nos merecerán capítulo aparte. Los altos estudios se hallan, por lo visto, más generalizados en Chile que los de humanidades.

Dividido el jurado al votar el premio primero (*poeta épica*), acordó dividir á su vez los 600 pesos entre los dos autores que por lo visto sobresalían, que lo fueron D. P. N. Préndez y D. Rubén Darío. Además, propuso, como estímulo, que se publicase en el *Certamen*, á manera de accésit, la mejor composición de las no premiadas, obra de D. Ramón Escuti Orrego. Quizá el tribunal, por no

declarar desierto este primer tema, como el año anterior había sucedido, adoptó el procedimiento de llamar la atención sobre tres producciones que escasamente podrían reunir entre las tres elementos para una buena, previo un trabajo titánico de eliminación y zurcido. En nuestro concepto, es la sección menos notable del libro. Desde luego el primer premio comienza con un arranque filosófico de lo más falso que se ha visto.

« Un fin providencial no hay en la historia  
Que á cada pueblo marque su destino ;  
El más civilizado es el más fuerte,  
Sabe abrirse en el mundo su camino,  
Y es el trabajo germen de su gloria.»

Si una mayor fortaleza como consecuencia de un más perfecto estado de civilización, no arguye un destino superior también y por consiguiente providencial en el pueblo que reúne tales cualidades, difícil sería determinar cuál es y cómo se realiza la intervención de la Providencia en la historia, á menos que se niegue tal intervención y tal Providencia, idea que debe expresarse de otro modo, y siempre al épico estilo mal apropiada.

Ni el poético del Sr. Préndez, ni su inspiración y estro se elevan á gran altura, ni alcanzan á sostenerse tampoco á la escasa altura á que muy rara vez se elevan. Tras una introducción loable por lo breve, su *Canto á las glorias de Chile en la guerra del Pacífico*, describe así la situación del país al estallar aquella :

« No estaba aletargada ni dormida  
La vigorosa raza americana  
Que celebró en sus cantos *la Araucana*.  
Estaba en las escuelas y talleres  
Fortificando brazos y conciencias,

Construyendo los templos de las ciencias,  
Creando industrias, redimiendo seres.  
Allí la sorprendieron, siempre atenta,  
Los clarines guerreros,  
Y entonces los obreros  
De aquella lid incruenta,  
El taller y la escuela abandonaron,  
Cogieron sus bridones,  
Y sin miedo ni asombro,  
Al cinto el hierro ó el fusil al hombro,  
A templar fueron su invencible acero  
Con patrióticos bríos,  
Con bélicos afanes,  
En las corrientes de sus grandes ríos  
Y en la fragua inmortal de sus volcanes. »

Pintura que sería bella ciertamente, si las ideas tuviesen un ropaje más poético y menos tachonado de rípios. Como ésta hay muchísimas estrofas, que en prosa acreditarían más á su autor.

Para describir el combate de Iquique, tan sangriento y decisivo entre chilenos y peruanos, podríamos copiar nosotros en página histórica, sin más que suprimir los consonantes, estos versos:

«La epopeya de Iquique en un instante  
Despejó el horizonte:  
Fué *la Esmeralda* el Sinai tonante,  
El empinado monte  
Do Prat, como si fuera  
El sublime Moisés de nuestra era,  
Dictó con voz de trueno  
Al salvar el honor de su bandera.  
Muerto, mas no rendido,  
El Decálogo santo del chileno  
Con sangre escrito y con valor cumplido.  
Al bajar arrogante hacia el abismo

Espartana legión, terca y bravía,  
 Montaba en aquel día  
 La guardia del deber y el patriotismo.  
 Descendieron al fondo del Oceano,  
 Cual si no fuesen hijos de la tierra,  
 Batiendo al viento el pabellón de guerra  
 Y con un haz de luces en la mano. »

Más deplorables aún son los cuatro últimos versos de esta estrofa :

«La bandera de Chile en esa hora  
 De bendita memoria,  
 Probaba al mundo que no había roto  
 Su legendario pacto con la historia. »

Versos menos detestables cita en su informe el jurado como fundamento para desechar otras composiciones de las presentadas. Hay que espigar mucho para que la del Sr. Préndez nos ofrezca algunos trozos bellos, y aun esos nunca libres de prosaísmo, frases impropias ó rimbombancias vulgares. Véanse estos:

« Brillan las espadas  
 Con siniestro aterrante centelleo,  
 Y rotas ó melladas  
 Sobre el cráneo enemigo,  
 Y ebrias de sangre en su mezquino pecho,  
 Contemplan los dos pueblos coaligados  
 El poder de la fuerza y el derecho.  
 .....  
 ¡A Lima! ¡A Lima! La sultana hermosa  
 De labio rojo y de mirada ardiente,  
 Dulce Venus del nuevo continente,  
 Orgullo del Edén americano;  
 Ella debe enjugar con blanda mano  
 Del vencedor la sudorosa frente.  
 .....

¡Allá van! Desatando tempestades,  
 Para herir con escarnio y vilipendio  
 Castigo de pasadas liviandades  
 Que no depura el fuego del incendio,  
 A esas viles ciudades  
 Lecho de impuros, lúbricos amores,  
 ¡Chorrillos! ¡Miraflores!

.....  
 Chile retornó luego  
 A encender, del progreso centinela,  
 En los talleres, de la industria el fuego,  
 La llama del saber en cada escuela.»

Cortado por el mismo patrón el segundo premio, em-  
 pieza, sin embargo, con mucha valentía y entonación :

«¡Oh patria! ¡Oh Chile! Pues que altiva ostentas  
 Tras de luchas sangrientas  
 Tus victorias de paz por todas partes....»

haciendo una pintura bastante feliz del hermoso espec-  
 táculo que presenta Chile actualmente, al reanudar las  
 fecundas labores de la paz para descanso de los sangrien-  
 tos azares de la guerra; pero bien pronto un adjetivo  
 infeliz viene á resfriar el entusiasmo que nos causa aquel  
 relámpago de poesía algo sombreado de carácter perio-  
 dístico :

«Los viejos griegos, cuando audaz volvía  
*Líricamente* erguido sobre el carro  
 De oro del triunfo el vencedor bizarro....»

¡Qué adverbio tan impropio y tan extravagante! Des-  
 luce una estrofa no menos bella, y mucho más poética  
 que la primera, pero que precede inmediatamente á esta  
 caída estrepitosa en el más bajo prosaismo :

«¡Oh, y los rudos y bravos granaderos  
Con sus velocidades  
Y sus arrojados fieros,  
Mitad centauros y mitad guerreros!  
Fueron sus escuadrones tempestades  
En medio de los campos forasteros  
Con alas de huracán.

.....  
Y todos los infantes,  
Los leales caballeros,  
Los audaces marinos,  
Los que murieron antes  
Que rendirse, los bravos artilleros,  
Pechos adamantinos,  
Que cual Riquelme el fuerte,  
A las fijas miradas de la historia  
Penetran en la muerte;  
Saludando con salvas á la gloria.  
¡Y. Prat!... He aquí la cumbre;  
He aquí la sacra lumbre  
Inmortal, la epopeya en el abismo,  
El valor soberano;  
Leyenda de heroísmo  
Sobre el hondo Oceano  
Prat resplandece, inspira  
Implacable y soberbio; tuvo el soplo  
Sagrado: á él, pues, entonces  
Los trémulos bordones de la lira,  
Y el himno que el escoplo  
Arranca de los mármoles y bronces.  
Arturo era el marino,  
Arturo era el guerrero  
Humilde, que el destino  
Tornara digno de la voz de Homero.  
No era el hercúleo y fuerte  
Adalid de alta talla  
Y músculos de acero;  
Antes noble garzón, á quien la muerte

En medio del fragor de la batalla  
Convirtiera en coloso.

.....  
He aquí la suprema  
Inspiración, el tema  
Altísimo, la gloria  
Más grande y pura en la chilena historia. »

Pero, así como vemos al Sr. D. Rubén Darío dar tan grandes ó mayores caídas que el Sr. Préndez, por culpa quizá de una educación literaria más viciada, que le ha hecho tomar por modelo á Víctor Hugo, — achaque frecuente de los modernos poetas americanos, que con harta razón les censura D. Juan Valera en las *Cartas* que está publicando *El Imparcial*, — descubrimos en él cantera más honda y sólida, que tarde ó temprano modificará sus ideales, eliminando todo lo que tienen de exótico é incompatible con la buena y grave poesía castellana. El poeta que ha sabido cantar la aparición de los monitores peruanos que por primera vez lidiaban sobre las cerúleas ondas, abortos monstruosos de la moderna industria, que no parecen llamados á inspirar otros sentimientos que el asombro y el terror, ni otra literatura que los partes oficiales y telegráficos; el poeta, repetimos, que ha sabido vencer en algún modo tamañas dificultades, aunque decaiga á menudo y no tenga un estilo formado todavía, es un verdadero poeta, y él se lo formará con el estudio de mejores modelos.

He aquí los rasgos á que nos referimos :

«¡ Prat! ; Condell! ; Qué guerreros  
Para cantos de Iliadas  
Y estrofas de futuros romanceros!  
Mas, ¿por qué con mirada escrutadora  
Y contemplando el horizonte, alerta

están sobre cubierta  
 Los marinos? Al brillo de la aurora  
 Vense llegar terribles  
 Dos naves del Perú. *Huascar* primero  
 El fuerte monitor, é *Independencia*,  
 Ambos irresistibles  
 Con la enorme potencia  
 De su espolón de acero,  
 Ambos colosos más que paladines,  
 Ambos de férreos, ponderosos cascos,  
 Raudos como delfines,  
 Duros como peñascos.

.....  
 El *Huascar* se lanzó por vez tercera,  
 Y al golpe del acero, áspero y frío,  
 Se sintió traquetear la nave entera.  
 ¡Por fin se hundió el navío  
 Que á Chile glorias sin iguales diera!  
 Primero el casco fúnebre y sombrío,  
 Y después, siempre al tope, la bandera.»

Esto es épicamente bello, como dice el mismo autor en otra estrofa, aplicándolo á uno de sus héroes con grande impropiedad, obediente al prurito de usar adverbios y rimbombancias, que suenen á Víctor Hugo. Ya lo ha dicho el Sr. Valera, y no nos cansaremos de repetirlo nosotros, máxime en esta ocasión, en que se trata de un poeta como D. Rubén Darío, que con plan más estudiado y Herrera ó Quintana por modelo, hubiera compuesto seguramente una oda digna de la brillante acción que cantaba. Á su plan le falta madurez y le sobra extensión. Los cantos guerreros no están obligados á reproducir todos los trances de una batalla, como el parte de un general en jefe. ¿Qué le importan á la posteridad noticias como esta?

« Muerto Prat, es Uribe quien el mando  
 Del navío recibe ;  
 Mientras se sigue sin cesar luchando,  
 El arrogante Uribe  
 Llamó á sus oficiales á consejo. »

Ó esta otra, que sin el sonsonete de los consonantes parecería un párrafo de la *Gaceta* oficial:

« ¡ *La Esmeralda* se hundía!  
 Exhausta ya de fuerza y de soldados,  
 Sólo de cuando en cuando respondía  
 Del *Huascar* á los tiros redoblados. »

Ó como la visión profética de Prat en el momento de su sacrificio, cuando chispeantes « los galones de su gorra de marino », con « algo de olímpico en la altiva frente », alumbrado por

« La luz que exalta  
 El soplo que los montes decapita »,

y cubierto en fin por

« Un ala apocalíptica y enorme »,

(todo Víctor Hugo puro), autoriza al autor á deshora (ó él lo cree así por lo menos), á cortar la acción con maldita inoportunidad, para contarnos en larga tirada de versos el término de la guerra, las glorias que proporcionó á su patria, y enumerar y enaltecer á los jefes que más se distinguieron, misión del historiador, no del poeta. Este desconocimiento del *suum cuique* es har- to frecuente en los americanos, y los que nos ocupan desconocen asimismo que se forma el lenguaje poéti-

co, parte tan principal como el estro y la inspiración, con el estudio y el conocimiento del sitio que ha de ocupar cada vocablo en el verso, ó del son que allí hace, pues los hay que aumentan ó disminuyen la cadencia, según se colocan ó la significación que les dan particulares circunstancias, por cuya virtud ennoblecen ó avillanan el concepto. Y así, por ejemplo, un poeta que tenga la desgracia de habérselas con un barco que se llame *Independencia*, considerará que si la palabra es aceptable y hasta poética en sentido político, como nombre de navío es para él una verdadera calamidad, máxime yendo del brazo con otro nombre tan breve y sonoro como *Huascar*, y entonces, antes que ella le mate el verso, y hasta la estrofa, la matará él á ella sin vacilar por los discretos medios que la retórica enseña, como enseña á enmendarse á sí mismo y borrar sin compasión, cosa que, en nuestro concepto, se les resiste un poco á los poetas americanos, padrazos incapaces de imitar el sacrificio de Abraham.

Otro tanto puede decirse del nombre de pila del héroe, que se ha debido evitar con riguroso cuidado. *Arturo* suena muy bien en las novelas románticas; pero en los cantos épicos parece afeminado y soso.

Sigue en el orden de impresión á D. Rubén Darío, D. Ramón Escuti Orrego, que alcanzó la publicidad como accésit por un exceso de benevolencia del jurado, que podría calificarse mucho peor, pues en su canto brillan todas las condiciones prosaicas que dejamos en sus compañeros señaladas, sin un solo rasgo poético ó siquiera bello. Parece carta del corresponsal de un periódico inglés, fría como el hielo, exacta como fórmula algebraica. No se le escapa un detalle, un nombre propio, un muerto, ni un herido siquiera.... Y aun ha de decir si lo fué en una pierna ó una mano. Hasta divide en capítulos su narra-

ción, y para mayor claridad les pone sendos epígrafes compendiosos. Por este estilo son sus estrofas:

«Valverde, mártir de fatal destino,  
A repeler va pronto el abordaje,  
Y en su acto de coraje  
Muere el joven, simpático marino;  
Una bala en el pecho  
Termina su existencia, y dura suerte  
Le da á la fama altísimo derecho,  
Que él también por su patria rueda inerte.»

Siguen las poesías líricas, en que hay mucho de todo, como el lector adivinará fácilmente recordando su extraordinario número, aunque esto no habla con el primer premio, D. Eduardo de la Barra, cuyas imitaciones de Becquer pueden ponerse al lado del modelo, que es el mayor elogio que de ellas puede hacerse, dada la elección del tema. Por cierto que el jurado, tan inmerecidamente benévolo con los épicos, no entona al Sr. la Barra el ditirambo que merecía, máxime habiendo ocurrido la singular coincidencia de proponer también esta vez la división del premio entre dos autores y resultar ambos una misma persona, que á mayor abundamiento iba asimismo á resultar autor premiado de otras dos obras más, y de carácter muy distinto, una de ellas en prosa. Tal debe de ser la fecundidad del Sr. la Barra, de que le aconsejamos no haga alardes excesivos. Únicamente así se comprende la resolución del jurado, si creyó peligrosa tanta fecundidad.

Cáusanos aguda pena que el espacio de que ya disponemos nos impida copiar todas las lindísimas baladas que en estas dos colecciones verdaderamente nos enamoran, así para satisfacer nuestro deseo de alabanza y estímulo á

los poetas americanos, como para completar en nuestros lectores el conocimiento de uno de los más inspirados, correctos y sentimentales que esta colección encierra. La siguiente balada es de las más breves y poéticas.

«EL JILGUERO

» Jilguerillo, cantor jilguerillo,  
 Que en la rama del árbol estás,  
 ¿Qué se dicen la rana y el grillo?  
 ¿Qué te cuenta la luz matinal?  
 Tú, que escuchas las voces del cielo;  
 Tú, que entiendes del bosque la voz,  
 ¿Qué les dices si emprendes el vuelo?  
 ¿Qué les cuentas en trinos de amor?  
 ¿Hay acaso una lengua inocente  
 Que permite á las aves hablar;  
 Una lengua del prado y la fuente,  
 Una lengua del cielo y el mar?  
 Yo no sé; pero escucho, y presiento  
 Que todo habla esa lengua de amor,  
 Y en la lira del alma yo siento  
 Cómo suena armoniosa esa voz.  
 Jilguerillo, canción plañidera  
 En la rama del árbol te oí;  
 A ti vino una fiel compañera,  
 Y ora cantas alegre y feliz.  
 ¡Ah! Yo vengo á aprender el idioma  
 Que habla el astro y el ave y la flor,  
 Porque tengo una blanca paloma,  
 Y quisiera decirle mi amor »

Esta es de otro género. Su última estrofa tiene derecho á hacerse popular y á correr como sentencia.

## « CANCIÓN DE LO REAL

- » La madre amorosa, besando á su infante,  
 Con loca pasión,  
 — « Como eres (decía) por siempre quisiera  
 » Tenerte mi amor.  
 » Que crezcas no quiero: no quiero que empañes  
 » Tu santo candor;  
 » Los años que pasan, arrugas y penas  
 » Nos dejan, ¡oh Dios!»  
 Y yo que la oía pedir lo imposible,  
 Pensaba en mi amor.  
 — « ¡ Feliz si pudiera cortarle las alas  
 » Al tiempo veloz!  
 » ¿Qué importa el pasado?... Sus nubes oscuras  
 » Mi dicha reviste de nuevo esplendor.  
 » ¡Qué importa el futuro? Que venga la noche;  
 » Y en tanto que llega, gocemos del sol.  
 » No quiero imposibles; el niño que crezca,  
 » Que viva, que luche, que sufra el dolor.  
 » ¡Cual eres, ¡oh vida!, gocemos tu encanto;  
 » Que amor que no quema, no es fuego ni amor. »

Las dos primeras de la colección, tituladas *¡Milagro!*, algunos trozos de *El amor ideal*, *El primer trovador*, que es la historia feudal contada por el Dante en el Purgatorio de su *Divina comedia*, cuyo último verso se ha hecho célebre en el mundo literario

*Galeoto fu il libro e chi lo scrísse,*

la *Canción del loco*, *Reflejos*, la voluptuosa *Mimi*, *Los mensajes del amor* y algunas más, son otras tantas perlas que, si en su engaste pueden descubrir algún artificio, algún ligero defecto, forman hermoso joyel de la poesía

americana. *La Zingara* y *La Hipocresía* pertenecen al género melodramático, y desdican bastante del tono general de la colección. Igualmente ha debido suprimir el Sr. Barra las que por su brevedad y concepto picaresco antes son coplas ó epigramas, que poesías de las llamadas sugestivas por el juradó.

Su segunda colección, que intitula *Rimas*, nos agrada menos, y se nos antoja que revela algún cansancio, algún agotamiento del poeta, que, en verdad, es difícil género el de la poesía becqueriana desde el momento que se eleva á esta categoría, y se toma á empeño el formar una colección de piezas breves con pensamientos delicados y sentimentales. Nada más fácil que caer en monotona ó amaneramiento, que es lo que al señor Barra le sucede, excepto quizá en la XIII, en la XXXV y en alguna otra. Esta última es tan delicada y tan breve, que no resistimos al deseo de copiarla.

« XXXV.

» Como ese espejo, que á tus pies caído  
En láminas pequeñas se partió,  
Así tienes por gusto hecho pedazos  
Mi pobre corazón.

Cada trozo de vidrio centellante  
Reproduce tu rostro celestial;  
Cada pedazo de mi pecho tiene  
La facultad de amar.

Mientras más rompes con el pie el espejo,  
Más te refleja.... ¡Así mi corazón:  
Mientras más lo destroces, más aumentas  
El fuego de su amor! »

Entre las colecciones publicadas por vía de accésit, la

del doctor D. Pedro O. Sánchez abunda de extravagancias como ésta:

«¡ Ah si yo pudiera *esculturar* la idea  
 Y el velo que flota fijar en el lienzo!  
 Mis copias serían  
 Las tardes sin tintas,  
 Las albas sin sol.  
 La belleza sin las líneas son mis sueños,  
 Y el perfume separarlo de las flores;  
 Por eso yo busco  
 Ideas sin formas  
 Y ritmos sin notas.»

El afán de originalidad y el buscarla por caminos laberínticos desluzca á este poeta, que no deja de tener buenas condiciones.

Delicada y sentimental la señorita doña Delfina María Hidalgo, si no se eleva á grandes concepciones, las expresa con bastante felicidad. Su *Barquilla* tiene estrofas buenas, aunque el pensamiento no lo es, porque carece de exactitud y realidad. Lo contrario acontece al soneto *A la fortuna*, que el pensamiento es bueno y la forma débil. Si tuviéramos el gusto de conocer á esta señorita, la aconsejaríamos que imitara á Carolina Coronado, sin acordarse siquiera de Becquer, de Zorrilla, ni de Campoamor, que son los ídolos de los poetas americanos.

En los *Diseños* del autor que se oculta bajo el nombre de Presque, y sobre todo en los *Rengtones medidos* de D. José Tomás Matus, hay mucho bueno, escaseando ya bastante á medida que se avanza en la lectura de los accésit, hasta llegar á las *Fábulas*, donde el jurado ha hecho gala de tanta longanimidad como en el tema primero, aunque obtuviesen los premios poetas ya conocidos

como el Sr. Barra y D. Daniel Barros Grez. No todos los hombres sirven para todo, y el feliz imitador de Becquer, cuando se mete á fabulista, merece menos pláces que en aquella otra ocasión. No le falta, sin embargo, originalidad, rarísima dote en género tan trillado y circunscrito, como prueba su *Introducción*.

«Desde que el tema sexto  
Del *Certamen Varela* vi propuesto,  
Quise, sin serlo, hacerme fabulista,  
Y estudiando el carácter y hasta el gesto,  
A todo irracional seguí la pista;  
Más como no hallé presto,  
Cual quería, un surtido de animales,  
En el hombre, y no en vano,  
Mis tipos al buscar, hallélos tales,  
Que no pueden ser más originales.»

La política y el anticlericalismo sacan de muchos apuros á este autor y compañeros fabulistas, lo que vale como decir que predomina en esta colección la sátira sobre el apólogo. El Sr. Barros Grez tiene uno de estos últimos tan lindo como original, con la circunstancia de ser un soneto y la misma idea de su fábula *El loco necio y el loco hábil*, que es muy mediana. Véase el soneto:

«Vínole á cierto loco la humorada  
De querer suspenderse del cabello,  
Y tiraba hacia arriba, con el cuello  
Más y más alongado; pero.... ¡nada!  
Otro loco le dijo: — «Chambonada;  
» Si quieres suspenderte, es fácil ello;  
» Mas no es tu mano la que puede hacello;  
» Es otro el que ha de darte la tirada».  
¿ Crees, ¡oh Fabio!, que puedes elevarte.  
Loándote á ti mismo á boca llena?

Otros son los que deben ensalzarte.

Tu propia boca, amigo, te condena,

Pues no puede ser nadie juez y parte:

Sólo nos honra la alabanza ajena.»

Llegamos fatigados al segundo volumen, y lo más sensible es que el lector lo estará también, porque, según queda dicho, los didácticos y los publicistas chilenos han sobrepujado á los poetas, á lo menos en esta manifestación del *Certamen Varela*, y aun debemos de añadir, en honor á la verdad, que antes brillan como pensadores y maestros de los saberes, nombres que da á los catedráticos el inmortal autor de las *Partidas*, que no como escritores ligeros y de costumbres.

He aquí lo que contiene este tomo: Dos *Elementos de métrica castellana*, ambos premiados; autores, D. José Tomás Matus y D. Eduardo de la Barra; unas *Nociones elementales de métrica castellana*, por D. J. Arnaldo Márquez; un *Tratado elemental de versificación castellana*, de D. Enrique Nercassau y Morán; y otro de igual título, de D. Arturo Givovich, premiados también los tres por causas que explicaremos luego. Corresponden al tema 3.º, según se recordará, como al 4.º corresponde el único trabajo premiado, que se titula *De la Iglesia y el Estado*, estudio político-social referente á Chile, por D. Joaquín Rodríguez Bravo. Tema 5.º: *El Valdiviano*, artículo de costumbres, de D. Arturo Givovich, premiado; *Siluetas de Santiago*, por D. Alberto Poblete, que obtuvo accésit; *Otoño é invierno*; ¡*Qué tiempos, qué tiempos aquellos!*, y *En las estaciones*; estudios de costumbres, de D. Eduardo Polanco y D. Ramón Vial, que alcanzaron igual distinción; y un apéndice que se titula *Estudio de costumbres nacionales*, del presidente del Jurado, D. I. V. Lartarria. Como se ve, no puede estar

más lleno este volumen de obras sintéticas para apreciar los graves estudios y el carácter intelectual de la presente república literaria chilena. Desde luego revelan en general estos escritos unos progresos de estilo y un estudio tan concienzudo de nuestros grandes hablistas castellanos, que puede considerarse al Chile actual pueblo y raza enteramente distintos de los de hace veinte años. Nuestras esperanzas se confirman, y la Real Academia Española ciñe un laurel más por su acertadísima creación de las correspondientes americanas.

El Jurado del *Certamen Varela*, quizá por causas que no conocemos, y que suelen ocurrir en este linaje de torneos, vaciló, en nuestro concepto indebidamente, al otorgar el premio del tema 4.º (*Tratado de métrica*), y repartió los 500 pesos entre las cinco obras presentadas para no errar, procedimiento semejante al empleado aquí por la Academia de Ciencias morales y políticas en la solemne ocasión del *Certamen Guadiaro* (refutación de la obra de Drapper *Conflictos entre la religión y la ciencia*). Puestos en el caso del senador chileno D. Federico Varela, nosotros hubiéramos imitado al señor marqués de Guadiaro, que se negó al reparto del premio si la corporación literaria no se decidía por una sola obra.

Tienen las que ahora nos ocupan, principalmente las dos primeras, y entre éstas la de D. Eduardo de la Barra, tales condiciones de claridad, sencillez y adaptación al estudio de la retórica y poética, que no dudamos que la juventud chilena y la opinión pública habrán fallado á estas horas el pleito malamente indeciso por el tribunal. Es de esperar que la Academia Española eche también su respetable opinión en la balanza cuando ocasión oportuna se presente, que los *Tratados* de los Sres. Barra y

Matus son de aquellos que merecen, no ya examen, estudio profundo y meditado.

Más aún, si cabe, nos lo merecería á nosotros el *De la Iglesia y el Estado*, que tenemos sus márgenes cuajadas de notas y vivísimos deseos de tratar tan importante materia, máxime con ocasión de obra tan magistral, y que abunda en opiniones contrarias á las nuestras; pero siéndonos ya imposible en este artículo, sin perjuicio de hacerlo quizá más adelante, concluiremos felicitando con toda la efusión de nuestra alma á Don Federico Varela, cuyo bizarro proceder y cuya generosa protección á las letras chilenas merece, no ya vulgares plácemes, sino un himno de todos los que hablamos la hermosa lengua castellana. Aunque el *Certamen Varela* se redujese á este tomo segundo, y aun no siendo los *Estudios de costumbres* dignos compañeros, por lo general, de las demás obras en prosa, sería el Sr. Varela benemérito de su patria y de la nuestra.

V. BARRANTES,

*de las Reales Academias Española y de la Historia.*



## CRÓNICA GENERAL

---

Algo sobre la política.—El Ayuntamiento de Madrid.—Cuestión literaria.—Eduardo de Lustonó.—Artículos sobre literatura española en las revistas extranjeras.—Un folleto sobre los novelistas españoles.—La Alhambra: Revista de Filipinas.—*El Centenario de los impíos*.—*Juan Alcarreño*.—El aparato del general Ibáñez.—Un estudio sobre Fr. Luis de Granada.—El timo de D. Justo Zaragoza.

**S**UELEN quejarse los cronistas de la dificultad de escribir sus artículos en verano por falta de material: no nos sucede á nosotros otro tanto en la ocasión presente, pues sobra tela en abundancia para la crónica del mes de Agosto, no obstante ser cierto que escasean los pormenores de chismografía política, y que la clausura del Congreso ha iniciado, como siempre, un período de calma, apenas alterada por la efímera echadura á la calle de una partida facciosa.

La Reina regente, constante en sus aficiones campes- tres y marítimas, y deseosa de que sus hijos respiren aire salobre y puro, se encuentra en San Sebastián, después de haber puesto por obra una resolución ya antigua, según se susurrá, destituyendo de su cargo palatino al duque de Sexto, grande amigo del difunto Monarca. Los

políticos veranean también, cuál en deliciosa quinta, re-dactando discursos académicos, como Castelar, cuál bebiendo salutíferas aguas, como Cánovas del Castillo en la Bourboule. Y al dispersarse los que con una sola palabra encrespan el mar de las discusiones políticas, este mar ha quedado como una balsa de aceite, lo cual demuestra que el país se toma poco ó ningún interés en cuestiones como la de la famosa *conjura*, ininteligibles para las honradas clases agrícolas, y, en general, para todos los españoles que no frecuentan el salón de conferencias.

Algo y aun algo se roza con la política la fermentación interna del municipio de la villa y corte, que, llegada á su plenitud, dió por resultado el nombramiento del Sr. Mellado, antes director de *El Imparcial*, para el cargo de alcalde de Madrid. Por tratarse de un compañero en la prensa, este nombramiento no puede sernos indiferente, y hacemos votos por que el Sr. Mellado salga airoso en su, hoy más que nunca, espinosa empresa. Mucho espera Madrid, y mucho los que hemos visto con agrado su elección, de su celo y buen deseo, y del interés que tiene en sortear los escollos del cargo.

Mas si la política se encuentra encalmada, y la Nación sabrá si en ello gana ó pierde, la literatura da más señales de vida de las que en esta época del año acostumbra. Tantas señales de vida está dando, que hasta la revela, como los niños, en juegos y retozos, pues no otro nombre creemos que puedan recibir los tiroteos y escaramuzas entre el crítico Clarín y el poeta Manuel del Palacio. Al folleto del primero, titulado *Á o-5o poeta*, replicó el segundo con otro folleto no menos nutrido, titulado *Clarín entre dos platos*; y Clarín, que no peca de flemático, ha vuelto á la carga en el popular *Madrid Cómico*. ¿Quién se retirará

primero de la liza? No lo sabemos: lo cierto es que Manuel del Palacio, determinado á probar que es poeta entero, cabal y cumplido, ha empleado su vena en escribir un largo y dramático *Cuento árabe*, que llevará por epígrafe *El hijo de la nieve*, y que se publicará muy pronto. Así las Musas saldrán gananciosas con los dimes y diretes de los dos ingenios que andan ahora enzarzados, sin grave motivo por cierto.

Las letras son á veces una profesión mortífera: la excitación cerebral y el trabajo incesante y devorador del periodismo es un agente de destrucción insensible, pero rápido y cierto. Nos lo prueba la enfermedad mental del desgraciado escritor Eduardo de Lustonó, de quien estos días se han ocupado tanto los periódicos. De temperamento bilioso y carácter triste, como suelen ser á menudo los escritores festivos, Lustonó no pudo resistir las angustias y afanes del problema económico, y su razón naufragó dolorosamente. La prensa, siempre generosa y fecunda en sus iniciativas, se ha reunido á fin de auxiliar al infortunado compañero; y la madre, la esposa y los hijos de Lustonó, podrán, gracias al acto plausible de los periodistas, disfrutar de algún alivio en su inmenso dolor.

Las Revistas extranjeras, de algún tiempo á esta parte conceden mayor atención á la literatura española; nuestros grandes novelistas son traducidos á todos los idiomas europeos, y su fama consigue traspasar las fronteras, ya que no en la proporción que corresponde á nuestro entusiasmo por la literatura francesa, al menos con creciente interés, muy halagüeño para quien de buen español se precie. Sugiérenos estas reflexiones el ver traducido al francés, y publicado en la *Revue Britannique*, un cuento primoroso del celebrado novelista catalán Narciso Oller, titulado *Mi Jardín*.

La *Nuova Antologia*, publicación importantísima de Italia, consagra largo y detenido análisis á dos recientes novelas españolas : *Jaque á la Reina*, de Matheu, y *La Hermana San Sulpicio*, de Palacio Valdés. Las notas referentes á estos dos libros están hechas con gran cuidado y estudio, procedimiento raro al tratarse de examinar producciones extranjeras, y por el cual no excusaremos al crítico de la *Nuova Antologia* los elogios que merece : se ve allí conciencia y lectura. De la novela de Matheu elogia calurosamente la parte descriptiva, censurando la ineficacia y lentitud de la parte narrativa : de la última obra de Palacio Valdés, si trata con suma dureza y rigor al prólogo, elogia mucho, y con justicia, la novela.

No es sólo en el extranjero donde nuestra buena literatura gana terreno. En América, que tan ancho mercado y tan brillante porvenir ofrece á los escritores españoles, cunde mucho una eficaz propaganda á favor de nuestros libros, combatiendo la afición á los franceses, más predilectos hasta hoy para el público americano. Uno de los campeones más resueltos de esta benéfica y justa propaganda es el Sr. Monner y Sanz, español emigrado poco ha á la República Argentina, y que acaba de publicar, primero en el periódico *La Nación*, y después en un folleto, una serie de artículos sobre nuestros novelistas, cuyo defecto más grande—hablo del folleto—es la brevedad.

De Filipinas nos llega también la voz de un admirador de nuestras letras. En la revista manileña *La Alhambra*, que ha empezado á ver la luz, el Sr. Héctor Zeus dedica á *Insolación*, de Emilia Pardo Bazán, un estudio extenso y elogioso. También habla del libro formado con los graciosos artículos publicados en *El Liberal* por

Quióquiap ; y aunque reconoce y encarece el ingenio del autor, no admite el libro como pintura exacta de las costumbres y fisonomía de la población filipina. Son acreedores á grandes alabanzas los que en un clima como el del Archipiélago se consagran á hablar de las letras de la Península y á fomentar la afición á la escogida lectura.

Un librito curioso ha caído estos días en nuestras manos, y no renunciamos á dedicarle algunas líneas: titúlase *El Centenario de los impíos*, y es su autor nuestro amigo el Sr. D. Adolfo de Sandoval, joven animado y sociable, amante de distracciones, como está bien y cumplé á su edad, y nada enemigo de viajes, etc., etc..... En su librito, sin embargo, el Sr. Sandoval viene á afirmar que el que visita la Exposición de París se condena ó poco menos, y que *non licet* ver la Torre Eiffel ni la galería de máquinas, si queremos mantenernos en gracia de Dios. Nuestros lectores comprenderán por esto sólo que el librito del Sr. Sandoval tiene salero, y no aspirábamos á demostrar otra cosa.

Apenas queda ya espacio para hablar de una porción de libros, que tendrán la bondad de aguardar el turno. La novela del Sr. Baró, *Juan Alcarreño*, es un curioso estudio de nuestras costumbres administrativas, y por haberla escrito persona que ejerció durante largos años cargos importantes en la administración pública, tiene, además del valor literario, la importancia de un documento auténtico é irrecusable. El libro de Álvarez Sereix sobre los trabajos geodésicos del general Ibañez, habla en favor de nuestra cultura científica. El estudio de Brieva y Salvatierra, eminente profesor de la Universidad Granatense, sobre Fr. Luis de Granada, es el alarde de un consumado hablista y la muestra de una erudición sólida y seria.

Para concluir, tenemos que decir dos palabras no más de un asunto cuya historia verán los lectores en las páginas que en este mismo tomo inserta el afamado escritor D. Vicente Barrantes. Nos referimos al risible folleto de D. Justo Zaragoza, quien, faltando á la verdad á sabiendas, atribuyó á LA ESPAÑA MODERNA ciertas sustituciones y supresiones de las que le constaba no tener este periódico ninguna culpa.

Aunque ese Sr. Zaragoza declaró después á petición nuestra, en carta que publicamos en *El Liberal*, que nada tenía que decir de nuestro periódico, sino que en él se había impreso el artículo que motivó su folleto, artículo que llevaba una firma ilustre que respondía de él, como el folleto á que nos referimos se titula *Timo literario perpetrado en La España Moderna*, rechazamos la especie de acusación que parece desprenderse de semejante título, consignando que hasta hoy nadie ha podido acusarnos con razón como autores de un timo, y á D. Justo Zaragoza sí.

J. LÁZARO.

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS



**Cartas americanas**, por D. JUAN VALERA; primera serie. Un tomo en 8.º de XII-278 páginas. Madrid: Manuel Minuesa de los Ríos, impresor, 1889. Precio: **una peseta**.

**E**N el vocabulario de uso corriente, para elogiar á escritores, poetas y literatos, los epítetos «castizo, correcto, discreto, etc.», vienen á representar algo parecido á los calificativos de simpática, elegante, etc., aplicados por los revisteros de salones á las señoritas poco agraciadas. Cuando de un escritor se dice, con mucha frecuencia, que es castizo, conviene averiguar si el solo mérito del tal se encierra en escribir *castizamente*, ó si, amén de ese, tiene otros merecimientos que den importancia á sus trabajos. Porque eso de escribir correctamente y con propiedad es cosa que, peor ó mejor, aprende cualquiera en esos manualillos de gramática en que nos hicieron estudiar cuando andábamos á la escuela, y cuyo contenido hemos olvidado ya casi todos. «El literato Fulano de Tal es muy correcto»; «el novelista Mengano de Cual emplea lengua-

je muy castizo»; «el escritor Mengano es un excelente hablista», está bien; pero este escritor, ese novelista, aquel literato, ¿dicen algo nuevo? ¿Discurren algo bueno? ¿Piensan con elevación? ¿Sienten hondo? Y ¿saben exponer lo que piensan, ó transmitir lo que sienten? Porque sin estas condiciones, y algunas otras que caracterizan al verdadero poeta ó al literato verdadero, las obras del escritor correcto semejarían esos rostros de líneas perfectísimas y de proporciones admirables, pero sin vida, sin expresión, sin movimiento, que nos admiran en algunas mujeres, y que nada dicen, ni á la imaginación, ni aun á los sentidos. En los libros de D. Juan Valera—*Juanito Valera*, como le nombraban cariñosamente sus íntimos amigos hace cinco lustros, cuando los amigos y él eran jóvenes de porvenir;—digo que en los libros de Don Juan Valera hay algo más, hay mucho más que lenguaje castizo, frase correcta y estilo elegante; pero imaginó un crítico hablar de la corrección de Valera y afirmar que sus obras eran modelo de lenguaje castizo, y.... nada, por ese boquete abierto al aplauso entraron todos desde entonces, sin cuidarse de averiguar si la alabanza era justa, ó si, aun siéndolo (como en efecto lo es), había otras cosas que elogiar (como en efecto las hay) en las obras del Sr. Valera. ¡Cuesta tanto trabajo pensar! ¡Es tan incómodo ponerse á discurrir!, que cuando algún alma de.... crítico nos da hecha la tarea de discurrir ó de pensar, no nos paramos á examinarla;—examen que, sobre ser molesto, podría darnos por resultado el que fuera menester un segundo examen: el de la obra criticada,—y seguimos aplicando al literato el epíteto que otro le aplicó, y que ya sabría él por qué lo aplicaba; y la opinión se forma poco á poco, y el epíteto, aplicado ya siempre y por todos, se convierte en inseparable del nombre, y qué-

danse ya, como en estereotipia, las frases: «el *conciensudo actor* Tal», y el «*correcto escritor* Cual», y el «*discreto poeta* Tal y Cual», que, aun refiriéndose, como muchas veces se refieren, á comediantes sin conciencia, y á *escribidores incorregibles*, y á poetas sin pizca de discreción, pasan como cosas averiguadas, y nadie las discute ni piensa en ponerlas en tela de juicio; y ocurre á veces que tanto y tanto se generaliza y se extiende la creencia en esos méritos, que al mismo interesado convencen de que en efecto los tiene, y persuaden á continuar teniéndolos y á procurar que sean más relevantes y más conspicuos cada día.

En el Sr. Valera no ocurre nada de lo primero; mas tal vez se presenta algo de lo segundo. Es, en realidad, el autor de *Pepita Jiménez* y de *Pasarse de listo*, escritor castizo y correctísimo prosista; aunque, á mi juicio, no son estas condiciones las que más sobresalen en sus admirables trabajos; pero échase de ver en sus escritos, de algunos años á esta parte, el empeño de conservar y de acrecentar en lo posible su fama de purista. Fácil es que esto reconozca por causa el deseo de no perder el buen concepto de correcto y de castizo, que las gentes le dan en primer término, y como dote peculiar y característica de su personalidad literaria; también es posible que obedezca á su condición de Académico de la Española; pero, en todo caso, perjudica algunas veces á la espontaneidad y á la fluidez del lenguaje. Por fortuna su empeño dura poco; casi casi queda reducido á los primeros párrafos de sus escritos....; después...., después la inspiración se impone y arrastra al artista y le hace poner en olvido tales cuidados, y escribir lo que el *diablillo crítico* le dicta. Porque el Sr. Valera, por fortuna suya, y para solaz y contentamiento de sus apasionados, tiene un

*diablillo*, el mismo endemoniado lo reconoce y declara, diciendo, en la página 72 del libro que da pretexto á estas líneas: «El diablillo crítico que me atormenta, y por el que estoy, no sé si obseso ó poseído, no consiente que diga yo cuando escribo aquello que quiero decir, sino aquello que él quiere que yo diga; y lo más que logro á veces, y esto es peor, es decir lo que él quiere y lo que yo quiero; de donde resulta un algo como diálogo más que discurso, una verdadera sarta ó ristra de *antinomias*, según la llaman ahora».

Y á ese *diablillo crítico* debe, sin duda, el Sr. Valera lo que vale más en sus obras, lo mismo en sus novelas primorosas que en sus *Cartas americanas*, cuya primera serie, después de haber visto la luz en la hoja literaria de *El Imparcial*, ha sido publicada por los editores Fuentes y Capdeville para inaugurar, dignamente por cierto, su *Biblioteca de Autores Célebres*.

Tratándose de *nuestro país*, sería injusticia indisculpable, ó desconocimiento absoluto de la materia, no colocar á D. Juan Valera entre lo mejor de lo mejor de los autores célebres; célebre es, y de toda celebridad, y muy merecidamente, el insigne autor de los *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas*, y no lo es seguramente por correcto y castizo hablista. ¡Oh!: esas *casticidades* y esas *correcciones*, son cimientos muy poco sólidos para labrar sobre ellos famas duraderas, y nunca fueron condiciones indispensables para la inmortalidad; pocos escritores más incorrectos ni más descuidados que Cervantes, á quien, no obstante, colocamos todos al frente de los escritores españoles. Tiene D. Juan Valera, entre otros merecimientos que le dan indiscutible derecho á ocupar puesto de preferencia entre los *Autores célebres*, gusto literario exquisito; sólida y bien dirigida cul-

tura; talento muy claro, clarísimo; perspicacia envidiable; feliz y agudo ingenio; y con todo esto, y sobre todo esto, una dosis incalculable de donosura y de sal, que maneja admirablemente para alinear y hacer sabroso cuanto escribe. Envuelve á veces su donaire en tupido manto de candorosa ingenuidad; cúbrele á veces con el antifaz de una socarronería sencillota....; déjalo columbrar en ocasiones á través de una ironía fina y delicada.... En esto creo sinceramente que Juan Valera no tiene rival. En toda nuestra literatura, así moderna como antigua, nada encuentro parecido á lo que Valera escribe, como no sea algo de lo que hizo Moratín (D. Leandro) en sus notas sobre *Hamlet*, y en sus acotaciones á la reseña de un *Auto de fe*. Valera es principalmente escritor satírico; pero escritor satírico de los de buena cepa. Con más gracia y más finura que el autor de *Cuento de Cuentos*; con más cultura y menos dureza que Fígaro...., es un escritor satírico, para decirlo de una vez, de guante blanco. Como novelista, como crítico, como traductor del griego (en que brilla también extraordinariamente), como poeta, está muy lejos, muy lejos de confundirse con el vulgo; pero tiene colegas.... Como satírico de intención, de delicadeza y de gracejo, no le conozco rival entre nosotros, y acaso para buscar con quien establecer comparaciones necesitaría yo acordarme de algún humorista extranjero, como el inventor de los famosos *Viajes de Gulliver*.

En el libro á que estoy refiriéndome, en el cual están coleccionadas algunas de las cartas del autor sobre literatura de la América española, aparecen, como no podían menos de aparecer, las dotes características y peculiares del escritor.

« Mis cartas, dice el Sr. Valera en la dedicatoria del

libro (1), carecen de verdadera unidad. Son un conato de dar á conocer pequeñísima parte de tan extenso asunto. Las dirijo á autores que me han enviado sus libros. No son obra completa, sino muestra de lo que he de seguir escribiendo si el público no me falta. Como noticias y juicios aislados, sólo podrán ser un día un documento más para escribir la historia literaria de *Las Españas* en el siglo presente. Porque las literaturas de México, Colombia, Chile, Perú y demás Repúblicas, si bien se conciben separadas, no cobran unidad superior y no son literatura general hispano-americana sino en virtud de un lazo, para cuya formación es menester contar con la metrópoli.»

Expuestas con toda claridad y con precisión admirable se hallan las condiciones y la índole del tomo primero de la *Biblioteca de autores célebres*; claro es, sin embargo, que el temor de que el público pueda faltarle, modestamente expuesto por el escritor, es de todo en todo infundado; nunca falta el público á escritores como el autor de las *Cartas Americanas*, y mucho menos cuando los botones de muestra son como las críticas de *El Perfeccionismo absoluto*, *La poesía argentina*, *El Parnaso colombiano.... Azul....* y *El teatro en Chile*, que, juntos con una epístola acerca de Víctor Hugo y la carta dedicatoria al Sr. Cánovas del Castillo, forman esta primera serie.

Me sucede con las obras de D. Juan Valera, —de las que soy admirador hace ya muchos años, muchos (no quiero decir cuantos), —algo de lo que acontece á los niños con los cómicos de su predilección; no pueden figurárselos fuera de la escena. He saboreado tantas y tantas veces y con tanto gusto mío las delicadas y cultas ironías

(1) El libro está dedicado al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

del ilustre académico de la Española, que no logro vencerme de que se ponga serio, y cuando más formalmente dice las cosas, es cuando más de verdad creo que está riéndose de ellas. Habla, por ejemplo, del libro titulado *El Perfeccionismo absoluto*, y aludiendo á la pluralidad de mundos, dice :

«Nuestro sol, que es medianejo, no ha de ser privilegiado, ni el único que gaste el lujo de tener planetas y cometas. Luego habrá de fijo planetas y cometas en otros soles, y cada uno de ellos formará un sistema solar. Como el globo en que vivimos, con ser bastante ruin, tiene plantas, animales y hombres, no podemos negar, sin injusticia y sin soberbia, plantas, animales y hombres á los otros planetas de nuestro sol y á los planetas de otros soles, y á los soles mismos».

El que así se expresa y esas cosas dice, claro da á entender que no ha profundizado en el estudio de la Astronomía ; pero prueba asimismo que discurre con suma lucidez y que posee lo que llaman los franceses *buen sentido*.

Habla, en otro lugar de la misma carta, sobre el origen de los seres, y escribe:

«Baste saber en compendio que, allá en la edad primordial, nuestro padre común fué el *protoplasma*, organismo sin órganos : un moco, con perdón sea dicho. Este moco, que no era moco de pavo, va progresando á través de las edades, y llega á ser gusano en forma de saco. Á fuerza de trabajar y luchar por la vida, consigue luego el gusano tener vértebras; pero sin cráneo ni sesos aún. Luego se proporciona cráneo y sesos. Más tarde adquiere mamas ó tetas.»

Y mas adelante, aludiendo á determinadas teorías del autor de *El Perfeccionismo absoluto*, dice :

«Lo que se me resiste bastante es eso de que nuestra alma sea neutra, y ora se encarne en cuerpo de mujer, ora en cuerpo de hombre. Alguna fuerza tiene el raciocinio que V. hace de que, si fuéramos hombres ó mujeres siempre, no sabríamos por experiencia sino la mitad de lo que hay que saber; pero, ¿qué quiere V.?.....: á pesar de todo, me repugnan esos cambalaches».

Bastan los párrafos reproducidos para formar idea aproximada del tono general de las cuatro cartas que el Sr. Valera dedica al examen y refutación de las doctrinas sostenidas y de las hipótesis asentadas en la obra *El Perfeccionismo absoluto*, y si no bastasen, sobraría con las líneas siguientes que, en la tercera de dichas cartas, consagra el insigne crítico á la posible muerte de nuestro planeta.

«.... la tierra puede morirse, como la luna está ya muerta. Los metales se irán oxidando. En esto el oxígeno se consumirá, y se acabará el aire respirable. El agua se gastará, entretanto, en formar rocas hidratadas y en entrar en otras composiciones. Sin aire y sin agua, se extinguirá la vida. Plantas, animales y hombres, todo fenecerá. Pero no hay que afligirnos. Para entonces ya todos los cuerpos fluidos vivos sabrán hacer lo que hacía el cuerpo fluido de Swedenborg: sabrán salirse de los cuerpos sólidos é irse á otros mundos. Y con tiempo, para que no nos coja aquí la mala hora, nos escaparemos de la tierra y nos iremos á fundar colonias en otro planeta más capaz y cómodo, donde seguiremos progresando é inventando primores que ni siquiera concebimos en el estado actual de nuestra cultura.»

Nada de esto tiene fundamento alguno científico, es cierto; pero convengamos en que tiene muchísima gra-

cia, que no desmerecería al lado de las demolidoras ironías de Voltaire.

Á la poesía argentina consagra Valera seis de las *Cartas americanas* contenidas en la primera serie. La primera de dichas seis cartas está dirigida al poeta D. Rafael Obligado, y es una crítica, bastante benévola, de un libro de poesías del mismo señor. Las cinco restantes contienen un extenso juicio analítico de las obras del poeta argentino Olegario Andrade, juicio en el cual, y tratándose de la poesía *docente*, dice el novelista español cosas deliciosas.... y deliciosamente dichas. Siete son las cartas en que da idea, aunque muy á la ligera, de *El Parnaso colombiano*, con expresión de los nombres y las composiciones de algunas inspiradas poetisas, con las cuales el Sr. Valera, á fuer de español y caballero, se muestra por todo extremo galante, en lo cual pienso que hace perfectamente. En el estudio de un libro titulado *Azul....*, cuyo autor es el poeta americano D. Ruben Darío, emplea el Sr. Valera dos cartas, en la segunda de las cuales, y para resumir su opinión, dice el crítico español al escritor americano: «En resolución, su librito de V., titulado *Azul....*, me revela en V. á un prosista y á un poeta de talento».

Las tres cartas dedicadas á reseñar el estado del teatro en Chile, ponen digno remate y acabamiento feliz á este precioso libro, que sólo tiene para mí un defecto: el de su baratura. Si tan valiosos trabajos de los escritores *extra*, como se dice en el comercio, se venden por *una peseta*, ¿á qué precio podremos vender nuestras producciones los míseros escritorcillos de misa y olla? ¿Habrá quien las tome aunque se las vendan al peso?

En fin: bien es que esos primores se hallen al alcance de todas las fortunas; pues sería lástima grande que

las agudezas y los chistes de *Juanito Valera* solamente pudieran hallarse en las lujosas librerías de los hombres opulentos, la mayor parte de los cuales de seguro se quedarían sin entenderlos, puesto caso de que los leyesen, lo cual no me parece probable.

Yo, ahora, como siempre que acabo de gustar los delicados chistes y las áticas sales de Valera, me pregunto: ¿por qué un escritor de tanta originalidad y de tanta *vis cómica*, no escribirá para el teatro? Muchas y muy ingeniosas y muy cultas comedias podría haber dado al teatro español el autor de las *Cartas americanas*.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

---

**San Vicente de Paúl, su patria y sus estudios en la Universidad de Zaragoza, por A. HERNÁNDEZ Y FAJARNÉS.**

Así reza la portada de un libro que hace tiempo venía preparando el sabio y conocido autor de *La Psicología Celular*, en contestación, y por cierto victoriosa, á otro libro que con igual título corre por esos mundos, puesto en castellano, y escrito por el catedrático de Historia natural, en Jena, Hernesto Haeckel.

Todos sabíamos que el docto profesor de Metafísica

de la Universidad de Zaragoza era gran pensador, crítico diestro en materia de ciencias experimentales, y excelente filósofo, como se ve por su hermoso libro *Ontología*; pero ahora es forzoso otorgarle patente de investigador juicioso y leal en asuntos de crítica histórica, según resulta de su notable libro acerca de la patria y estudios del gran apóstol de la caridad, San Vicente de Paúl.

No ha mucho, en este mismo año, se vió puesto en lengua castellana un libro de Leo Taxil, en el cual se estudia el Instituto ó Congregación de las *Hijas de la Caridad*, y en él se presenta á su Santo fundador como hijo de tierra francesa: en estos mismos días se anuncia un nuevo libro acerca de San Vicente de Paúl, escrito por el poco ha fallecido sabio obispo de Laval, Mons. Bougaud, escritor admirable, y que, al tratar, por incidencia, de San Vicente de Paúl, en su obra *El Cristianismo y los tiempos presentes*, nos le ofrece como francés; la verdad es que este parecer había echado raíces, y dudo mucho que los católicos de la vecina República se resignen á perder esa gloria religiosa y nacional. Mucho se ha escrito acerca del gran padre de los pobres, de esa figura simpática y dulce, humilde y singular, que hoy resulta, según parece, hijo, no de Francia, sino de España, y natural de Tamarite de Litera.

¿Qué trabajos habíamos hecho acerca de ese gran Santo? Aquí, salvo honrosas excepciones, no nos cuidamos mucho ni poco de estudios, y sobre todo de estudios de investigación, que dan mucho que hacer, no toda la gloria debida, y ningún provecho material, porque hablar de estas cosas en tierra donde solamente se leen periódicos y novelas, por lo general, es perder tiempo y arriesgar dinero. Los franceses piensan, por lo visto, de

diverso modo, y en un catálogo que tengo á mano, de la casa Letruzey et Ané, de París, veo que se ofrecen diversos estudios acerca de San Vicente de Paúl, escritos por M. Collet, por Orsini, por el vizconde de Bussiére, por Abelly y por Maynard; pero, si hasta hoy nada serio se hizo entre nosotros acerca del asunto, declaro que es obra capaz de servir para desagravio y reparación de tan culpable olvido y abandono, la que me obliga á decir algo de ella, y sin detenerme más, que ya basta de preámbulo con lo dicho, entro á reseñarla.

Empecemos por la materialidad y estructura del libro, para luego pensar en lo que dice.

Es un tomo en 8.<sup>o</sup>, perfectamente impreso en hermoso papel, muy hermosos caracteres, defendido con cubierta de papel fuerte, una portada á dos tintas, y lleva un fotograbado que representa la «Casa donde nació San Vicente de Paúl, según tradición constante». Consta la obra de ocho capítulos, repartidos en el cuerpo de la misma, que tiene unas 350 páginas bien aprovechadas.

Y ahora vengamos á decir su contenido.

Da cuenta el autor, después de haber tratado del origen y materia de su obra, del pensamiento é intenciones que le animan; plantea la cuestión sobre si el Santo fundador de las «Hermanas de la Caridad» es *francés ó español*, é hijo de padres *franceses ó españoles*; trata de la patria del Santo, y consigna los asuntos en que habrá de ocuparse y el orden adoptado al efecto. Entra luego en materia, estudiando el origen del apellido *Paul* que él ofrece como aragonés; habla de las familias que antes, en tiempo y después del Santo tienen el mismo apellido, y que pertenecen al alto Aragón; examina los monumentos ó fuentes que pueden suministrar datos para el asunto estudiado, como son los libros parroquiales, fundaciones,

concejos y demás medios propios para averiguar el asunto propuesto; fijase en el origen aragonés de los *Moras*, y llama la atención acerca de la existencia del apellido materno del Santo en la comarca de Litera, y termina diciendo algo de la «naturaleza española y aragonesa de los Paúl y Moras».

Entra luego en el examen de la tradición francesa, en sus relaciones con el linaje de los Paúl; hace ver la pobreza de datos y fundamentos en que se apoya dicha tradición; se fija en el hecho de la «no existencia» de la partida de bautismo del Santo, observando que «no se conoce la causa que explique» la falta «de tan notable documento»; observa lo referente á la prohibición hecha á los Paules españoles, de «que hagan indagaciones para combatir la tradición francesa y confirmar la española», y después de hacer notar el «silencio de los biógrafos franceses sobre la genealogía de Vicente de Paúl», entra á examinar el «estado de la cuestión á la luz de los hechos y de los juicios consignados».

Pero no basta probar que el juicio de los que defienden la opinión en favor del origen francés del Santo, es juicio flojo; sin base sólida, y opinión de escaso valor; es necesario entrar en el examen de las pruebas y fundamentos de la opinión contraria; y entonces viene el examen detenidísimo, escrupuloso, formal y desinteresado, aunque con entusiasmo justísimo hecho, acerca de la tradición española y Tamarite de Litera. La tradición empieza por ser constante; se estudia el asunto de «la Partida de Bautismo de San Vicente de Paúl en España»; se establecen comparaciones entre Poví y Tamarite, se presenta un argumento desfavorable á Francia, y se hace un estudio justificativo de la no existencia de dicha partida en Tamarite; se examina lo referente á «la casa de *Xeroni-*

*mola*», como la solariega de los Paúl de Tamarite, y en otro capítulo se estudian los «fundamentos de la tradición española», empezando por el hecho de las emigraciones á Francia, y de la época en que se cree que el Santo y su familia se establecieron en Ranquines; y después de juzgar algunos documentos referentes á la vida y familia del Santo, continúa el estudio minucioso del asunto, se fija en la luz que pueden arrojar sobre él los retratos de aquél, los escudos de armas en las familias de Paúl, y las «devociones que hablan del tío beato Vicente de Paúl».

Nota la tradición que afirma como casa nativa del Santo la de *Xeronimola*, en Tamarite de Litera, y después de llamar la atención acerca de la protesta de los Jesuítas de Zaragoza con motivo del «Rezo propio de San Vicente de Paúl», lo cual es argumento sin duda poderosísimo, se fija en la tradición «que se refiere á declaraciones personales del mismo Santo», tradición que le hace «hijo de Tamarite de Litera». Y, por último, en el capítulo VIII, que es riquísimo arsenal de datos, se estudia y defiende la cuestión de si el Santo fué «discípulo de la Universidad de Zaragoza».

El libro no está escrito en estilo declamatorio, ni se paga en él de ilusiones ni caprichos su sabio autor; por el contrario, es trabajo serio, formal, reflexivo, en el cual se buscan siempre las demostraciones de hecho, y se agota, hasta donde es posible, la labor de investigación, no perdonando medio de buscarlo todo, y ofreciéndolo con sinceridad, como de quien no busca *a priori* lo que le conviene, sino como escritor imparcial que lleva en su alma respeto á la verdad, ansia de una gloria legítima á su patria, y que tiene alientos para darse á tan penoso género de labor intelectual. España, Aragón, Tamarite

de Litera, Zaragoza y su Universidad, y los católicos de la que puede llamarse patria de San Vicente de Paúl, todos debemos estar verdaderamente agradecidos al señor Hernández Fajarnés por su libro admirable, que merece y debe andar en manos de todos, si no hemos de pecar de ingratos y abandonados.

EMILIO A. VILLELGA RODRÍGUEZ,

*Presbítero.*

